

El espía
de



DETRUICE

SONIA LÓPEZ SOUJO

EI ESPÍA DE BRUCE

SONIA LÓPEZ SOUTO

© SONIA LÓPEZ SOUTO

EL ESPÍA DE BRUCE

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para todas aquellas lectoras que leyeron la historia original
y que han esperado años para poder releerla con los
contenidos extra.

Espero que disfrutéis de las aventuras de nuestro combativo
dúo tanto como yo he disfrutado reescribiéndolas.

LA HUIDA

Guardó con prisa todas las pertenencias que llevaría en su huída. En realidad era poco lo que quería conservar de aquella etapa de su vida. Lo que dejaba atrás solo traería recuerdos de un tiempo que quería olvidar. Miró a través de la ventana una vez más, por si el tiempo se le había agotado. Sabía que no tardarían en notar su ausencia.

Había enviado una nota a Bruce anunciando su regreso a Escocia pocas horas antes, nada más abandonar el palacio de rey. Sabía que llegaría apenas unos días después que la nota, pues tenía la intención de partir de inmediato, aunque pensaba dar un rodeo para despistar a sus perseguidores, en caso de que los hubiese, pero creyó necesario informar a su verdadero rey.

Suspiró mirando el pequeño fardo que se llevaba consigo. No era mucho, pero nunca había sentido especial apego por lo material. Aquel hecho sería, seguramente motivado por el hecho de haber vivido con su madre en el bosque tantos años. Tenían lo básico para sobrevivir y les había ido bien así. Podía sobrevivir sin todas aquellas cosas, que había ido acumulando a lo largo de los casi cuatro años que había estado en Inglaterra.

Abrió la puerta con cuidado y miró fuera. No había nadie y aún así, no acababa de fiarse. De pronto, un ruido a lo lejos que le enervó los nervios, pues sabía que se acercaban los soldados del rey, aunque todavía no podía verlos. Su instinto jamás le había fallado. Maldijo por lo bajo y cerró de nuevo la puerta. No podría huir por allí.

Subió al piso superior y atravesó la ventana del que había sido su cuarto, justo en el mismo instante en que un puño golpeaba con fuerza la puerta principal. Se encaramó al tejado y corrió por él, en silencio. Al llegar al final del mismo, saltó hacia el siguiente y continuó corriendo. Necesitaría toda la ventaja de que pudiese disponer, antes de que descubriesen que no estaba en la casa.

No sabía cuáles habían sido las instrucciones del rey, pero tal vez los soldados ni siquiera derribasen la puerta esa noche, lo que le daría todavía más ventaja. Al menos la suficiente para llegar al establo donde guardaba su caballo y poder alejarse de Londres antes del amanecer. Con suerte, cuando regresasen a la mañana siguiente, ya no sería posible seguir sus huellas. Al menos el plan siempre había sido ese.

Pronto perdió de vista su casa y a los hombres que habían ido en su busca. No miraría atrás, de todas formas. Nunca lo hacía. Su madre le había enseñado a sobrevivir y la regla más importante era avanzar siempre, con la mirada al frente. No servía de nada preocuparse por lo que quedaba atrás, si no ayudaba con lo que había delante. Aunque no pudo sino sentir una cierta nostalgia al comprender que no podría volver a visitar la tumba de su madre.

Había muerto seis meses atrás y todavía sentía el dolor por su ausencia. El hecho de que su muerte hubiese causado, en parte, aquella huida precipitada, lo hacía todavía más difícil. Sentía que la estaba abandonando, aún a sabiendas de que ella estaría de acuerdo en que era necesario abandonar Inglaterra. Su tiempo como espía había llegado a su fin y tendría que conformarse con servir a Bruce en la batalla, ofreciéndole su espada y su vida, si fuese necesario. Era una promesa que le había hecho a su madre en su lecho de muerte y no pensaba defraudarla.

Entró en el establo donde dejaba a Caraid, su caballo, cuando no lo montaba y se acercó a él emitiendo un ligero silbido de aviso. El caballo cabeceó, en silencio, a modo de respuesta. Siempre se habían entendido, aún cuando la gente lo creía imposible. Pero Caraid podía entender lo que le decía y la mayoría de las veces, incluso le contestaba a su manera.

—Es hora de irse, muchacho —le susurró—. Regresamos a casa.

Caraid relinchó suavemente y pateó el suelo una vez, como si le dijese que estaba listo para partir. Subió de un salto sobre la silla y salieron despacio del recinto para no despertar a nadie. Si no los veían huir, no podrían dar indicaciones sobre la dirección que habían tomado, en caso de que alguien les preguntase. Y aunque apenas veía por donde iban, Caraid parecía conocer el camino, así que se dejó guiar por él a paso lento. Tendrían tiempo suficiente de despistar a los posibles perseguidores en cuanto amaneciese.

Tomó entre sus manos el anillo que su madre le había entregado antes de morir y que se había colgado al cuello para ocultarlo de todos. Era lo único que le quedaba de ella, lo único que la unía a su clan. El mismo que la había repudiado cuando se enamoró de un inglés y decidió casarse con él. Lo había

dejado todo por él y la había recompensado con golpes y vejaciones, desde el mismo momento en que se encontraron en suelo inglés.

Durante doce largos años, su madre había soportado sus insultos y sus palizas estoicamente, centrando su ira siempre sobre ella, para evitarle sufrir en sus propias carnes los arrebatos de quien se suponía debía protegerla. Le debía mucho a su madre y sentía un profundo dolor en el pecho con cada paso que la alejaba de ella. Le hubiera gustado enterrarla en suelo escocés, pero habría sido demasiado peligroso para su tapadera. Nadie debía conocer su parte escocesa o se metería en problemas. Gracias a su lado inglés, había logrado disimular su acento mientras había estado en la corte, aunque sabía que lo recuperaría en cuanto regresase a su verdadero hogar. Escocia. La había echado de menos.

Palmeó el cuello de Caraid para agradecerle el haberlos llevado fuera de la ciudad sin contratiempos, después de ocultar bajo la camisa el anillo de su madre. Ahora que se habían alejado de las calles, podían acelerar el paso, para poner tanta distancia entre ellos y el rey como les fuese posible, antes de que descubriesen que ya no estaba en la casa. No se sentiría a salvo hasta haber pisado suelo escocés.

Su estómago protestó cuando el sol asomaba ya por el horizonte y trató de ignorarlo porque no se detendría hasta saberse más lejos de Londres y de los hombres de rey. Y para ello, evitaron los caminos para no encontrarse con alguna patrulla. Prefería evitar llamar la atención, si podía. Tampoco le hacía demasiada gracia mentir. Llevaba demasiado tiempo haciéndolo, pues en la corte del rey Eduardo todo eran maquinaciones y conspiraciones de unos contra otros. Nadie era sincero y desde luego, había que saber escoger las amistades porque muy pocos merecían aquella distinción.

El rey menos que ninguno. Solo era un títere en manos de sus consejeros. Si al menos los eligiese bien. No se parecía en nada a su padre. *El martillo de los escoceses*, lo habían llamado. No, su hijo no había heredado su determinación ni su aplomo. Algo de lo que se alegraba, pues gracias a esa volubilidad, había logrado ganarse su confianza con bastante facilidad, proporcionando así, datos útiles a Bruce, su rey.

Sus pensamientos regresaron una vez más a su madre. Habría podido continuar en la corte espionando para Bruce, si ella todavía estuviese viva. No se lo reprochaba, no había decidido morirse a propósito, pero sentía que podría haber evitado la enfermedad que la consumió si hubiese desistido de acudir a los hospitales para pobres. Comprendía que, por la vida que le había

tocado en suerte, sintiese empatía por los que sufrían, pero lamentaba que no se hubiese conformado con ayudar a sus compatriotas en la lucha por recuperar el trono de Escocia para Bruce. Cuidar de los ingleses, por más desvalidos que se encontrasen, no serviría a su causa.

En el fondo, sabía que su madre intentaba expiar su culpa por no haber podido evitar que tuviese que defenderse de su padre la terrible noche en que toda su vida cambió para siempre. Ironías de la vida, con la misma daga que él le había regalado ese año.

—Ya eres lo suficientemente mayor como para aprender a usarla —le había dicho.

Y vaya si lo fue. Le cortó el cuello para impedir que acabase con su vida.

—Ya podemos descansar un poco, Caraid —dijo a su caballo, horas más tarde—. Aquí estaremos a salvo de miradas indiscretas.

Caraid se acercó al lago para saciar su sed y después buscó pasto verde con el que alimentarse. Lo siguió con la mirada, mientras se ocupaba de sus propias necesidades. No se atrevió a dormir, por miedo a que los descubriesen, por lo que reemprendieron la marcha poco después. Tendría que esperar a la seguridad de la noche para intentar descansar.

La rutina pronto los acogió en sus brazos y aparte de esconderse de alguna que otra patrulla, nadie interrumpió su avance. Poco después del tercer día, pisaron por primera vez suelo escocés.

Ya podía sentirse un poco más libre. Había regresado a su hogar.

LA LLEGADA

Bruce convocó a su guardia personal en cuanto leyó la misiva. Ya había llegado el momento de confiarles el único secreto que les ocultaba. No por falta de confianza en los hombres, que tantas veces le habían demostrado su lealtad, sino porque preservar la identidad de su espía en la mismísima corte del rey era de vital importancia para el éxito de su misión. Y aunque les había dicho que contaba con su ayuda en Inglaterra, nunca les había hablado de cómo lo conoció ni cómo acabó trabajando para él.

Ahora que el muchacho se dirigía hacia Dunstaffnage, huyendo de los ingleses, había llegado el momento de contarles la verdad sobre él. No podía negar que lamentaría su ausencia en Londres, pues había estado bien conocer los planes de su enemigo, pero la seguridad de sus hombres siempre había sido primordial para él. Estaba seguro de que hallaría la forma de seguir contando con su inestimable ayuda, pues durante los últimos tres años le había demostrado que, a pesar de su juventud, era muy capaz. Y, debía admitir que sentía mucha curiosidad por saber cómo un simple muchacho medio escocés había conseguido la confianza del mismísimo rey de Inglaterra.

—Mientras hablamos —comenzó, en cuanto tuvo a sus hombres a su lado en su cuarto de reuniones—, un muchacho al que tengo en alta estima viene de camino desde el corazón de Inglaterra.

—Hemos de suponer que se trata del famoso informante del que os negáis a hablarnos —aventuró Neil.

—El mismo —asintió—. Al parecer su tapadera en la corte corría el riesgo de ser descubierta y ha tenido que huir precipitadamente. Lamentaré no poder contar más con sus informes, pero creo que dadas las circunstancias, ha hecho todo cuanto esperaba de él. E incluso más.

—¿Las circunstancias?

—Digamos que no estaba obligado a hacer nada, pues después de todo, la escocesa era su madre. Fue ella quien lo ofreció para el trabajo, ansiosa de que Escocia se librase de la presencia inglesa de una vez por todas. Creo que había algo personal en su deseo, tal vez por el padre del muchacho, pero nunca pude saberlo con certeza. Era reacia a hablar de ello. Greer apenas tenía catorce años cuando su madre decidió regresar a Londres e introducirlo en la

corte. Creo que el conocerme la convenció de actuar.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó Tavish, el más curioso de todos.

—La mujer me rescató —les explicó— un invierno en el que sufrí un pequeño percance en mi regreso a Escocia. Por aquel entonces hacía un año que había acordado la paz con Eduardo y regresaba de Londres cuando mi caballo se desbocó y me lanzó contra una roca. Durante el par de semanas que debí permanecer con ellos para recuperarme, la mujer me habló, con tal convicción, de lo que quería para Escocia, que sus palabras se grabaron a fuego en mi mente. Cuando Wallace fue ejecutado, las recordé y supe que no debía quedarme parado, mientras veía cómo agonizaba mi pueblo. Era hora de actuar y poner fin al reinado de un inglés en estas tierras. A ella, ni siquiera necesité buscarla después de aquello. Me envió una nota asegurando que estaban preparados para cumplir con su parte.

—¿Estáis diciendo —habló Neil de nuevo— que una mujer escocesa y un muchacho de catorce años se introdujeron en la corte del martillo de los escoceses y obtuvieron información, así sin más?

—No creo que haya sido, así sin más —sonrió Bruce—. Los informes del primer año eran demasiado vagos e incompletos. Solo tras la muerte del monarca comenzó a enviar datos más precisos.

—El hijo, entonces —asintió Neil—. Tiene más sentido que fuese él. Aunque me sigue pareciendo demasiado joven para contar con tanta confianza.

—Él mismo nos lo podrá aclarar en cuanto llegue. Y es por eso que os he mandado venir. No sé en qué circunstancia ha tenido que salir de Londres ni si ha logrado borrar su rastro para que no le den alcance y aunque es probable que ya se encuentre en tierras escocesas mientras hablamos, me gustaría que, al menos, un par de vosotros fuese a su encuentro. Preferiría no tener que correr riesgos innecesarios con él, después del buen servicio que me ha proporcionado en Londres.

—Yo iré —Tavish McGregor se apuntó antes que nadie—. Y Alan me acompañará.

Alan Boyd era un hombre reservado, pero leal a su rey. Y Tavish se había convertido en su sombra desde que se conocieron, no porque necesitase de su ayuda, sino porque le gustaba bromear con él, pues nunca le seguía el juego. Era como un reto para él. Pero independientemente de su relación personal o puede que a causa de ella, formaban un dúo imparable y se compenetraban a la perfección. Incluso sin que Alan necesitase hablar.

—Si no ha tenido que cambiar la ruta por alguna razón —dijo Bruce a sus

hombres, entregándoles un mapa con marcas en varias localizaciones—, lo encontraréis en alguno de estos lugares. Es un muchacho muy metódico y práctico, como podéis apreciar.

—Daremos con él, majestad —asintió Alan.

Partieron de inmediato, cargando tan solo con lo imprescindible, pues viajarían rápido. Aquella había sido su forma de trabajar desde que Bruce los había reclutado. Aparecían y desaparecían con tanta celeridad, que la mayoría de sus enemigos llegaban a creer que jamás habían estado en el lugar, lo que resultaba muy conveniente para el tipo de misiones que solían realizar.

No tardaron en encontrar al muchacho, tal y como había dicho Bruce que harían, en una de las localizaciones. Y su oportunismo le resultó de gran ayuda, pues una patrulla inglesa le había dado alcance y lo había acorralado, mientras trataba de despojarlo de sus armas. Ni siquiera dudaron de que se tratase de él, aunque no habría importado tampoco que no lo fuese, porque una pelea con los ingleses era un buen aliciente para decidirse a intervenir. Desenvainaron sus espadas y atacaron al grupo sin vacilar.

Aunque sabían su edad, habría bastado un simple vistazo para ver que el espía de Bruce era muy joven. E incluso mucho más bajo que cualquiera de los ingleses menos corpulentos. Delgado, hasta parecer un simple niño, pero tan ágil y experto en la lucha, que no les cupo duda de que sería una gran incorporación a sus filas. Había logrado deshacerse de varios ingleses ya, antes de su intervención.

—Greer, supongo —le dijo Tavish observando su rostro oculto, con curiosidad, una vez que los ingleses se dieron a la fuga—. Hemos venido a escoltaros a Dunstaffnage por orden del rey. Me llamo Tavish y este de aquí es Alan Boyd.

Greer asintió levemente para indicar que les había oído e inclinó el cuerpo en señal de agradecimiento. Después palmeó el cuello de su montura y la espoleó para continuar con su viaje, sin decir ni una sola palabra.

—Parece que tenemos otro Boyd por aquí —bromeó Tavish, al ver cómo el silencioso muchacho se adelantaba a la carrera—. Será divertido.

Le dieron alcance en seguida y acompañaron la marcha a la suya para formar una columna donde el espía permanecía en medio. Pretendían escoltarlo sano y salvo al castillo, para que Bruce le sacase las respuestas que todos tenían en mente. Pues a simple vista, se veía muy poca cosa para haber conseguido la confianza del rey de Inglaterra.

Cuando llegó la noche y debieron detener su viaje, los estudió en silencio,

tal y como habían hecho ellos durante el día. Aunque el más bajo de los dos no había sido, precisamente, silencioso. Por un momento, había deseado decirle que se callase, pero no diría nada, hasta encontrarse frente al único hombre al que tenía que rendir cuentas: su rey.

Un rey que parecía saber rodearse de hombres bien preparados y competentes. Y no se refería tan solo a sus habilidades con las armas, sino también a su corpulencia, lo que le preocupaba. No era rival para ellos en aquel aspecto y aunque sabía que no era motivo para acobardarse o para pensar que el rey rechazaría su ayuda, le hacían sentirse insignificante en aquel momento.

Pero no había pasado por tantas calamidades para rendirse solo con verlos. Y por eso, a medida que se acercaban a su destino, su determinación para demostrar a todos que era tan capaz como cualquiera de aquellos gigantes, crecía. Incluso cuando quien se había llamado Tavish se aprovechaba de su mutismo para reírse a sus expensas. Para cuando traspasaron las murallas del castillo, había decidido que no le daría a Bruce la posibilidad de negarle la bienvenida en sus filas, así tuviese que batirse en duelo con cada uno de los hombres del rey. Y con esa idea en mente, se enfrentó a la mirada del hombre al que su madre había salvado cuatro años antes.

No parecía que hubiese cambiado mucho en todo ese tiempo y, sin embargo, nada quedaba de su despreocupada apostura. Las duras batallas en que se había visto obligado a participar por su país y las pérdidas personales habían hecho mella en él. Más no podía ignorar aún seguían ahí la determinación y el arrojo que le habían impresionado tanto a sus tiernos catorce años. Tal vez su madre hubiese regresado a Londres, poniendo su vida en peligro sin consultarle, para poder informar a su rey, pero no se habría negado a hacerlo. Cuatro años atrás había sentido una profunda lealtad y admiración hacia aquel hombre y ahora que lo tenía de nuevo delante, aquel sentimiento no solo no había desaparecido sino que había crecido. Con o sin promesa a su madre, seguiría a Robert Bruce hasta la muerte, si aquel era su destino.

Le entregó la carta que su madre le había escrito antes de morir, sin decir una palabra todavía. Había sido también ella la que le había advertido sobre esperar a que el rey leyese su misiva para hablar. Entendía por qué se lo había pedido, aunque cumplirlo le había resultado duro porque Tavish no había dejado de incordiar sobre su mutismo. Y ahora solo esperaba que el rey entendiese también que lo que estaba a punto de ser revelado no cambiaba

nada en absoluto.

Estudió su rostro mientras leía, intentando discernir qué le había escrito. Sentía curiosidad, pero también preocupación porque su madre no siempre hacía las cosas como debía, sino como mejor le convenía a ella. Y permaneció en pie, estoica, mientras veía la sorpresa abrirse paso en el rostro del rey. Tal vez su madre había decidido por fin desvelar la verdad que habían ocultado durante años. Y la razón por la que había logrado introducirse en la corte con tanta facilidad. Movi6 su peso de una pierna a otra, con impaciencia, sin saber si aquello suponía un alivio o un atraso en el cumplimiento de su promesa.

—Podéis sentaros —le indic6 Bruce después de dejar la carta sobre la mesa, al ver su incomodidad.

Todavía conservaba la máscara sobre su rostro, a pesar de que el rey le había pedido que la retirase. Caraid había sido quien logró que no insistiese, al interponerse entre ellos a modo de desafío. Ahora podía ver cómo Bruce trataba de mirar más allá de ella, para descubrir cuánta verdad había en la confesión de su madre. No podía culparlo por intentarlo, pues habría hecho lo mismo de hallarse en su situación. En cambio, le aliviaba comprobar que se lo estaba tomando con buen ánimo, dadas las circunstancias en que lo había averiguado.

—Vuestra madre habla de una hija —comenz6 Bruce, después de sentarse — ¿Acaso habéis dejado atrás a una hermana de la que no tengo noticia? ¿O tal vez, en su lecho de muerte, cometió un error al escribir?

—No hay ningún error en sus palabras, majestad —dijo, liberando al fin su rostro de la tela que lo ocultaba.

Una espesa mata de dorado cabello cay6 por su espalda, ante el asombro de todos los presentes. Los mir6 con sus hermosos ojos verdes y una sonrisa tens6 sus labios. En el mismo instante en que su feminidad fue descubierta, comprendieron por qué había podido llegar tan cerca de Eduardo. Cualquiera de ellos la habría mantenido a su lado con gusto.

—Vuestra madre os present6 como su hijo Greer —insisti6 Bruce, una vez repuesto de la.

—Era necesario mentir —se disculp6—. Habíamos decidido vivir en el bosque y la presencia de dos mujeres solitarias podía resultar demasiado tentadora para quien nos creyese indefensas. Y a mí no me molestaba fingir ser un muchacho, pues lo había estado haciendo ya desde pequeña.

Sonri6 de nuevo ante la mirada incrédula de aquellos hombres. Y aunque no sabía si su madre ya se lo había explicado en su carta al rey, crey6

necesario contarles la verdadera historia de su vida. Más tarde, ya trataría de descubrir qué había decidido revelar a su rey. Conociéndola, nada de lo que ella hubiese deseado.

—Mi madre se enamoró de un inglés en un tiempo en que no era posible semejante relación. Su propia familia la presionaba para que renegase de él, así que huyeron a Inglaterra y fue su propia familia la que la repudió por ello. Sin embargo, el gran sueño de mi madre de una vida llena de amor a pesar de no contar con los suyos, se vio frustrado en cuanto cruzaron la frontera. Fue como si mi padre se hubiese convertido en otra persona. Alguien cruel y despiadado, que se dedicó a maltratarla durante años. Y ella lo sufrió en silencio, pensando que podría recuperar al hombre del que se había enamorado en algún momento. Cuando descubrió que estaba embarazada creyó que había llegado ese día porque, durante la gestación, mi padre la colmó de atenciones —detuvo su relato un instante, tratando de serenarse—. Pocos días antes de que yo naciese, mi padre le habló vehementemente, sobre el heredero que estaba a punto de darle. Para él, no cabía ninguna otra posibilidad y mi madre comprendió que si no era un varón, sufriría las consecuencias tanto como ella. Aquella noche perdió toda esperanza con mi padre.

—Fingió que erais un niño para salvaros la vida —concluyó Bruce— ¿Cómo es posible que vuestro padre no lo descubriese?

—Poco le importaba yo mientras fui un bebé. Al crecer, mi madre me ayudó a engañarlo. Evitábamos que me viese sin ropa y me esforzaba por aprender todo lo que me enseñaba y por cumplir sus expectativas. Era muy estricto conmigo, pero le debo todo lo que sé del manejo de las armas. Lo único bueno que hizo por mí.

—¿Dónde está ahora?

—Muerto —por ahora no iba a contarles nada sobre esa historia.

—Comprendo las razones por las que vuestra madre debió ocultar vuestra identidad en vuestra infancia, pero no puedo aceptar el hecho de que os haya expuesto al peligro de ese modo solo para espiar para mí. Me siento responsable de eso.

—Y precisamente os lo ocultó por eso, majestad —admitió—. Sabía que no permitiríais que una mujer espiese para vos.

—Una niña —le recordó.

—Dejé de ser una niña a los diez años, pero esa no es la cuestión. Sé perfectamente lo que estáis pensando, majestad. Creéis que el lugar de una mujer está tras los muros del castillo, a salvo de la lucha.

—No me avergüenza admitir que tenéis razón, Greer. ¿Es vuestro verdadero nombre? —añadió, después de una pequeña pausa.

—Sí.

—Me habéis impresionado —continuó, entonces—. Y eso tampoco me avergüenza admitirlo. Ni que os admiraba antes de descubrir vuestra verdadera identidad, por todo cuanto averiguabais para mí. Pero...

—Nada ha cambiado —lo interrumpió—. Soy la misma persona que os enviaba eso informes sobre los movimientos de Eduardo, solo que ahora sabéis que soy una mujer.

—Para una mujer es sencillo acercarse a un rey —la acusó Tavish—, sobre todo si es en su cama donde quiere tenerla.

Era algo que todos habían pensado en algún momento, pero que ninguno se había atrevido a resaltar.

—Esa era la intención de Eduardo —lo miró— y por ello es que pude descubrir sus planes para conquistar Escocia. La promesa de una recompensa vale más que la recompensa en sí. No me contaba todo porque me tuviese en su cama, sino para poder llevarme a ella. De haber cedido ante él, habría dejado de interesarle y, por ende, habría perdido mi fuente de información.

—Me resulta difícil de creer que un hombre con su poder cediese en favor de muchacha huérfana de padre —insistió.

—Eso se lo debo a mi madre. Me dijo que la usase como excusa, diciéndole al rey que le rompería el corazón si me convertía en su amante. Aunque yo creía que sí, mi madre me aseguró que aquello no lo haría desistir. Y acertó.

—¿Qué cambió para tener que huir tan deprisa? —Bruce recuperó el control del interrogatorio.

—Mi madre murió hace seis meses. El rey finalmente se cansó de verme llorar su muerte y me exigió que me trasladase a palacio. La noche en que huí debería haber acudido a su cama —lo miró, desafiante—. Y lo habría hecho solo para poder clavarle un puñal en su necio corazón, pero le hice una promesa a mi madre en su lecho de muerte y no podía romperla.

—¿Qué promesa?

—Luchar junto a vos por la liberación de Escocia del yugo inglés. Mi madre sabía que no me importaría morir intentando acabar con la vida de Eduardo.

—Ninguna madre quiere ver morir a sus hijos.

—A mi madre no le importaría verme morir luchando junto a vos,

majestad. Es en Inglaterra donde no quería que acabase mi vida. Siempre esperó verme regresar a Escocia. Por desgracia, no fue así y ella se quedará para siempre en las tierras que más odiaba.

La tristeza en su voz se vio reflejada también en sus ojos. Bruce descubrió, además que la joven estaba agotada. Había recorrido una gran distancia en los últimos días y no había pensado en ello antes de decidirse a interrogarla. Su curiosidad había vencido a su cortesía. Claro que, de haber sabido antes que era una mujer, habría dejado las preguntas para el día siguiente.

—Será mejor posponer esta conversación hasta mañana —dijo, al fin—. Descansad ahora, Greer. Estaréis cansada del viaje.

—Puedo soportar más preguntas, si es lo que os preocupa.

—Me preocupa más vuestro bienestar —replicó—. Mi curiosidad ha sido satisfecha por el momento.

—En ese caso, me retiraré.

—Lady Fiona os mostrará vuestros aposentos.

Greer asintió y se inclinó ante él, antes de salir de la sala. Había vivido un momento intenso. Tal vez no había salido como había esperado, pues Bruce no parecía dispuesto a admitirla como una igual entre sus hombres, pero había podido zanjar la parte de su pasado que más le disgustaba. Ahora ya podría centrar todos sus esfuerzos en demostrar lo ventajoso que sería tenerla a su lado en la lucha contra los ingleses.

LA DEMOSTRACION

Había dormido tan profundamente, después de meses sin poder hacerlo, que se despertó desorientada. Por un momento, al no reconocer el cuarto, temió que Eduardo hubiese logrado meterla en su cama. Pero las imágenes de lo sucedido en los últimos días se colaron en su mente a medida que se despejaba.

—Necesito energía mañanera —dijo al recordar que tenía todavía por delante la tarea más ardua de todas: conseguir que su rey la invitase a formar parte de su ejército.

Aquella había sido la única razón por la que había recorrido sin vacilar, las millas que separaban Londres de Argyll, en lugar de ir en pos del rey inglés para asesinarlo en su propia cama.

Se levantó de un salto y corrió hacia la ventana, para comprobar que apenas amanecía. Se vistió con rapidez y bajó, cargada con sus armas para practicar un poco antes de demostrar al rey que todavía podía serle de utilidad.

Los pasillos estaban desiertos y el castillo silencioso, salvo por un leve murmullo en las cocinas que anunciaba la pronta llegada del nuevo día. El resto no tardaría en despertarse, así que apuró el paso, para poder entrenar a solas antes de que eso ocurriese. No quería espectadores todavía. Cuando salió al exterior del castillo y llegó al campo que usaban para entrenar, sonrió al descubrir que estaba tan vacío como había esperado. Preparó, en primer lugar, sus dagas pues hacía tiempo que no les daba uso. Muchos las consideraban un arma inútil, pero ella sabía que podía salvar vidas, o quitarlas, si fuese necesario. Además eran muy fáciles de ocultar.

Comenzó a lanzarlas, sin detenerse entre unas y otras, contra los objetivos que había situado a diferentes distancias, para probar su puntería y comprobó, con satisfacción, que había acertado la mayoría de las dianas. *Lo aprendido con dolor jamás se olvida*, le decía su padre siempre. Y con dolor le había enseñado, desde su más tierna infancia.

Se había esforzado en cada lección hasta la extenuación no para hacerlo sentir orgulloso de ella, sino por miedo a que su madre pagase las consecuencias de sus fracasos, pues siempre la había culpado de la enclenque

presencia de su hijo, ignorando que era una muchacha a la que estaba adiestrando. Presenciar los golpes y los insultos a su madre había sido tan duro, que usaba la rabia para ser mejor que su padre y poder darle algún día una lección.

Pero poco sabía ella por aquel entonces, que la verdad podía ser igual de dolorosa que la mentira y lo había aprendido de la peor manera.

Lanzó de nuevo las dagas, envenenada por la ira que siempre la invadía al pensar en su padre. Si no lo hubiese matado ya, habría deseado hacerlo en aquel preciso momento.

—Nueve de diez. No está nada mal.

Aquella voz detrás de ella, la sobresaltó. Ni siquiera lo había oído llegar y se maldijo por ser tan descuidada. De nada le serviría su destreza si siempre la encontraban con la guardia baja. Se sentía tan segura en aquel lugar, que no había pensado en proteger sus espaldas, como siempre había tenido que hacer en la corte.

—Puedo hacerlo mejor —le dijo sin mirarlo.

Sabía perfectamente quien era. Aquel que la había rescatado de los ingleses y el mismo que la había acusado de libertina. Y para su desgracia, el hombre que había perturbado sus sentidos con su sola presencia.

—Sin duda no mucho mejor.

Podía sentirlo a su lado y reunió el valor suficiente para mirarlo sin dejar que su rostro delatase lo que le había provocado. Era tan apuesto como lo recordaba, con su cabello negro cayendo en desorden sobre sus hombros y unos expresivos ojos grises, que la observaban con deleite en aquel momento. Su mirada le aceleró el pulso y se alejó de él para recuperar las dagas y tratar de refrenar su corazón.

—Diez de diez —insistió a fuerza de costumbre. Aquello era lo que siempre le había dicho su padre, jamás conforme con menos.

—Estoy deseando verlo —la desafió.

—Y yo que lo vea Bruce.

—¿No estaréis pensando todavía en luchar junto a él?

—Estoy aquí para eso. Al igual que vos, supongo.

—Es distinto.

—No veo por qué.

—Sois una mujer —la rotundidad de su argumento la enfureció.

—No parecíais tener tantos reparos en luchar a mi lado antes de saber que era mujer. Si mal no recuerdo, admirasteis mi forma de luchar y comentasteis

que sería una excelente incorporación a vuestras filas —respondió, con la mandíbula tensa.

Greer había lanzado un desafío que Tavish no pensaba rechazar. No era de los que huían ante un reto, sino que los buscaba y los disfrutaba. Le demostraría a aquella mujer que a pesar de haber admirado su destreza antes de saber que lo era, no iba a formar parte del ejército de Bruce. Y ni se despeinaría para hacerlo.

Bruce escuchó el alboroto a través de la ventana de su alcoba y se alarmó. No creía haber dormido tanto como para perderse el inicio del entrenamiento. Se vistió con rapidez y bajó en busca de una explicación.

—Os estáis perdiendo la diversión, Bruce —le dijo Neil, en cuanto asomó al campo de entrenamiento.

—No sabía que habíamos concertado una competición para hoy —lo miró con incredulidad.

Aquel griterío tenía que ser producto del enfrenamiento entre dos de sus hombres y esperaba que no fuese una pelea porque conocían las reglas. Se acercó para ver de quién se trataba.

—He de decir que la muchacha tiene coraje —continuó Neil—. Está aguantando el tipo.

—Yo diría que le está dando una paliza a Tavish —rió Alan. Era más que evidente que estaba disfrutando con aquello.

Bruce observó a los contendientes, asombrado. Habían tomado sus arcos y estaban lanzando flechas a los distintos objetivos que habían preparado para ello. Para exasperación de Tavish, Greer se dedicaba a partir todas sus flechas, cada vez que daba en la diana después de él. Bruce sonrió al pensar en lo que aquello le estaría haciendo al orgullo del hombre, que alardeaba siempre de su buena puntería.

—Bien —dijo, aún sin saber a quien hablaba. A su hombre no le iría mal una cura de humildad y a sí mismo una demostración de la destreza de la muchacha.

Conocía la pericia del McGregor, pero estaba sorprendido con la de ella. No vacilaba al lanzar, ni tardaba mucho después de que lo hubiese hecho él, como si estuviese segura de que no fallaría. Pero tal vez, lo que más llamaba su atención, era la ausencia de prepotencia en su actitud. Greer estaba vilipendiando a su mejor arquero, pero no se jactaba de ello.

Pronto dejaron los arcos para tomar sus espadas. Desde luego se lo estaban tomando muy en serio. *Quizá demasiado*, pensó.

—Debería detener esta locura antes de que se hagan daño el uno al otro —comentó.

—Vamos, Bruce —lo fastidió Alan, que parecía disfrutar de que le estuviesen dando una paliza a su compañero de armas, el mismo que lo fastidiaba a él sin descanso—. Arruinaréis toda la diversión si los detenéis ahora. Os aseguro que esa muchacha sabe lo que se hace con la espada. Al menos dejadle demostrároslo.

—Y a Tavish le vendrá bien algo de humildad —corroboró Neil—. No es malo, pero se jacta demasiado de ello.

Y los dejó luchar, pendiente de que la lección se quedase en eso. Estaba dispuesto a detener aquella competición, en caso de que alguno se extralimitase. Además, sentía curiosidad por Greer y por su forma de pelear. No es que estuviese pensando en unirla a la causa, pero tampoco estaba tan sobrado de soldados como para no tenerla en cuenta, si fuese necesario. Todo dependía de lo buena que fuese y de lo desesperado que se encontrase.

La lucha se estaba desarrollando sin incidentes y todos parecían disfrutar del buen hacer de los contendientes. Lo que le faltaba a Greer en corpulencia y fuerza, lo suplía con agilidad y velocidad. Cada golpe que el poderoso brazo de Tavish le asestaba, la hacía retroceder, pero no tardaba en recuperar su posición. Era tenaz y constante, algo digno de admiración.

—Es muy buena —murmuró Neil, dando voz a los pensamientos de su rey.

—Yo diría que sí —asintió Bruce.

La vieron deslizarse por un costado de su imponente oponente y asestarle un golpe en él con la parte ancha de la espada. La rabia que brilló en los ojos de Tavish, no fue nada en comparación con el grito que profirió. Increíblemente, aquella pequeña muchacha lo estaba llevando al límite. En todos los sentidos. Pero ella no se encontraba mejor, lo que aleccionó al hombre a ser más pertinaz en sus ataques. Y cuando sus propios golpes provocaban en ella una reacción similar a la suya, su orgullo de guerrero se resarcía de los duros palos que había recibido.

—Creo que ya es suficiente —suspiró Bruce, al ver que no pararían hasta acabar totalmente agotados—. Es hora de darle el final a este ejercicio. Ambos han demostrado ser igual de testarudos.

La risa de sus compañeros lo acompañó al centro del campo. En cuanto los contendientes notaron su presencia allí, detuvieron la lucha, jadeantes. La actividad extrema los había agotado, tal y como había supuesto el rey, y el sudor corría por sus cuerpos y empapaba su ropa.

—Ambos lo habéis hecho bien —dijo, no queriendo decantarse por ninguno—, pero se ha terminado. Tavish conocéis las normas.

—Lo lamento, Bruce —se disculpó.

—Lo dejaré pasar por esta vez —asintió hacia él—. Greer, os espero en mi despacho en cuanto hayamos comido algo. Limpiaros toda esa mugre antes, el cuarto es pequeño.

Greer no sabía si sus últimas palabras habían sido una broma o debía tomárselas como una advertencia, pero le habían sentado igualmente mal, porque jamás se habría presentado ante él en su despacho con semejante aspecto, ni aunque no hubiese dicho nada al respecto. Tenía su orgullo, pero a pesar de ello, asintió, conforme, antes de silbar con fuerza. Y para asombro de los allí presentes, Caraid apareció relinchando en respuesta.

Greer saltó sobre su lomo y se dirigió al lago para un refrescante baño. El agua fría evitaría que pensase en lo que Bruce fuese a decirle en la reunión o en el modo en que había sucumbido a las provocaciones de Tavish como una principiante. Le había dado el poder de avergonzarla antes su rey, cuando lo que había querido desde el principio era impresionarlo. Y ahora que Bruce los había visto luchar de una forma tan competitiva e infantil, temía que le negase un lugar entre sus hombres.

—Estúpida —se dijo, sumergiéndose en el agua hasta que la falta de aire le obligó a salir—. Estúpida.

Una hora más tarde, subió a la alcoba que le habían asignado y se negó a pensar en que, de no haber sido una mujer, no habría estado allí, sino en los barracones con los hombres. Buscó entre sus escasas pertenencias y sacó una muda nueva, tan masculina como la que llevaba en ese momento. No quería alentar a Bruce a recordar su feminidad, poniéndose un vestido para la reunión. Claro que solo se había llevado un vestido consigo en su huída y más como un recuerdo, que con la intención de ponérselo. Se lo había confeccionado su madre, antes de tener suficiente dinero para comprarlos. Porque el rey había sido muy generoso con ella desde el primer momento en que la conoció, motivado por sus más bajos instintos. La había agasajado con joyas y vestidos, con la esperanza de que sucumbiese ante él. A ella siempre le había repugnado la idea de dejar que la tocase o la besase, pero no había tenido más opción que permitirle ciertas libertades para lograr su propósito final. Y aquella relación había sido fructífera para los intereses de Bruce, a costa de su propia virtud, que solo había logrado salvar por muy poco. Solo esperaba que lo tuviese en consideración a la hora de permitirle luchar a su

lado, pues no deseaba otra cosa.

Bajó después de poner la ropa más holgada que tenía y trenzar su cabello. Todo para difuminar su imagen de mujer voluptuosa que había hecho posible que el rey se encaprichase con ella. Los hombres admiraban su belleza, pero no quería que Bruce dejase de verla a ella como soldado, en lugar de a sus curvas. Lo que en la corte le había supuesto una ventaja, ahora se convertiría en su peor pesadilla.

El salón estaba abarrotado, pero logró hacerse un hueco en una de las mesas para desayunar. Después de tanto esfuerzo, estaba famélica. Y aunque quiso fingir que no le molestaba que todos la mirasen, pero que nadie le hablase, no le resultó tan fácil como lo había hecho en la corte del rey inglés. Aquella era su gente, no sus enemigos. Por eso, en cuanto llenó su estómago, salió de allí, dispuesta a esperar a Bruce frente a su despacho, que no era, en realidad, más que un pequeño almacén que habían habilitado a tales efectos.

El rey no tardó en aparecer y le cedió el paso después de abrir la puerta con una llave que llevaba colgada al cuello. Greer supuso, al ver aquello, que un rey debía guardar ciertos secretos, incluso con sus propios hombres. No dijo nada, sino que tomó asiento cuando se lo indicó el rey y esperó a que hablase él en primer lugar, mientras lo estudiaba con disimulo. Desde que lo conoció años atrás en el bosque, siempre le había impresionado su porte regio, aunque todavía no era rey por aquel entonces. Había algo en él que invitaba a seguirlo más allá de cualquier duda. Parecía haber nacido para ser líder.

Aguantó con aplomo su propio escrutinio, sintiendo que si no le daba su aprobación en aquel momento, ya no tendría nada que hacer. Bruce no había llegado a donde estaba ahora por haberse dejado convencer de cambiar una decisión después de haberla tomado. Era un hombre prudente a la hora de emitir juicios o de impartir órdenes y por eso pocas veces se retractaba después.

—Estoy realmente impresionado por lo de esta mañana, Greer —le concedió—. Aunque debéis saber que no toleraré que se repita.

—Lo entiendo, majestad —se apresuró a responder—. No sucederá de nuevo.

—He impuesto ciertas normas entre mis hombres, precisamente para evitar enfrentamientos inútiles entre ellos —continuó, como si no la hubiese escuchado—, que solo menguarían mis, ya de por sí, reducidas fuerzas. El respeto y la unión son una prioridad para mí y quien incumpla mis normas,

será duramente castigado.

—¿He de suponer que me consideraréis uno de vuestros hombres? —preguntó, esperanzada.

—Dado que sabéis luchar —la ignoró nuevamente—, debéis cumplir las normas.

—Entiendo —repitió, tratando de controlar la decepción y la rabia que sentía en aquel momento.

—No estáis aquí porque vaya a rechazar vuestra ayuda, Greer —el rey supo ver más allá de su mutismo.

—¿Aceptaréis, entonces?

—Estáis aquí por vuestra madre —por segunda vez, Bruce se negó a responder a su pregunta— y por su carta.

—¿Tenéis más preguntas al respecto?

—¿Acaso desconocéis su contenido? —la miró con curiosidad.

—Mi madre no siempre me hacía partícipe de sus planes —dijo con pesar—, como bien recordaréis.

Bruce se acordaba perfectamente de cómo aquella mujer había ofrecido a su hijo como espía sin siquiera consultárselo. *Hija*, se corrigió al momento.

—Podríais haberos negado —aventuró, seguro de que habría sido imposible hacerlo. También recordaba el fervor con que le había hablado. En parte, sus palabras fueron las que lo impulsaron a actuar después de la ejecución de Wallace.

—Creo que también conocéis la respuesta a eso, majestad.

—Llamadme Bruce —le concedió—. El título de Majestad no es del todo apropiado hasta que tenga un trono en el que sentarme.

—¿Me permitiréis leer la carta de mi madre? —le irritaba que se fuese por las ramas cada vez intentaba llevarlo a la conversación que a ella le interesaba de verdad.

—Fue deseo expreso de vuestra madre que no lo haga —respondió por primera vez a una de sus preguntas, aunque el resultado la disgustó tanto como sus evasivas—. Sin embargo, puedo contaros lo que tenía preparado para vos y en lo que ha pedido mi ayuda.

—Adelante —no mostró reacción alguna, pero sentía el fuerte latir de su corazón en el pecho.

—¿Qué sabéis del clan de vuestra madre?

—Que la repudió al descubrir que amaba a un inglés —la pregunta le gustaba todavía menos que saber que su madre había pedido ayuda a un rey en

relación a ella.

—¿Sabéis el nombre del clan? —abordó el tema desde otro punto.

—Tampoco me interesa —se encogió de hombros.

—Pues debería interesaros porque vuestra madre deseaba que os reencontraseis con vuestra familia.

—Ella era mi familia —habló con dureza—. No tengo que conocer a nadie.

—También sabía que responderíais algo así —sonrió—. Y es por eso que solicité mi ayuda.

—No me haréis cambiar de opinión, ma... Bruce.

—Lo intentaré de todos modos. Puedo ser muy persuasivo.

Greer permaneció en silencio mientras veía cómo Bruce tomaba en sus manos la carta de su madre. Contuvo el aliento, deseando y temiendo al mismo tiempo, que la leyese en voz alta.

—Sois una McGregor —le dijo, mirándola con picardía—. La vida a veces resulta de lo más irónica, ¿no creéis?

Greer apretó los labios para evitar maldecir su suerte. Ahora iba a resultar que aquel engréido de Tavish y ella tenían un pasado común. Por supuesto que la vida era irónica y con ella parecía ensañarse.

—Y ese collar que lleváis al cuello —señaló el collar de su madre—, no es más que la prueba de ello.

—De poco me sirve saberlo —le dijo. No obstante, tomó el collar entre sus dedos y lo observó con interés. Nunca había pensado en que el legado de su madre tuviese algo que ver con la familia que la había repudiado. De saberlo, ni lo habría llevado encima.

—En realidad —continuó mientras miraba la carta—, creo que sería de gran ayuda para vos saber que vuestra madre se arrepentía de haberos mantenido lejos de vuestra familia cuando os trajo a Escocia tras la muerte de vuestro padre.

—Jamás me lo dijo —el desconcierto empañó sus ojos.

—Estoy empezando a comprender que hay muchas cosas que ella no os contó sobre vuestra familia, Greer —dijo, apenado—, pero no me corresponde a mí desvelarlas. Tendréis que ir a verlos y averiguarlo por vos misma.

—No pienso hacer tal cosa —se negó—. No he venido para desvelar el pasado de mi madre, sino para enfrentar mi propio futuro. Por mí, pueden quedarse con sus secretos.

—Me temo que no tendréis más opción que ir.

—No entiendo.

—Está bastante claro —le explicó—. Tenéis un conflicto con vuestro pasado que debéis resolver antes de que yo decida si os quiero a mi lado en la batalla. No puedo permitir que mi vida y la de mis hombres dependan de una persona con la mente dispersa.

—Mi mente no está dispersa —protestó.

—Eso debo juzgarlo yo.

—¿Es por mi madre? —lo miró con recelo.

—En parte.

—¿En parte?

—Exacto —suspiró al ver cómo elevaba una ceja con suspicacia—. Considerad este viaje como una prueba, Greer. Admiro vuestra destreza, pero no puedo olvidar que sois mujer.

—Vuestra mente es la que está dispersa, me temo.

—De cualquier manera, tendréis que ir —aunque tenía una sonrisa en los labios, sonó firme—. Es lo que vuestra madre quería.

—También quería que luchase con vos —le recordó.

—Entonces id con los McGregor y cumpliréis ambos deseos.

—Si voy, ¿me asegurareis un lugar a vuestro lado? —a pesar de la esperanza que sus palabras le daban, no acababa de creérselo.

—Si vais, os aseguro que os tendré muy en cuenta.

Durante lo que les pareció un tiempo extremadamente largo a ambos, Greer permaneció en silencio, sopesando su respuesta. Tenerla en cuenta no era la promesa que ella había buscado con su pregunta, pero sabía que Bruce no se comprometería a más si ella no hacía lo que su madre le pedía. Y aunque hacerlo no le aseguraba un puesto en la batalla junto a su rey, no hacerlo la condenaría a quedarse en el castillo con el resto de las mujeres.

—Está bien —concedió—, pero más os vale que el viaje merezca la pena.

—¿Me estáis amenazando? —era evidente que la idea le resultaba cuando menos, curiosa.

—Consideradlo como una prueba —repitió sus mismas palabras, a lo que Bruce rió con ganas.

Desde luego, aquella muchacha era muy osada y solo por eso, no le molestaría luchar junto a ella llegado el momento, aunque no se lo diría todavía. Merecía sufrir un poco por su atrevimiento.

LA CENA

Lady Fiona había insistido tanto en que debía llevar vestido en la cena, que por no disgustarla, había accedido. La idea en sí no le disgustaba, pues adoraba sentirse tan femenina, pero temía que eso le hiciese olvidar a Bruce sus habilidades con las armas. Y ahí había estado el dilema.

—Os ayudaré con el pelo, querida —se ofreció la mujer, encantada de que al fin entrase en razón.

—No será necesario, mi señora —le sonrió—. Estoy acostumbrada a recogermelo sola.

Tomó un puñado de cabello y lo enredó de manera informal. Fue añadiendo hábilmente más mechones hasta convertir la maraña de pelo, en un precioso peinado que enmarcaba a la perfección su rostro. Mientras permaneció en la corte, no había copiado los intrincados moños que tan de moda estaban en Londres, porque no se sentía cómoda con ellos y había aprendido de su madre el recogido que usaba siempre allí, el mismo que se había hecho en ese momento.

—Vaya, ya veo que sois muy capaz —sonrió lady Fiona, asombrada por la rapidez con que había dominado su pelo.

En realidad, algunos mechones se escapaban, en rebeldía, pero le daban un toque sencillez que hacía juego con su ropa. A pesar de los años pasados en Londres y de que el dinero había dejado de ser un problema para ella al poco de conocer al, por aquel entonces, príncipe Eduardo, había continuado fiel a sus orígenes. Sus vestidos eran tan sencillos como ella. Incomprensiblemente, aquella había sido una de las cualidades que habían llamado más la atención de Eduardo.

—Creo que esta noche deslumbraréis a más de uno, Greer.

La vio fruncir el ceño después de pronunciar su nombre. Greer sonrió, anticipando la pregunta que sabía que llegaría en breve.

—Si me permitís el atrevimiento, ¿quién os puso ese nombre?

—Mi madre —su sonrisa se amplió al ver que no había fallado en su suposición—. Es una larga historia, milady. Tal vez algún día os la cuente, pero no hoy. Me temo que ya hemos hecho esperar demasiado al rey.

—Estoy segura de que no le importará el retraso en cuanto os vea llegar.

Lo vais a impresionar con vuestro nuevo aspecto.

No era así como pretendía impresionarlo, pero tampoco estaba dispuesta a explicárselo a aquella dulce mujer. Se había alterado bastante el día de su llegada al verla vestida como un hombre y portando tantas armas, así que podía imaginar qué ocurriría si le decía que pretendía ir a la batalla con su rey. La pobre mujer se moriría en el acto.

Lady Fiona enlazó sus brazos para bajar. ¿Tal vez creyendo que escaparía en el último momento? No era propio de ella el huir, pero debía admitir que estaba muy nerviosa. Sintió unas cuantas palmadas ligeras en la mano y sonrió a la mujer que se las había propinado. Pretendía animarla y aunque no lo había logrado, no quería contrariarla. Inspiró profundamente y expulsó el aire con calma, antes de traspasar el umbral del gran salón.

Por un momento, Greer agradeció que lady Fiona no hubiese le soltado la mano porque sus pies parecían no querer obedecerle. No estaba muy segura de lo que esperaba encontrarse, pero no tanta gente, desde luego. Y su mente viajó a la corte y a todo lo que allí había vivido sin que pudiese evitarlo. Tenía la sensación de que en cualquier momento, aparecería el rey Eduardo para obligarle a cumplir con su palabra. Inspiró de nuevo varias veces hasta que logró ralentizar el latir de su corazón.

Entonces, empezó a notar la diferencia entre ambos lugares. Allí todos se comportaban de un modo más abierto y relajado. Podía ver grupos, diseminados por la sala, hablando animadamente y compartiendo bromas. La familiaridad y complicidad entre ellos era evidente y se sintió mejor al momento. Aquello no se parecía en nada a la fría formalidad de Londres.

—No parece tan terrible, ¿verdad? —le susurró lady Fiona, como si le hubiese leído la mente.

—Desde luego no se parece en nada a lo que estoy acostumbrada.

—Creo que disfrutaréis de la velada —le palmeó de nuevo la mano, antes de llevarla ante Bruce.

—Lamentamos el retraso, mi señor Bruce.

—No lo hagáis, lady Fiona —la saludó con una ligera inclinación de cabeza—. Siempre es un placer esperar por unas damas tan bellas como vos.

Bruce ni siquiera había reconocido a Greer y lady Fiona sonrió, satisfecha, antes de iluminar a su rey. La joven no pudo evitar sonreír también, cuando el sonrojo cubrió el rostro del hombre.

—No os había reconocido, Greer —se disculpó—. Estáis muy bella esta noche.

—Me halagáis, mi señor.

—Solo digo la verdad.

Le ofreció el brazo para acompañarla a la mesa, pues lady Fiona había dispuesto que se sentara junto al rey. Para su desgracia, la había sentado también junto a Tavish McGregor, motivada, sin duda, por el descubrimiento de que pertenecían al mismo clan. Y si no estuviese desesperada por congraciarse con el rey, habrían tenido unas palabras al respecto, porque era el único conocedor de tal dato sobre su pasado escocés. En cambio, trató de ignorar al McGregor, entreteniéndose con la falda de su vestido, porque Neil Campbell había captado la atención del rey mucho antes de que ella pudiese siquiera pensarlo.

—Os veis preciosa con ese vestido, Greer.

Vanas esperanzas las tuyas de no tener que hablarle. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que aquel hombre la dejaría tranquila? ¿Y cómo era posible que afectase de tal modo a su corazón con un simple halago? Había conocido a muchos hombres atractivos en la corte, algunos encantadores y otros no tanto, pero ninguno le había provocado una reacción similar.

—Una pena —chasqueó la lengua, divertido—. Causarías una mejor impresión.

—No recuerdo haberos dado permiso —lo reprendió— para que me tratéis con semejante familiaridad, McGregor.

—Por lo que he oído, también tú eres una McGregor. Quién sabe, puede que incluso seamos familia, preciosa —se acercó a ella más allá de lo correcto—. Aunque espero que no.

—Un nombre no hace una familia —le espetó.

—Pero la sangre que corre por tus venas, sí. Eres una McGregor, aunque no lo quieras admitir.

—No olvidéis que también tengo sangre inglesa corriendo por mis venas —lo desafió con la mirada. Jamás había sido grosera con nadie, pero la actitud de aquel hombre la provocaba. Cuando se encontraba junto a él, no podía contenerse.

—Eres tan escocesa como cualquiera de los presentes.

—No lo negaré —se encogió de hombros—, pero eso no demuestra que sea una McGregor.

—Vuestro carácter lo demuestra, preciosa.

Sus carcajadas la irritaron hasta lo indecible y un intenso color subió por su cuello hasta cubrir su rostro. Habría estallado si el rey no hubiese elegido

ese momento para intervenir. Dio gracias por ello o habría quedado como una loca ante todos.

—Veo que os estáis divirtiendo —los miró a ambos.

—Algunos más que otros, Bruce —bromeó Tavish, guiñándole un ojo a Greer. El gesto de disgusto que obtuvo en respuesta lo hizo reír de nuevo.

—En cualquier caso, me alegro de que vayáis arreglando vuestras iniciales diferencias. Será todo mucho más fácil.

Greer quiso preguntarle qué sería más fácil, pero el hombre se volvió hacia Neil de nuevo, imposibilitando así cualquier tipo de conversación. ¿Acaso lo había hecho a propósito?

—Bruce siempre es así de misterioso. Te acostumbrarás.

Tavish había adivinado el motivo de su frustración, pero no sabía si aquello era mejor o peor que sus provocaciones. Greer decidió que no trataría de averiguarlo porque era más importante para ella hacerle entender que no debía ser tan íntimo con ella.

—No es ese el modo en que debéis hablarme, McGregor. No...

—Me temo que no podré contentarte, preciosa —la interrumpió—. He descubierto que me gusta más provocarte, que vencerte en combate.

—Pero si no me habéis... —se detuvo en cuanto comprendió que aquella era otra más de sus pullas.

Una nueva carcajada corroboró su pensamiento e hizo que las ganas de abofetearlo le cosquilleasen en las manos. Se contuvo a duras penas, tomando un largo sorbo de su copa, sin pensar en que no fuese vino lo que le habían echado. A punto estuvo de ahogarse cuando el ardiente líquido le abrasó la garganta. Tosió con fuerza, mientras miraba el interior de la copa, como si fuese capaz de adivinar lo que contenía, solo con la vista.

—Parece que nunca hayas probado el whisky escocés —rió Tavish.

—Solo he vivido cuatro años en Escocia —olvidó, por un momento, sus rencillas para explicarle— y era demasiado joven para beber alcohol.

—Una pena. Es de lo mejor que tenemos —le guiñó de nuevo un ojo.

—Espero que no —se permitió bromear— o será difícil manteneros en pie por mucho tiempo.

Desde luego a ella ya le estaba afectando y solo había bebido un sorbo. Generoso, cierto, pero uno.

—Te acostumbrarás, preciosa. Y acabarás apreciándolo —se acercó de nuevo a ella—, casi tanto como a mí.

—¿Es que siempre tenéis que mostrar tanta prepotencia?

—No es prepotencia —rió, recostándose en la silla—, es un hecho.

—Sois un arrogante.

—Creo que nunca me habían acusado de tantas cosas en una sola conversación —no parecía ofendido por ello, aún así.

—Vos mismo lo buscáis —se encogió nuevamente de hombros.

—¡Ah, pero me gusta! —se inclinó hacia ella por tercera vez y le sonrió—. Sobre todo en tus labios, preciosa.

—Os recuerdo que mi nombre es Greer.

—Sé perfectamente cómo te llamas, preciosa —remarcó la última palabra para provocarla de nuevo.

Desde el momento en que había descubierto que era una mujer, no pudo dejar de pensar en ella en los brazos del rey inglés. Y ni siquiera cuando les aseguró que no había yacido con él, se había disipado su irritación. Aunque quizá, lo que más le molestaba era que le importase si había ocurrido o no. Ni siquiera la conocía. No era asunto suyo a quién entregaba su cuerpo. Ni siquiera si él había reaccionado con un intenso deseo al ver su espeso cabello dorado cayendo sobre sus finos hombros o si se habían resecao sus labios al ver la sonrisa en los suyos. Unos labios incitantes y plenos, que seguramente habían afectado a todos en la reunión. Algo que también lo enfurecía, no con ellos, sino consigo mismo.

Cuando la descubrió en el campo de entrenamiento sola, vio en ello una oportunidad para conocerla mejor y desencantarse con ella. Siempre era así. Pero aquella pequeña muchacha lo irritaba más que cualquier otra, con su seguridad y su independencia. Ni siquiera supo cómo habían terminado compitiendo entre ellos y se alegró de que Bruce los detuviese, antes de que la admiración que empezó a sentir por ella lo hiciese cometer una insensatez.

Sin embargo, aquella noche había sido demasiado para él. Greer había decidido mostrar a todos sus encantos con aquel sencillo vestido. No había nada indecoroso en él, pero se amoldaba a sus curvas con tal perfección, que no había podido dejar de mirarla desde que había entrado en el salón. Ninguno de los hombres presentes había dejado de mirarla en algún momento y ardió en deseos de arrancarles los ojos a todos. Jamás una mujer le había provocado tal estado de ira. Que ni siquiera fuese consciente del efecto que causaba, solo la hacía más apetecible.

Intentó ignorarla cuando la sentaron a su lado, pero no tuvo el éxito que esperaba, porque había sido totalmente consciente de ella y del modo en que la tela se había tensado en su busto una vez en la mesa. Finalmente, seguro de

que no podría evitarla por más tiempo, decidió que intentaría conocerla de nuevo para que el interés desapareciese. Por desgracia, había descubierto que el provocarla era mucho más estimulante que pensar en su cuerpo voluptuoso. Tal vez no tanto, admitió, pero al menos disfrutaba de su mordaz lengua.

—Entonces, ¿qué esperáis a usarlo?

—Descubrirás, preciosa, que yo hago las cosas a mi manera.

—Es imposible hablar con vos —suspiró.

—Pues yo creo que lo hemos hecho bastante bien hasta ahora.

El bufido de Greer le hizo sonreír de nuevo. Sí, pensó sin dejar de sonreír, definitivamente provocarla era mucho más estimulante que cualquier otra cosa. Y se propuso hacerlo en lo que restaba de noche para ver hasta dónde era ella capaz de soportarlo.

Pero cuando se dio por finalizada la comida, Greer huyó de allí. Se sentía una cobarde, pues ni ante Eduardo había reulado de ese modo, pero Tavish McGregor la incomodaba infinitamente más que el rey inglés. En un momento la provocaba hasta que se sentía arder de ira y frustración, y al otro le hablaba con tanta intimidad que eran escalofríos lo que recorría su cuerpo. Así que, por más que odiase huir, necesitaba alejarse de aquel hombre antes de sucumbir al impulso de asfixiarlo con sus manos. O lo que era peor, de besarlo hasta dejarlo sin aliento. De un modo u otro, le arrebataría el aire. Pero ninguna de las dos opciones le ayudarían con Bruce, así que decidió que irse era la mejor de las tres.

Aunque Lady Fiona frustró su intento de salir del salón. La dulce y amable dama la interceptó y se ofreció para presentarla a todo aquel que quisiese conocerla, que para asombro de Greer, eran más de los que creía. Se pasó las siguientes horas conversando con gran parte de los hombres que habían acudido a la cena e incluso con la mayoría de las mujeres. Probablemente, no podría recordar sus nombres a la mañana siguiente, pero se descubrió disfrutando con todos ellos. Eran tan distintos a las personas que solían asistir a la corte inglesa. No veía maldad en ellos ni control al hablar. Lo que pensaban, lo decían sin más y a le gustó aquella sinceridad.

Cuando las presentaciones hubieron concluido, la mayoría de los hombres le solicitó un baile también. Y no habría podido negarse aunque quisiese, pues pasaba de unos brazos a otros, sin saber apenas con quién bailaba. Inexplicablemente, lo que en Londres le habría irritado, allí le resultaba muy agradable. La cordialidad y galantería de sus compañeros de baile la hacían sentir acogida.

—Está encajando realmente bien, ¿no creéis? —Bruce estaba junto a Tavish, hablándole, pero este apenas lo oyó.

Su mirada, fija en Greer y en cada uno de sus compatriotas que la habían sacado a bailar, estaba empañada en rabia. No debía importarle con quien estaba o con quien reía, pero lo hacía. Más de lo que jamás admitiría a nadie.

—Alguien debería decirle que no es necesario que acepte cada invitación que recibe —gruñó por lo bajo y Bruce sí lo oyó a él.

—Es joven. Tiene derecho a divertirse —lo provocó.

Tavish gruñó de nuevo sin quitar la mirada de Greer y Bruce rió. Nunca había visto que una mujer lo afectase tanto como lo hacía aquella joven y creyó que tal vez, con el incentivo correcto, ella lograra poner fin a las aventuras amorosas de su amigo. Siempre había creído que cada hombre acabaría encontrando a la mujer perfecta para él, en el momento indicado. Este parecía ser el del joven McGregor y después de ver su reacción en el campo de entrenamiento, decidió que merecían conocerse mejor sin todas las distracciones del castillo y el inminente viaje de Greer a las tierras de los McGregor era el escenario perfecto para ello. Era un plan arriesgado, pero él no había llegado a donde estaba sin haberse arriesgado en el camino.

—Y si vos no la vais a sacar a bailar —continuó con su provocación—, yo mismo tendré el gusto de hacerlo.

Sin esperar su respuesta, Bruce se acercó a Greer, que apenas abandonaba los brazos de Neil con las mejillas sonrosadas por el esfuerzo y los ojos brillantes de emoción.

—Espero que no estéis demasiado cansada para otro baile, Greer.

—Siempre es un placer bailar con el rey —sonrió y luego sopló para apartar de su rostro, con disimulo, un mechón rebelde.

—¿Eso es lo que le decíais a Eduardo? —bromeó con ella, aunque su curiosidad era evidente.

—Con vos soy sincera.

—Me alegra oírlo.

Greer quería aprovechar el momento para hablar de nuevo con él sobre su incorporación al grupo armado del rey, pero no sabía cómo abordar el tema sin resultar insufrible.

—¿Cuándo decís que debo partir?

—¿Tan ansiosa estáis ahora por conocer a vuestra familia?

—Cuanto antes vaya, antes regresaré —se encogió de hombros, intentando aparentar una indiferencia que no sentía.

—No deberíais estar tan ansiosa por involucraros en una guerra.

—No me malinterpretéis, Bruce —lo miró a los ojos—. No es luchar lo que ansío, sino cumplir la promesa de mi madre. Si ella quería que yo fuese a la guerra, allí es a donde iré.

—Demasiada responsabilidad para una muchacha.

—Soy más fuerte de lo que creéis.

—No me refería a eso —sonrió ante su suspicacia—, sino a vuestros años. Habéis arriesgado vuestra vida por mí desde una temprana edad y me temo que eso os ha impedido vivir realmente.

—Estamos en guerra, mi señor. Vivir ajena a eso no me hará más feliz, sino más hipócrita. No puedo asegurar que hubiese elegido mi vida tal y como ha sido, pero tampoco me arrepiento de ello. Mucho antes de que mi madre decidiese convertirme en espía, ya había padecido lo que no deseo a ninguna mujer —su mirada se oscureció—, así que no os culpéis de nada. Ya hay quien me ha hecho lamentar varios días en mi vida y no sois vos.

Era evidente que estaba pensando en su padre. Morag, la madre de Greer, le había contado la historia completa en su carta, pero no se lo diría, pues tenía la intención de que fuese ella misma la que se lo contase, si lo creía digno de su confianza. Así era cómo forjaba alianzas.

—No sois la única que lamenta algunos días de su vida —intentó consolarla.

—Cierto —sonrió con un deje amargo todavía en su gesto—. Espero no lamentar también el conocer a la familia de mi madre.

—No os lo puedo asegurar —le devolvió el gesto, aunque más claro y confiado—. Lo que encontréis allí tal vez no sea lo que esperáis, pero era el deseo de vuestra madre. Y he de decir que tenía una poderosa razón para pedir mi ayuda, aunque no pueda hablaros de ello.

—Mi madre siempre ha tenido un sentido de la oportunidad de lo más extraño —susurró.

—Recordad algo cuando estéis allí, Greer —le habló con seriedad—. Vuestra madre hizo muchas cosas con las que tal vez no vayáis a estar de acuerdo, pero os quería más que a su propia vida.

—Lo sé.

—Puede que lo olvidéis —le advirtió.

Greer lo miró con intriga, pero sabía que no le aclararía nada. Le parecía que hablaba a medias, ocultando a propósito parte de la información y recordó las palabras de Tavish.

—Alguien me dijo hace poco que sois misterioso al hablar, Bruce — frunció el ceño— ¿Tendré que darle la razón?

—Desde luego —rió—. Un rey tiene que mantener cierto secretismo en sus asuntos para conservar su poder, muchacha.

—Entonces creo que desistiré de intentar sonsacaros información acerca de mi madre.

—Chica lista.

Greer se mordió la lengua para reprimir más preguntas porque a pesar de haber dicho que no insistiría, la tentación era grande. El hombre sabía algo que su madre le había ocultado sobre su clan y debía ser algo demasiado importante para que el rey insistiese en recordarle el amor de su madre por ella. Aún así, no iba a ser condescendiente con ellos. La promesa a su madre no incluía el perdón para una familia que la había abandonado. Escucharía lo que fuesen a decirle y después se marcharía para siempre.

La canción terminó y al separarse, descubrió que Bruce los había llevado junto a Tavish McGregor.

—Aquí nuestro amigo parece llevar horas preocupado por algo —le dijo el rey, con una sonrisa pícaro en los labios— ¿Me haríais el favor de entretenerlo un poco, Greer? Parece que habéis sido la única que ha logrado levantarle el ánimo hasta el momento.

El sonrojo de Greer se intensificó cuando Tavish le ofreció una mano y la atrajo hacia él en cuanto sostuvo la suya. Podía sentir cada centímetro de su cuerpo contra ella y para su desconcierto, el poderoso abrazo en que la había envuelto la hacía sentirse segura; algo que no concordaba con la primera impresión que le causaba aquel hombre. Peligro es lo que debería sentir.

—Parece que has disfrutado de la velada, preciosa —le dijo, con el rostro demasiado cerca del suyo.

—No puedo decir lo mismo de vos.

—Juraría que ni una sola vez has mirado hacia mí —la provocó— ¿Acaso me he equivocado, preciosa? ¿No eres tan indiferente a mis encantos como quieres hacerme creer?

—Solo repito lo que Bruce ha dicho hace un momento, McGregor.

—Tavish —la desafió con la mirada.

—Tavish —concedió, antes de que aquellos ojos grises le hiciesen flaquear las rodillas. Jamás había visto unos ojos como aquellos. Podría haber pasado horas contemplándolos si no perteneciesen al único hombre que le arrebató el control de sus reacciones.

Permanecieron en silencio después de pronunciar su nombre y Greer empezó a pensar que tal vez aquello fuese mucho peor que hablar, pues le impedía ignorar el inquietante cosquilleo que sentía en la mano que tenía enlazada con la de Tavish. La intensa mirada que posaba sobre ella tampoco le ayudaba demasiado.

—Si tenéis algo que decirme —le espetó—, hacedlo de una vez.

—¿Qué te hace creer que quiero decirte algo?

—No dejáis de observarme —cometió el error de mirarlo a los ojos al hablar y se sintió perdida. Había hambre en aquellos ojos. Del hambre que un hombre siente por una mujer.

Eduardo la había mirado así miles de veces y sin embargo, nunca se había sentido como lo hacía con Tavish. Eduardo solo le había inspirado rechazo. En cambio, en aquel momento podía sentir la expectación creciendo en ella. ¿Qué sentiría al ser besada por un hombre como él? Un escalofrío recorrió su cuerpo por completo y apartó la mirada.

—Alegras la vista, preciosa —susurró Tavish, tan cerca de su cuello que se estremeció de placer y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no huir de nuevo.

—Lástima que no opine lo mismo de vos —lo provocó, sin pensar que aquel juego podría resultar peligroso para ambos.

—No deberías mentir, preciosa —la acercó más a él, arrebatándole el aliento—. Puede que algún día te arrepientas de ello.

—No miento —insistió, tratando de demostrarse a sí misma que su cercanía no le afectaba—. He visto docenas de rostros como el vuestro, así que no esperéis que caiga rendida a vuestros pies. Lo único que siento es repulsa por vuestra arrogancia.

Se había extralimitado y lo supo en cuanto terminó de hablar. Y aunque no había tenido la intención de llegar tan lejos, era tarde para retractarse. Levantó la barbilla, orgullosa, para que Tavish no sospechase de su arrepentimiento, pero apenas contuvo un grito de asombro al sentir cómo la arrastraba fuera del salón.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —no había crítica, sino alarma en su voz.

—Te voy a demostrar que no es repulsa lo que sientes, preciosa.

—No podéis hablar en serio —gimió, enfada consigo misma por no haber sonado valiente, precisamente.

—Nunca en mi vida he hablado más en serio.

Continuó llevándola con él hasta que vio un hueco oculto tras las escaleras y los metió a ambos allí, seguro de que sería suficiente para lo que tenía pensado hacerle. La aprisionó contra la pared con su cuerpo y sintió cómo se tensaba al contacto. Haría que se tragase sus necias palabras con un beso que jamás olvidaría.

—Ni se os ocurra... —la protesta de Greer se perdió en sus labios. Y aunque su intención había sido demostrarle que sentía algo por él, jamás habría esperado la miríada de sensaciones que recorrió su propio cuerpo al unir sus labios. Los suyos estaban calientes y sabían a miel y whisky. Lo embriagaron, nublándole el sentido, y se apretó contra ella, profundizando el beso, mientras su mano recorría su cuello para enredarse en su espeso cabello y liberarlo con un simple movimiento. Greer era deliciosa.

Cuando sintió que se rendía a él, llevó sus manos a su trasero y comenzó a rozarse contra ella. Dejó escapar un gemido de placer cuando, finalmente, Greer rodeó su cuello con los brazos y dejó que su cuerpo se amoldase al de él. Era tan ardiente cómo había esperado, pues su parte escocesa la dominaba siempre.

—¿Qué dices ahora, preciosa?

En cuanto formuló aquella pregunta, supo que debería haberse callado porque Greer se tensó e intentó separarse de él. La ira en sus ojos se mezclaba con la pasión que no se había extinguido todavía, a pesar de todo, y aquella mezcla lo excitó más.

—Soltadme —le ordenó en cuanto supo que no podría liberarse si él no colaboraba.

—¿Es eso lo que realmente quieres?

Greer deseó golpearlo, pero no lo hizo porque ella tenía la culpa de lo que había sucedido. Se había dejado llevar por la pasión de sus besos, sin resistirse a él y ahora ya no podría negar que había disfrutado, sin quedar como una mentirosa. Aún así, se mantuvo firme en su decisión.

—Por supuesto.

—No te creo —le besó la punta de la nariz antes de liberarla de su abrazo—, pero lo dejaré pasar por esta vez.

—Si osáis volver a besarme —lo amenazó al comprender lo que sus palabras insinuaban—, no viviréis para contarlo.

Después, se alejó de él lo más rápido que pudo, mientras su risa la perseguía, incluso mucho tiempo después de dejar de oírla. Ya no podría dormir aquella noche, para su desgracia.

LA PARTIDA

A la mañana siguiente, no queriendo encontrarse de nuevo con Tavish, Greer ocupó más tiempo del que solía usar en arreglarse para bajar a desayunar, con la esperanza de que ya se hubiesen ido todos. Le hubiese gustado acudir al entrenamiento también, pero decidió que un día que faltase no haría la diferencia. Y aún así, por más que intentaba convencerse a sí misma de que no se estaba escondiendo, se sentía igualmente cobarde.

—No puedo permitir que gobierne mi vida —se dijo, molesta por su actitud—. He sabido manejar a un rey, por el amor de Dios. No ha de resultar tan diferente con este —pero lo era y se odiaba por ello.

—Querida —Lady Fiona la asaltó nada más poner un pie en el salón y Greer trató de sonreír con convicción—, veo que la velada os ha resultado tentadora, después de todo.

—¿Por qué lo decís? —si Tavish se había atrevido a decir algo...

—Bueno —le sonrió, condescendiente—, soléis ser madrugadora.

—Oh —se relajó—cierto. Supongo que tanto baile ha acabado con las reservas de energía que tenía.

—Como podéis ver —dijo, señalando a los comensales que todavía permanecían en el salón—, no sois la única que habéis retrasado la hora del desayuno.

—Para vos será un inconveniente —no prestaba atención a lo que decía, pues su mirada se había quedado prendida al fondo de la sala, en el tormento de sus sueños, que hablaba animadamente con más hombres.

—No es ninguna sorpresa, así que ya estaba previsto —rió la dama.

—Claro.

—¿Estáis bien, querida?

—Perfectamente —bajó la mirada al suelo, antes de que a la mujer se le ocurriese seguirla y descubrir dónde había estado fija hasta ese momento—. Muero por probar lo que habéis servido. Huele de maravilla.

—No es nada extraordinario —aún así, Greer pudo notar el sonrojo cargado de satisfacción que cubrió el rostro de la mujer.

Cuando regresó la mirada hacia Tavish, mientras acompañaba a la mujer a la mesa, este la estaba observando fijamente. Apartó el rostro inmediatamente,

pero pudo ver igualmente, su sonrisa socarrona.

—¿Ya sabéis cuándo iréis a conocer a vuestra familia escocesa? —la pregunta de lady Fiona le evitó pensar en cuánto le habría gustado recriminarle alguna cosas a Tavish y le evitó también el avergonzarse a sí misma de haberlo hecho.

—No son mi familia —la respuesta salió de forma espontánea y se sintió en la obligación de justificarse después—. Mi madre es la única familia que he tenido. Nadie cuidó de mí ni me protegió en mi infancia, más que ella. La sangre no hace a la familia.

—Estoy segura de que os sentiréis acogida entre ellos en cuanto os conozcáis un poco —le sonrió, conciliadora.

—Pensaréis que soy una rencorosa, lady Fiona, pero lo dudo.

—Pienso más bien que sois muy terca, pero eso no es delito. Y en los tiempos que corren, tener un fuerte carácter no está de más —palmeó su mano, antes de continuar hablando—. Solo os pediré que no cerréis las puertas antes de ver qué hay detrás. Podríais sorprenderos.

—Lo dudo —murmuró para que la mujer no la escuchase. No era su intención ofenderla, pero nada que proviniese de quien había abandonado a su madre a su suerte podía interesarle.

El rey apareció entonces, acompañado de varios de sus hombres más cercanos y al pasar junto a ellas, se inclinó para saludarlas. Greer hubiese preferido ahora sentarse a su lado para continuar con su asedio, pues todavía no le había dicho cuándo partiría, pero lady Fiona la entretuvo con interminables preguntas sobre la corte inglesa y no se sintió con fuerzas de ignorar a la mujer. El rey ya había desaparecido, para cuando se sintió satisfecha con el interrogatorio.

—Por la noche —se prometió, aunque hubiese preferido no acudir a la cena, porque temía que la buena de la dama la sentase junto a Tavish nuevamente.

Por eso, cuando llegó el momento de cenar, se concienció de no responder a las provocaciones del escocés. Si no le hablaba, era probable que se cansase de ella y la dejase en paz.

—¿Así será toda la noche? —vanas esperanzas las tuyas. Aún así, ni siquiera lo miró. Ya se sentía suficientemente frustrada por estar sentada junto a Tavish, pero lejos del rey. Su plan de concretar la fecha de su partida se había ido al traste en cuanto lady Fiona le señaló el lugar que ocuparía aquella noche—. Ya veo.

Greer esperó que con aquello comprendiese que no tenían nada de qué hablar, pero al parecer cuando se trataba del escocés, no acertaba nunca.

—Si crees que así podrás olvidar lo que has sentido en mis brazos —le susurró, después de acercarse a ella—, lamento informarte de que no funcionará.

—No hay nada que olvidar —le respondió, aunque lamentase más tarde el haber caído en sus provocaciones.

—¿Te lo demuestro una vez más?

—Sois un arrogante.

—Eso ya me lo has dicho, preciosa.

—No ha dejado de ser tan cierto como la primera vez que lo dije.

Antes de que pudiese añadir algo más, Greer se levantó y dirigió sus pasos fuera del salón. La noche se había terminado para ella. Y aunque intentó ignorar la mirada de Tavish, que la acompañó hasta desaparecer por la puerta, no pudo olvidar lo que hablar con él de nuevo había hecho con sus nervios. Por su bien, debía evitar encontrárselo mientras permaneciese en el castillo. Solo necesitaba alejarse de él unos días, para poder controlarse, y por primera vez, vio con buenos ojos el viaje que tenía por delante.

Y con la idea de hablar con Bruce a primera hora de la mañana, se acostó. Puede que si hubiese sabido que el rey la convocaría al día siguiente, tal vez no hubiese dormido tan bien, aún cuando su intención había sido reunirse con él.

—Anoche os retirasteis muy pronto —le dijo, una vez a solas en su despacho—. Me hubiese gustado compartir un baile con vos.

—Estaba agotada —mintió.

—Espero que una noche de sueño reparador os haya ayudado —le dijo— porque lo he arreglado todo por fin para que dispongáis de Tavish durante unas tres semanas. Creo que será tiempo sufici...

—¿De qué estáis hablando? —lo interrumpió, tensa.

—¿No creeríais que os dejaría viajar sola?

—Ya lo he hecho antes, no veo por qué no podría ahora.

—Porque necesitasteis la ayuda de mis hombres —le recordó—. Y porque no permitiría que nadie, ya sea mujer u hombre, viajase solo cuando hay tantos enemigos deseando hacerse con algo de información sobre mis movimientos. Tavish conoce bien la zona, así que os acompañará.

Aquella, sin duda, no era una sugerencia. Era el rey el que había hablado, así que asintió, aunque la idea de viajar a solas con el McGregor le

desesperase.

—¿Algo más, mi señor?

—Tavish —su grito la sobresaltó, pero permaneció en silencio—. Os dejaré solos para que habléis del viaje, pues saldréis mañana al amanecer.

Greer permaneció sentada, completamente rígida, con la mirada al frente, deseando que aquello no fuese más que un mal sueño. Pero Tavish se adentró en la sala y recostó su peso en la mesa, sin dejar de observarla. Sus pies rozaban la falda de su vestido.

—Creo que deberíamos aclarar algunos puntos antes de mañana, preciosa —fue él quien rompió el silencio—. O temo que el viaje resultará un tanto incómodo para los dos.

—No hay nada de que hablar —lo miró por fin—. Os dejé claro que no siento nada por vos, así que, por vuestro bien, espero que os mantengáis lejos de mí.

—Yo estaba hablando de la ruta —sonrió, satisfecho—, pero si crees que hay algo más de lo que debemos...

—Como he dicho —lo interrumpió, furiosa por haber caído en sus trampas una vez más—, no hay nada de qué hablar. Al amanecer estaré lista para partir. Vos haced lo mismo. Quiero acabar con esto cuanto antes.

—Bueno —se acercó a ella cuando Greer se puso en pie, dispuesta a abandonar la sala—, ahora me apetece hablar de eso que dices que no sientes por mí, preciosa.

—Sois un...

—Arrogante, lo sé —la interrumpió él esta vez.

—Iba a decir un insolente, pero también me sirve así.

Las carcajadas de Tavish la sobresaltaron. Se hubiese esperado cualquier otra reacción, pero no aquella. Y mucho menos que se acercase a ella con tal decisión. Sin poder evitarlo, retrocedió al mismo ritmo, hasta que su espalda chocó con la pared.

—Creo que este va a ser un viaje muy interesante, preciosa —le susurró al oído, antes de salir de la habitación.

Le llevó unos minutos serenar a su alocado corazón y se maldijo por ello. No podía permitir que las bravatas de aquel hombre le afectasen tanto o, como le había dicho él instantes antes, el viaje resultaría demasiado incómodo. Decidida a no dejarse intimidar de nuevo, se prometió pensar en él como en el rey de Inglaterra, aunque en su fuero interno sabía que nada tenían que ver el uno con el otro.

—Querida —lady Fiona la interceptó cuando se disponía a subir a su alcoba para preparar su equipaje. No pensaba llevar muchas cosas porque no esperaba quedarse demasiado tiempo con los McGregor, pero debía encontrar quien le vendiese algo de ropa masculina porque la buena de lady Fiona se la había tirado toda en un descuido y la había sustituido por vestidos.

—Mi señora —la saludó.

—Bruce me acaba de decir que os marcháis mañana —parecía más ansiosa de lo habitual.

—Así es, al parecer.

—En ese caso, debéis acudir a la cena de esta noche para que os despedamos como merecéis.

—Preferiría descansar porque...

—Pero no estaría bien iros sin más —la interrumpió, escandalizada.

—¿Por qué no? —sonrió, divertida—. Dudo que alguien me echase en falta aquí.

—Yo lo haría —ahora sonaba ofendida.

—De acuerdo —le concedió—. Acudiré a la cena, solo si me permitís sentarme a vuestro lado.

—Oh, querida, para mí sería un verdadero placer —la abrazó.

Durante el resto del día, Greer se entretuvo buscando ropa para ella, adecuada para el viaje. Uno de los mozos de cuadra le dio un par de pantalones a cambio de una de sus flechas, que eran, al parecer, legendarias después de su demostración varios días antes. El otro, ni siquiera pidió nada a cambio de sus camisas. Le bastaba con saber que ella las usaría para sentirse afortunado. Y aunque le agradecía el gesto, le preocupaba que la tuviese en tal estima. Ni siquiera quiso pensar en que pudiese sentir algún tipo de enamoramiento por ella. Aunque aquello le sirvió para saber que no había pasado tan desapercibida como ella había creído.

Una vez llegada la noche, tal como había prometido a lady Fiona, bajó a cenar, pero con la clara intención de no permanecer más allá de la comida. Aquella sería la última noche de unas cuantas en que podría dormir en una cama y no quería desaprovecharla.

—Habéis venido, querida —la dama sonrió al verla.

—Os lo había prometido, mi señora —no pretendía sonar ofendida, pero lo hizo.

Lady Fiona simplemente lo ignoró, como buena anfitriona, y la tomó del brazo para acompañarla hasta la mesa principal donde las aguardaban sus

sillas. También ella había cumplido con su parte del trato.

—Bienvenida —Bruce le ayudó a sentarse— ¿La conversación con Tavish ha sido fructífera?

—¡Oh, sí! Mucho —contestó con sarcasmo.

—Me imaginaba algo así —rió él. Aquel hombre parecía enterarse de todo siempre y Greer pensó que, tal vez, tenía espías también entre sus hombres. No le extrañaría en absoluto.

Para alivio de Greer, Tavish se sentó en otra mesa, lejos de ella. Y aunque de vez en cuando notaba su mirada sobre ella, eso no le impidió disfrutar de la cena en compañía de lady Fiona, que resultó ser de lo más entretenida.

—Yo me retiro ya —le dijo a la mujer en cuanto retiraron las mesas para el baile.

—Pero no podéis iros sin haber bailado al menos un par de piezas.

—Lamento desilusionaros, mi señora, pero partimos al amanecer y quiero disfrutar de mi última noche de descanso en una cama confortable. Me temo que en unos cuantos días mi colchón no será tan blando.

—Está bien, querida. Lo entiendo —palmeó su mano, pero no pudo evitar que la desilusión empañase sus ojos.

—No tardaré tanto en regresar —le dijo, como si sintiese que debía consolarla. La mujer se limitó a despedirla con un abrazo que le recordó demasiado a lo que su madre le había dado cuando era pequeña.

Subió a su alcoba sin caer en la tentación de buscar a Tavish con la mirada y se durmió profundamente en cuanto se metió en la cama. No porque no estuviese nerviosa por lo que fuese a pasar en su viaje, sino porque estaba realmente cansada. No despertó hasta oír un golpe en la puerta de su alcoba. Supo que era Tavish sin necesidad de abrir, pues estaba amaneciendo.

—¿Nos vamos, preciosa?

—Deberíais haber esperado fuera —le espetó, dejando la puerta abierta mientras regresaba a por sus cosas.

—¿Y perderme la oportunidad de verte en camisón? —le sonrió—. Creo que no.

—Pues lamento defraudaros, pero ya estoy vestida.

—No me siento defraudado en absoluto —se inclinó sobre ella al pasar por su lado—. Veros con esos pantalones que no disimulan vuestro precioso trasero es casi tan bueno como el camisón.

Y aunque sabía que no era cierto, no pudo evitar mirar esa parte de su anatomía para comprobar que todo estaba en orden. La ropa le quedaba

holgada y era imposible distinguir sus curvas en ella. La risa sofocada de Tavish la enfureció.

—¿Es así como será el viaje? —el brillo en los ojos del hombre fue suficiente respuesta.

Al parecer, no sería incómodo, sino desesperante.

EL VIAJE

Era tan temprano que el mundo parecía dormido. La quietud del momento era apacible e invitaba a dejarse llevar por el silencio. Casi podían oír el murmullo de las hojas mecidas por el viento. Y apenas amanecía, así que las sombras que se negaban a marchar todavía, difuminaban el paisaje frente a ellos, impidiéndoles ver con claridad el camino que debían seguir. Tal vez por eso o quizá porque no llevaban prisa, cabalgaban al paso.

Hacía más frío del habitual en aquella hora tan temprana y Greer agradecía ahora el plaid que Tavish le había entregado antes de partir. Al principio lo había rechazado, más por venir de él que por tener los colores de los McGregor. Sin embargo, le gustaba. Y todavía olía a él. Por un momento, dudó si lo habría hecho a propósito, para atormentarla durante el trayecto, pero desechó el pensamiento tan pronto como surgió. Lo más seguro era que tuviese algo que ver con su clan y la exasperante idea que tenían todos de que ella pertenecía a él.

No iba a discutir más sobre el tema y menos todavía por el plaid, bajo el que se sentía caliente y reconfortada. Sus colores o los motivos ocultos del escocés no le importaban. Le abrigaba y con eso le bastaba. Al igual que lo hacía el viajar en silencio. Hubiese preferido a cualquier otro compañero de viaje, pero tampoco se quejaría más. Sabía que Bruce lo había elegido por ser McGregor y por conocer las tierras que atravesarían para llegar a destino. El rey no dejaba nada al azar.

Suspiró mientras miraba a la espalda de Tavish. El semental que montaba era casi tan impresionante como Caraid y debía admitir que eso era algo extraordinario, pues había pocos caballos que lo igualasen en tamaño. Palmeó el cuello de su caballo con cariño y este le devolvió el gesto con un suave relincho.

—Hay sitio suficiente para cabalgar a la par, preciosa —oyó que le decía Tavish.

—Vos sois el guía. Os seguiré.

—Me gusta esa faceta tuya sumisa —el muy descarado reía ahora—. Podías aplicarla al resto de tu persona.

—Creía que os gustaba provocarme. No disfrutaríais tanto si fuese dócil

—era imposible resistirse a cada desafío que le lanzaba, por más que se repitiese que no debía hacerlo.

—¿Estás jugando conmigo, preciosa? —se giró en su montura para mirarla.

—Dios me libre —evitó a duras penas contener una sonrisa.

Greer descubrió que cuando evitaba tomarse en serio sus pullas, incluso podía disfrutarlas. Y tenerlo a cierta distancia también le ayudaba.

—Vamos, preciosa —la animó—. Colócate a mi lado. Es incómodo tener que mirar hacia atrás para hablarte.

—¿Quién ha dicho que desee hablar con vos?

—No hablaremos si no quieres.

Greer se mordió el labio mientras sopesaba la idea, sin saber el efecto que aquel gesto provocó en Tavish. De haberlo sabido, lo más probable era que se alejase de él en lugar de instar a Caraid a alcanzarlo. Permanecieron en silencio escasamente un par de minutos y Greer se sorprendió de que el escocés hubiese podido aguantar tanto. En los pocos días en que se conocían, no lo había visto callado por mucho tiempo.

—Tu caballo es impresionante, preciosa.

—Creía que no hablaríamos —sonrió antes de continuar—. Fue un regalo de mi padre a mis seis años.

—Un magnífico regalo.

—No os equivoquéis —negó—, mi padre jamás ha hecho nada que no le reportase un beneficio. Caraid solo servía a su propósito de hacer de mí un digno sucesor.

El aludido relinchó con fuerza y Greer se inclinó para abrazarle el cuello.

—Juraría que tu caballo acaba de intentar hablar.

—Es que Caraid y yo hablamos continuamente. ¿Verdad, amigo? —Caraid relinchó de nuevo, mientras asentía enérgicamente.

El desconcierto en la cara de Tavish provocó una carcajada en Greer. Era la primera vez en mucho tiempo que reía y le sentó de maravilla. La risa bailó en sus ojos intensificando el verde en ellos y el rostro se le iluminó de una forma tan dolorosamente encantadora, que provocó una reacción de intenso deseo en él. Creyó estar en presencia de un ángel y deseó hacerla reír tantas veces como fuera posible. Podría morir feliz con ella riendo a su lado.

—Deberías reír más, preciosa —su voz sonó más ronca de lo que le hubiese gustado y aclaró su garganta después.

—Río cuando tengo motivos —se encogió de hombros, ignorante de cuánto

le había hecho sentir, mientras acariciaba suavemente el cuello de Caraid.

Había cierta nostalgia en su mirada ahora y Tavish juraría haber visto también tristeza en ella. No le gustaba verla tan vulnerable, porque así es cómo la sentía en ese momento. Había pasado de un extremo a otro en un instante. ¿Qué clase de vida le había tocado, para llegar a eso? De repente, se sorprendió deseando que Greer le contase todos sus secretos.

—Entonces tendré que darte motivos para hacerlo —le guiñó un ojo, tratando de disipar aquello que la había entristecido.

—Podéis intentarlo —el brillo regresó a sus ojos por un momento y Tavish sonrió ampliamente.

Greer se adelantó de repente para evitar que Tavish descubriese el devastador efecto que causaba en ella con sus palabras y sus sonrisas. Para su propio descontento, se estaba acomodando a su irritante costumbre de provocarla. Y lo que era peor, cada vez le resultaba menos fastidioso. Sabía dónde podía llevarle aquello y no podía permitirse distracciones de aquel tipo. Su única meta era cumplir la promesa de su madre.

—Yo soy el guía, ¿recuerdas? —la alcanzó.

—¡Cómo olvidarlo! —suspiró.

Mientras hablaban, un tímido sol había hecho acto de presencia, pero todavía no calentaba lo suficiente. Greer acomodó el plaid sobre sus hombros y admiró, una vez más, su suave textura. En algún momento tendría que darle las gracias a Tavish por él.

—De nada —ante su mirada incrédula, él sonrió—. Por el plaid.

—¿Acaso leéis la mente?

—No, pero estoy aprendiendo a leer tu rostro —le guiñó un ojo—. Deberías tener más cuidado con lo que pienses a partir de ahora, preciosa. Podría descubrir que te sientes atraída por mí. Aunque creo que...

Dejó la frase sin terminar a propósito y Greer lo fulminó con la mirada. Si antes había disfrutado de sus bromas, ahora sentía de nuevo ganas de golpearlo. Sobre todo cuando la risa de Tavish invadió el silencio de la mañana.

—Por mí podéis pudriros, McGregor —le espetó, logrando que su risa creciese.

—Creo que deberíamos apurar el paso —Tavish cambió de tema de repente, centrándose en el camino—. Ahora que las sombras han desaparecido, ya podemos avanzar más rápido.

—No hay prisa, ¿no?

—En realidad no, pero tengo en mente varios lugares seguros en donde podemos pasar la noche y me gustaría llegar a ellos antes de que oscurezca.

—De acuerdo —asintió, conforme con su explicación.

Espolearon a sus monturas y durante un tiempo, cabalgaron en silencio. Greer se descubrió observando furtivamente a Tavish, hasta que sus miradas se cruzaron y él le sonrió con prepotencia. Después de eso, no volvió a mirarlo de nuevo.

Claro que en cuanto se alejaron de la seguridad del perímetro de Dunstaffnage, ya no hubo tiempo para más juegos. Sus sentidos debían centrarse en el peligro que los acechaba, pues podían ser descubiertos en cualquier momento por las patrullas o por algún miembro de los clanes que colaboraban con el rey inglés. Pocos eran los que no querían a Robert Bruce en el trono de Escocia, pero eran peligrosos y no les convenía encontrarse con ellos.

—Estamos llegando —le susurró Tavish horas después, cuando ya empezaba a anochecer—. Te gustará este sitio, preciosa.

Greer ni siquiera se molestó en recordarle que no era su nombre porque Tavish parecía ignorarla cuando no le convenía, que solía ser muy a menudo para su gusto.

—Mientras podamos descansar sin riesgos, valdrá —le respondió.

—Haremos mucho más que eso, preciosa. Ya lo verás —su sonrisa auguraba nuevas bromas a su costa y se puso en guardia.

—No estamos para mucho más —le dijo, entrecerrando los ojos.

—Un poquito de placer entre tanto trabajo no nos vendrá mal —le guiñó un ojo, pero Greer no se dejó embaucar. Aún así, no volvió a insistir.

Cuando torcieron junto a un gran árbol y traspasaron una mata de ramas tan espesa que Greer necesitó cubrir su rostro para no dañarse el rostro en ella, se encontraron en un claro, escondido entre rocas, donde una serpenteante cascada de agua cristalina iba descendiendo hasta un pequeño manantial.

—Es precioso —murmuró, maravillada.

—Sabía que te gustaría.

—¿Cómo habéis dado con este lugar?

—Digamos que siempre fui un niño bastante... inquieto.

—Por qué no me sorprende —lo miró con una sonrisa en los labios.

—Podría sorprenderte incluso más, si me dejases —y ahí estaba el Tavish granuja.

—No habéis tardado mucho en regresar —se quejó Greer, bajando del

caballo.

—Bañémonos juntos, preciosa —no era un hombre que se rindiese fácilmente y Greer lo había estado comprobando a lo largo del día. Por si no le había quedado claro antes, en el castillo.

—Vos podéis bañaros ahora —le dijo, en cambio— y yo lo dispondré todo para comer algo antes de que la noche nos alcance. Luego podéis hacer una primera ronda mientras me baño yo.

—¿Qué diversión hay en eso, preciosa?

—No estoy aquí por diversión —lo miró ceñuda— sino porque el rey así me lo exigió, así que no esperéis que ría y disfrute de un viaje que yo no pedí realizar.

—Obligaciones —le dijo, mientras se desvestía y Greer apartaba la mirada para no ver su piel desnuda—. Te diré una cosa, preciosa. Siempre habrá obligaciones que cumplir y algunas gustarán más que otras, pero han de hacerse igualmente. Yo prefiero verle el lado bueno, incluso a aquellas que me desagradan. Al menos así, las hago más llevaderas. Deberías probar, quizá te sorprendas.

—Y yo soy una de esas obligaciones desagradables a la que debéis ver el lado bueno—hubiese sido mejor que callase, pero lo supo demasiado tarde para frenar su lengua.

—Tú eres todo lo contrario a desagradable, preciosa. Es un placer cumplir con mis obligaciones, si estas me llevan de tu mano.

No pudo mirarlo a los ojos para buscar la verdad en ellos porque temía que todavía no se hubiese metido en el agua, así que solo pudo hacer lo que haría la Greer de la corte inglesa: no creerlo.

—Sois un embaucador, McGregor. Es imposible creerse nada de lo que salga por vuestra boca.

Oyó el rumor de las aguas cuando el escocés se metió en ellas y aunque la tentación de mirar era grande, la contuvo por miedo a ganarse otra de sus burlas. Nunca sabía cuándo hablaba en serio y cuándo no y eso la frustraba. Con Eduardo había sido más fácil. Había sabido manejarlo sin que sus propias emociones se viesan comprometidas. Pero Tavish McGregor era puro fuego en todo en todo cuanto hacía y era imposible mantenerse al margen de sus continuas provocaciones y sus desafíos. Lo había intentado y había fracasado.

—¿Seguro que no quieres probar el agua ahora? —su voz enervó sus nervios más de lo que ya lo estaban—. Más tarde el frío no te permitirá disfrutarlo igual.

—Dejad de preocuparos tanto por si disfruto o no y venid a cenar —lo increpó—. Os toca hacer la primera guardia.

—Como gustes.

Lo oyó salir del agua y no pudo evitar mirar hacia él. Permanecía de espaldas mientras escurría el agua de su cuerpo y Greer pudo admirar su torneada figura. Tavish se las había arreglado para ocultar la parte de su anatomía que podría haberla incomodado, por lo que dejó vagar su mirada hambrienta sobre él.

—Admirando las vistas, supongo —escuchó también una pequeña risa que el hombre no logró sofocar.

—Esperando a que os dignéis a acompañarme en la cena —le dijo, aunque no sonó tan inocente como pretendía. Ni siquiera podía entender cómo la había descubierto.

—Eso se puede arreglar —respondió, acercándose a ella mientras ajustaba el kilt a su cintura—. Estoy listo.

—¿No vais a cubrir vuestro pecho también?

—Dudo que sea el primer hombre al que ves semidesnudo —le dijo con descaro—. Y a mí me gusta estar cómodo para cenar. No me negarás este pequeño placer, después de rechazar nuestro baño juntos.

—Haced lo que os plazca —no iba a darle más motivos de burla.

—Si lo hiciese —susurró—, seguramente acabaría con tu mano en mi rostro. Y no precisamente para acariciarlo, aunque me habría encantado que así fuese.

—Sois incorregible.

—Eso ya me lo has dicho, preciosa. Me parece que se te acaba la originalidad.

—Sois vos al que parece faltarle originalidad. No es culpa mía que encajéis tan bien en los mismos apelativos.

—Supongo que tendré que hacer algo para que los cambies —usó su daga para pinchar un trozo de carne seca.

—Podrías comportaros como un caballero —sugirió—, para variar.

—No sabría cómo serlo —rió, antes de ponerse serio—. Pero por ti, podría intentarlo, preciosa.

—Ni vos os creéis eso —bufó.

—Igual te sorprendo.

Ninguno habló más durante el tiempo que duró la cena y luego Tavish informó de que saldría a dar una vuelta para comprobar que todo estaba en

orden cerca de su escondite, aunque Greer supuso que lo hacía para darle intimidad en su baño. Aún así, no se demoró en vestirse de nuevo, por miedo a que apareciese de repente, solo para poder verla sin ropa.

—Todo en orden —anunció su llegada antes de que Greer pudiese verle, sorprendiéndola con aquel gesto tan caballeroso—. Estaré en aquel risco elevado, vigilando, y te llamaré para el cambio de turno. Deberías intentar descansar un poco ahora.

—Lo haré —asintió.

—Sueña conmigo, preciosa —dijo, antes de desaparecer de nuevo, rumbo al lugar que le había indicado.

—Ya os gustaría —murmuró, a sabiendas de que él no lo oiría.

Para su desgracia, soñó con él.

Un descenso peligroso

A pesar de las bromas en los momentos más inoportunos y de las continuas fanfarronadas de Tavish, Greer pudo comprobar en los siguientes días, que era un rastreador experto y que conocía a la perfección las tierras por las que los estaba guiando. Gracias a su pericia a la hora de hacerlos pasar desapercibidos, se habían librado de ser sorprendidos por al menos un par de patrullas que vigilaban los caminos, incluso cuando los estaban evitando.

—O están buscando a alguien —le había dicho— o están planeando algo.

—Tal vez deberíamos investigar antes de...

—Informaremos a Bruce en cuanto lleguemos a tierras amigas —la interrumpió—. Solo somos dos, preciosa, y si nos descubren, nos meteremos en problemas.

—Odio cuando tenéis razón —farfulló.

—Y no me la das con tanta frecuencia como la tengo, preciosa —le sonrió.

—Será porque no la tenéis con tanta frecuencia como pensáis.

—Lo discutiremos después, cuando hayamos acampado.

—No hay nada que discutir, McGregor.

Tavish se limitó a sonreír y a indicarle con un gesto que siguiese sus pasos. Así había sido siempre desde que iniciaron el viaje. Él la provocaba, ella respondía y vuelta a empezar. Y sin embargo, descubrieron que, a pesar de sus diferencias, se compenetraban a la perfección, hasta el punto de entenderse sin palabras.

—No estamos lejos de la cueva donde pasaremos la noche —le dijo más tarde, escondidos entre los árboles—. Subiré a aquella colina para comprobar que todo está despejado. De aquí a la cueva, no hay forma de ocultarse a la vista.

—¿No hay otro lugar donde acampar? Uno que no nos exponga tanto —sugirió.

—La cueva es el lugar menos arriesgado —negó.

Greer no añadió nada más, aunque pensaba que subir un risco tan escarpado para comprobar si podían seguir avanzando, era mucho más arriesgado que buscar otro sitio donde pernoctar. Y permaneció a lomos de Caraid, esperando a que alcanzase la cima porque, aunque le llevase la

contraria en ocasiones, había aprendido a confiar en los instintos de Tavish, tanto como en los suyos propios. Y mientras subía, no pudo evitar admirar la fuerza de sus músculos, que se tensaban con cada impulso, y seguir con la mirada, el rastro que las gotas de sudor dejaban en su ancha espalda, mientras se lo imaginaba sin camisa, tal como lo había visto aquella primera noche.

Un intenso rubor cubrió su rostro y la obligó a fijar su vista en el suelo, lejos del escocés, pero el ruido de rocas desprendiéndose la hizo mirar de nuevo, a tiempo de ver cómo Tavish recuperaba la estabilidad de lo que imaginaba, había sido un resbalón.

—Tened cuidado —le gritó, tan alto como se atrevió.

—Me encanta que te preocupes por mí, preciosa —no podía verle el rostro, pero sabía que sonreía.

Aunque en la mayoría de las ocasiones terminaba odiando aquel juego de tira y afloja que se traían, en otras tantas disfrutaba de él. Cuando lograba obviar que muchas de sus insinuaciones eran reales, le gustaba bromear con él. Era un hombre muy ocurrente y con un gran sentido del humor. Y solo Dios sabía cuánto había necesitado ella unas risas despreocupadas en el pasado. Si aquel escocés se las regalaba ahora, no se quejaría por ello.

Pudo respirar tranquila cuando lo vio llegar a la cima. Tavish la saludó desde lo alto y, aunque no podía estar segura, creyó ver cómo le enviaba un beso, antes de desaparecer de su vista para asomarse al otro lado. Esperó de nuevo, impaciente y deseando poder ser de mayor utilidad, pero cualquier reproche a sí misma quedó olvidado cuando lo vio aparecer de repente y comenzar el descenso peligrosamente deprisa. Supo que había visto algo, sin necesidad de que se lo dijese.

Sus ojos lo siguieron con preocupación e impotencia, porque se movía con demasiada rapidez. Estaba siendo tan temerario que desprendía pequeñas rocas a su paso, que lo hacían trastabillar. En más de una ocasión contuvo la respiración, segura de que se caería y se acercó a la base de la colina para poder interceptarlo en caso de que ocurriese. Idea harto inútil, ya que la velocidad con la que llegaría al suelo, la aplastaría a ella también. Pero no sabía qué más hacer.

Tavish maldijo cuando su pierna izquierda resbaló nuevamente y Greer soltó el aliento de golpe, mientras que su corazón aceleró sus latidos. Estiró los brazos hacia arriba y se rió de sí misma por el gesto, lo que le ayudó a calmarse un poco. Después, bajó los brazos, aunque Tavish la había visto ya.

—Me tientes, preciosa —le escuchó reír—, pero creo que este no es el

mejor momento.

—¡Oh, cállate! —protestó ella, sin darse de cuenta de que lo había tuteado por primera vez desde que se conocían.

Cuando Tavish aterrizó a su lado suspiró aliviada. Al menos hasta que lo oyó gemir y una expresión de dolor atravesó su rostro.

—¿Os habéis lastimado?

—No es nada —mintió él, intentando caminar de nuevo. El dolor se lo impidió y Greer lo sujetó por un brazo para ayudarlo.

Tavish supo que había descubierto la herida, en cuanto sus ojos se abrieron más y su boca se torció en un gesto de disgusto.

—Así que no era nada —lo reprendió—. Tenéis un tajo enorme en la pierna, insensato. ¿Merecía la pena arriesgarse tanto?

—Ayúdame a subir al caballo, Greer —había usado por primera vez su nombre y eso detuvo sus protestas—. No tenemos demasiado tiempo.

—¿Son muchos?

—Me temo que sí —asintió—. Al menos para nosotros dos.

—Y con la pierna así —no se atrevió a decir nada más, porque veía cómo estaba sufriendo por la herida, que no dejaba de sangrar.

—Tenemos que irnos —la instó a moverse, al ver sus intenciones.

—Antes debo detener la hemorragia —protestó.

—Si no nos vamos ahora, preciosa —le dijo—, desangrarme será el menor de nuestros problemas.

Greer asintió y trató de sostenerlo mientras avanzaban hacia los caballos, pero Tavish era demasiado corpulento y no se movían con la suficiente rapidez, así que cambió la estrategia y fue a por su caballo. Aún así, no habían sorteado todos los inconvenientes.

—No sé cómo pretendéis montar, si apenas sois capaz de apoyar la pierna en el suelo al andar.

—No me queda otra, preciosa —movió una mano hacia ella—. Ven y ayúdame.

Greer le ofreció las manos enlazadas para que apoyase en ellas el pie. Sabía que sería muy doloroso impulsarse con él, pero tal y como había dicho, no tenía otra opción, si querían huir antes de que los descubriesen los ingleses.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó una vez a lomos de sus monturas.

—La idea sigue siendo llegar hasta la cueva —le dijo—, pero vamos a tener que dar un rodeo.

—¿No podíais haber hablado de ese rodeo antes de subir al risco?

—El rodeo nos adentra en tierras de clanes enemigos —negó, justo antes de expoliar a su montura—. No quería exponernos tanto.

—Pues al final no estamos en mejor situación —protestó, mientras lo seguía de cerca, pendiente de él. Le preocupaba la pérdida de sangre.

—No seas tan melindrosa y sígueme —gruñó Tavish, abandonando su perenne humor por un momento. Aquello también preocupó a Greer.

Cabalgaron en silencio y a gran velocidad, deseosos de escapar de la patrulla. Y aunque se movían por tierras peligrosas, apenas se escondieron pues según había dicho Tavish, llegar rápido era su única opción de lograrlo.

—¿Falta mucho? —preguntó Greer cuando la palidez de su rostro la alarmó.

—Ya casi estamos —su voz sonó en apenas un susurro y Greer se acercó más a él.

—No estáis bien, Tavish. Necesitamos parar ahora mismo.

—No pienso morirme, preciosa —le guiñó un ojo.

—¿Cómo podéis bromear con esto? —le recriminó, aún cuando le alivió ver que había recuperado el humor.

—Con gracia hasta la tumba —sabía que había elegido las palabras a propósito y lo fulminó con la mirada, pero no le dijo nada. Solo quería llegar cuanto antes a la cueva para tratar la herida como era debido.

Tras aquel pequeño intercambio, Tavish la guió hasta la entrada de la cueva, pero no llegó a traspasarla porque cayó a plomo en el suelo. Greer dejó escapar un pequeño grito al verlo y bajó de Caraid para correr hasta él. Su respiración era pausada y el pulso firme, a pesar de toda la sangre que había perdido.

—Y ahora, ¿cómo diablos os llevo a la cueva? —murmuró, después de cortar la hemorragia.

Caraid bufó y pateó el suelo para que Greer se fijase en él. Con una sonrisa en los labios asintió hacia su fiel amigo, entendiendo el mensaje que le enviaba. Rodeó el cuerpo del gigante bajo sus brazos con una cuerda y valiéndose de Caraid, lo arrastró hasta la seguridad de la cueva.

Después buscó material para encender un fuego. Tavish parecía arder en fiebre y necesitaba bajarle la temperatura antes de que fuese demasiado tarde. También debía desinfectar la herida. No había sentido nunca curiosidad por las hierbas medicinales y los remedios que solía usar su madre, pero se alegraba de tener tan buena memoria como para saber qué debía hacer para ayudarle.

—Vigílalos —le pidió a Caraid antes de salir de la cueva—. Necesito algunas hierbas.

No tardó en regresar, pero Tavish había empeorado y se removía en sueños, inquieto. Preparó el remedio para la fiebre alta y el ungüento para su herida, sin dejar de observarlo por si se hería a sí mismo con sus movimientos febriles. Aquella noche fue larga y pesada. Y aunque dormitó por momentos, no se atrevió a dejar a Tavish sin vigilancia por mucho tiempo. La fiebre iba y venía en su sueño intranquilo, pero al menos se alegraba de que la herida hubiese dejado de sangrar.

—Necesito un baño —se quejó Greer, agotada, al amanecer—. Y comer algo.

También los caballos debían alimentarse en condiciones, porque solo habían podido aprovechar la escasa hierba que crecía en la cueva. En vista de que su estancia allí sería larga, debía hallar el modo de que pudiesen buscar su propia comida, sin que nadie los descubriese. Y sin que el caballo de Tavish huyese.

—Te va a tocar vigilarlo, Caraid —le dijo a su caballo, rascándole la crin—. No puedo hacerlo todo yo sola.

El caballo rascó el suelo con los cascos y bufó un par de veces, dispuesto a cumplir con su parte. Greer ató al otro animal a su amigo y los liberó en un prado escondido entre árboles para que pastasen. Sabía que a un silbido suyo, Caraid los llevaría a ambos de regreso a la cueva y se relajó. Al menos esa parte estaba ya solucionada. Ahora debía preocuparse por su propia comida y su compañero de viaje, que todavía no se había despertado.

Salió a cazar con el arco y puso trampas, por si lograba capturar algún conejo. No estaba segura de cuánto tiempo deberían estar escondidos en la cueva y no quería gastar las pocas reservas que les quedaban.

Se concentró en mantener la fiebre de Tavish bajo control y en vigilar los alrededores por si se encontraba con más patrullas. Y en cazar, en recolectar más hierbas para la herida del escocés o cualquier otra tarea que le impidiese pensar en los últimos días de su madre. A pesar de que había empleado cada remedio que había visto usar a su madre con sus pacientes, nada logró bajarle la fiebre. Poco a poco, se fue consumiendo por ella, hasta que su cuerpo no lo soportó y la muerte le resultó más atractiva que la vida. No había podido hacer nada por ella y no había pasado un solo día desde entonces en que no lamentase.

—Esta vez no será igual —se repetía cuando su mente se afanaba en

volver a aquel momento—. Tavish es fuerte. Resistirá.

Pero los días pasaban y el hombre seguía sin despertarse. Que la herida pareciese mejorar, no era gran consuelo. Aún así, no se rendiría con él.

—¿Dónde estoy?

La pregunta, hecha en un hilo de voz, la sobresaltó y se giró para mirar a Tavish. Aunque su aspecto continuaba pareciéndose más al de un muerto, al menos tenía los ojos abiertos.

—A salvo —le respondió ella, con calma.

Después de que la fiebre remitiese al fin el día anterior, tenía la esperanza de que Tavish despertase en cualquier momento. Y el alivio al escuchar su voz, se reflejaba ahora en su sonrisa.

—¿Qué diablos ha pasado? —intentó incorporarse, pero no pudo—. Me siento como si me hubiese pasado por encima un rebaño de reses al completo.

—¿No recordáis nada?

—Recuerdo haber visto a los ingleses desde el risco y pensar en que seríamos incapaces de enfrentarlos solos. Recuerdo también haber descendido tan rápido, que mi pierna izquierda pagó las consecuencias —apareció un brillo pícaro en sus ojos—. Recuerdo que estabas preocupada por mí, preciosa.

—Si hubiese regresado a casa sin uno de los mejores hombres del rey, mis posibilidades se habrían esfumado —no pretendía darle la razón, ni aunque la tuviese.

—Me parece que no te creo —rió él.

—¿No recordáis la caída? —tampoco entraría en su juego.

—¿Qué caída?

—Nos guiasteis hasta esta cueva —le explicó—, pero como sois muy terco, no permitisteis que vendase vuestra herida y la pérdida de sangre os debilitó tanto, que os caísteis frente a la entrada. Tuve que arrastraros hasta aquí.

—Eso explica por qué me duele todo el cuerpo.

—Os duele porque la fiebre no os ha abandonado en tres días con sus noches —se acercó a él con agua. Tavish la bebió, agradecido. Hasta que el refrescante líquido le mojó los labios, no había sido consciente de la sed que tenía.

—Y la caída no ha tenido nada que ver —le dijo después, con la risa bailando en su garganta.

—Tal vez un poco —contuvo su propia risa. Pero después, su rostro se

tornó serio.

—¿Qué pasa? —la observó un instante antes de continuar— ¿Acaso mi hermosa compañera estaba realmente preocupada por mí?

—La fiebre no quería soltarnos —admitió— y temí que...

Los recuerdos de su madre la asaltaron. Ahora que estaba fuera de peligro, sus miedos la abordaron y apenas logró contenerlos.

Tavish sintió que había mucho más y la abrazó, a pesar del dolor que incorporarse le causaba en la pierna.

—Ya pasó —le dijo—. Todo está bien ahora, preciosa.

—Lo sé —se separó de él, sin haber llorado. Jamás permitiría que la viese en semejante estado—. Solo estaba preocupada por vos.

—Ya lo sabía —sonrió, aunque no lo sintió como un triunfo porque sabía que le estaba ocultando la verdadera razón de su reacción.

—Pero no os acostumbréis —se levantó, en cuanto las caricias que le prodigaba Tavish en la espalda empezaron a afectarle de más.

—Eso también lo sabía —rió ahora él con ganas. Y aunque no pudo saber qué la había puesto tan nostálgica, se prometió que algún día lo averiguaría. Porque cuanto más sabía de ella, más quería saber.

—Iré a cazar algo y a revisar las trampas —le informó—. Ahora que estáis despierto, imagino que tendréis hambre.

—Puede resultar peligroso que salgas durante el día.

—No más que las otras veces —se encogió de hombros—. Además, no he visto soldados cerca en ninguna ocasión en que salí.

—Te acompañaré —intentó incorporarse, pero un quejido salió de su boca cuando la pierna comenzó a latirle con el dolor.

—¿Estáis loco? —lo obligó a tumbarse de nuevo—. Apenas acabáis de despertaros y la fiebre os ha estado debilitando durante tres días. Tenéis que reponer fuerzas antes de usar la pierna.

Tavish no protestó más porque le gustaba sentirse mimado por ella. Y puede que incluso lo propiciase un par de días más de los necesarios. Bruce les había concedido tres semanas y no había pasado más que una. Su destino estaba apenas a un día de viaje, aunque no se lo diría a Greer por el momento. Tenían tiempo de sobra.

—Os dejo algo de comer mientras estoy fuera —le iba diciendo—. Y no se os ocurra levantaros en mi ausencia, McGregor. Lo sabría y os meteríais en un buen lío.

—Sí, madre —bromeó.

—Hablo en serio.

—De acuerdo —alzó una mano—. Prometo no moverme.

Con una sonrisa en los labios, Greer desapareció por la entrada, dejando a un satisfecho Tavish mirando al techo de la cueva.

Por suerte, había resultado herido cerca de aquella cueva, pues de otro modo, tal vez las cosas se habrían puesto muy feas para ellos. Pero allí, estarían a salvo hasta que se recuperase.

—Sí —se dijo—. Definitivamente, podemos permitirnos perder unos pocos días más. Esto es el paraíso.

LA RECUPERACIÓN

Tavish creía que un par de días bastarían para ponerlo sobre sus pies de nuevo y que usaría el resto para disfrutar de Greer, pero la realidad fue bien distinta y necesitó algo más de tiempo para recuperarse. La fiebre lo había debilitado mucho y la herida solo le recordaba que curarse era lento. Varios días después, todavía necesitaba ayuda para moverse y con mucha dificultad.

—Maldita sea —protestó cuando intentó apoyar todo su peso en la pierna mala. El latigazo de dolor le arrebató el aliento y tuvo que sostenerse contra la pared, con la pierna en alto.

—¿Se puede saber qué hacéis? —Greer llegó de su ronda diaria a tiempo de verlo todo—. Todavía no estáis preparado para eso.

—No podemos quedarnos aquí para siempre, preciosa —su idea de alargar la estancia había quedado abandonada al tercer día.

—Dadle tiempo —lo ayudó a sentarse de nuevo—. Si lo forzáis cada día, no podrá recuperarse.

—Si le doy más tiempo, obtendré una pierna inútil.

—Vos sí que sois inútil —bufó ella, arrancándole una sonrisa—. Si me hubieseis hecho caso desde el principio, estaríais moviendo ya la pierna sin ayuda.

—Tal vez me guste que me ayudes, preciosa.

—Sí, claro.

—Esté bien o mal, mañana reemprenderemos el viaje —le informó, serio ahora—. Tu familia...

—Mi familia puede esperar —lo interrumpió—. Vuestra pierna es más importante.

—Me halagas, preciosa, pero el único propósito de este viaje es tu reencuentro con los McGregor.

—No a costa de vuestra pierna.

Y solo por semejante respuesta, Tavish se esforzó el doble para recuperarse. Ignoró las protestas de Greer y se obligó a caminar a lo largo de la cueva cada dos horas durante los dos siguientes días, hasta que pudo apoyar la pierna sin que el dolor lo matase.

—Parecéis ansioso por llegar —le dijo ella, al ver la rapidez con que

logró recuperarse.

—Y tú no —no había sido una pregunta, pero sabía que él esperaba su respuesta.

Ya nada impediría que reiniciasen su viaje y era inevitable pensar en lo que les esperaba al final del camino. Tavish regresaba con su gente, con su familia, pero para ella era distinto. Ella sería la extraña, la hija de una mujer que no había significado nada para ellos, en realidad. No, no estaba ansiosa por llegar, aunque sí lo estaba por saber qué ocurriría después. Y por el regreso. Sobre todo por el regreso con el rey.

—Supongo que habréis dejado a unas cuantas mujeres suspirando por vos al uniros a la causa —cambió de tema, en cambio—. Si no me equivoco, también las hubo que lamentaron vuestra partida en Dunstaffnage.

—¿Estás celosa, preciosa?

—Por supuesto que no —se levantó para poner leña en la hoguera y evitar, de ese modo, que Tavish descubriese la mentira en sus ojos—. A quién dediquéis vuestras atenciones no es cosa mía.

La risa de Tavish la enfureció porque le dijo que había fracasado, pero también hizo vibrar a su cuerpo. Desde que lo había estado cuidando, la percepción que tenía de él había cambiado. Todavía la provocaba y enfadaba con muchos de sus comentarios, pero se descubría, también, imaginando qué pasaría si se dejase llevar y le siguiese el juego. Algo que, sin duda, la preocupaba más que sus bromas.

—Es hora de dormir —le dijo en cuanto logró serenar su corazón.

—Y mañana nos iremos —respondió él.

—Cuanto antes acabemos con esto, antes podremos regresar a Dunstaffnage —añadió ella, dándole la espalda para dormir.

—¿No sientes curiosidad sobre tus parientes?

—No son mis parientes.

—Lo son, te guste o no.

Greer se dio la vuelta y lo fulminó con la mirada. Tavish rió, en cambio, encantado de haber provocado en ella aquel fuego. Era tan estimulante y se veía tan hermosa que era incapaz de dejar de hacerlo.

—Ten cuidado, preciosa —se acercó a ella—, cuando me miras así, siento deseos de besarte.

—Sacaos esa idea de la cabeza, McGregor —lo reprendió, mientras se removía en su lugar, para darle la espalda de nuevo.

—Podrás impedir que lo haga —rió—, pero no que sueñe con ello.

—Dormíos ya.

—¿Cuándo te dignarás a llamarme Tavish? —le preguntó, sin ganas de dormir todavía.

—Cuando vos me llaméis Greer —murmuró.

—Llamarte por tu nombre no tiene gracia, preciosa.

—Pues seguiréis siendo McGregor para mí —sentenció ella—. Ahora dormid. Partiremos mañana al amanecer.

—Y finalmente, el paraíso se extinguió —suspiró.

Greer contuvo a duras penas una sonrisa. En cierto modo tenía que darle la razón, porque había disfrutado en su compañía, de aquellos días robados a la realidad de su situación. Imaginar que no tenían responsabilidades ni batallas que enfrentar había sido agradable, pero era hora de mirar al futuro y cumplir su objetivo de una vez por todas. Estaban en guerra y no podían olvidarlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, preciosa?

—¿Es que no tenéis sueño? —protestó al escucharlo.

—¿Qué harías si descubrieses que te gustan los McGregor? —ni se molestó en esperar a que le diese permiso.

Greer permaneció en silencio, sopesando la pregunta. No creía que aquello pudiese suceder, sobre todo después del modo en que habían tratado a su madre, dejándola a su suerte, pero las palabras del rey todavía bailaban en su mente y temía descubrir algo en su visita, que le hiciese cambiar de opinión con respecto a ellos. El rey había sembrado la duda en ella y si temía ir a su encuentro era solo por eso.

—¿Os referís —respondió con otra pregunta— a si desistiría de mi intención de luchar junto a Bruce?

—Algo así. Aunque más bien, hablaba sobre si decidirías quedarte con ellos para conocerlos mejor.

—Le hice una promesa a mi madre en su lecho de muerte —le respondió, después de un nuevo instante de reflexión—. Nada ni nadie me impedirá cumplirla.

—¿Ni siquiera tu familia?

—Ya tuve una familia y no me fue demasiado bien con ella —negó, aunque no estuviese mirando hacia Tavish—. No necesito otra.

—¿Nunca?

—No mientras tenga una promesa que cumplir.

—¿Tan importante es para ti eso?

—Solo me queda mi honor —había tristeza en su voz.

—Si Bruce es tan estúpido —le dijo tras un pequeño silencio— como para prescindir de ti cuando volvamos, yo mismo te ayudaré a hacerlo cambiar de opinión.

—¿Haríais eso por mí? —levantó la cabeza para mirarlo.

—Desde luego.

—Gracias.

—Y tal vez así consiga conquistar ese corazoncito tuyo que tanto se me resiste —rió.

—No podíais dejarlo estar así, ¿verdad?

—Creo que me conoces lo suficiente como para no sorprenderte, preciosa.

Greer sonrió con pesar, porque ese era realmente su problema. Estaba empezando a conocerlo y cada vez le gustaba más lo que veía. La lista de pros iba aumentando día a día, mientras que la de contras se había quedado atrás hacía demasiado tiempo ya.

Si no se andaba con cuidado, acabaría perdiendo ese corazoncito que tanto ansiaba Tavish McGregor y no podía permitirlo. Tenía una promesa que cumplir y con eso en mente, se durmió.

—Despierta, preciosa —el susurro, dicho tan cerca, la sobresaltó y se levantó tan rápido, que golpeó a Tavish en la frente con la cabeza—. Eso ha dolido.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —estaba enfadada por haber sido sorprendida, en realidad.

—Solo quería darte un buen despertar, preciosa —sonrió, frotando su frente todavía.

—Pues habéis logrado lo contrario —se levantó, procurando poner más espacio entre ellos. Para su desgracia, había soñado con él y todavía estaba alterada por eso. Necesitaba alejarse un poco.

—Aún puedo mejorarlo —la provocó—, si me dejas.

—Ocupaos de vuestro caballo y vuestras pertenencias —le exigió—. Es hora de terminar con toda esta pantomima.

—Me dueles, preciosa —su risa desmentía aquella afirmación.

—Me refería... —no terminó la frase—. Es igual.

—No le des más vueltas, preciosa. Te saldrán arrugas en esa linda carita que tienes.

Greer suspiró y colocó la silla en Caraid mientras pensaba en lo que aquel día le depararía. Tal vez aquello era lo que realmente la molestaba. Estaba a punto de enfrentarse a su familia y eso la asustaba más que nada en aquel

viaje.

Aunque tenía muchas preguntas acerca de ellos y estaba segura de que Tavish podría contestarlas todas, no se había atrevido a formularlas. Temía que no le gustasen las respuestas, o lo que era peor, que le gustasen demasiado. La pregunta que Tavish le había hecho todavía vagaba por su mente, atormentándola. ¿Y si descubría que no eran tan malos como siempre había creído? Si su madre estaba tan ansiosa por que los conociese, aún cuando la habían abandonado, es que tenía que haber alguna poderosa razón para ello. Tal vez todo lo que había pensado durante años de ellos no eran más que mentiras. Su madre solía hacerlo todo a su manera, sin consultarle ni explicarle nada. Nunca hablaba de ellos y si sabía que la habían repudiado era por su padre, que se lo recordaba a cada momento, para hacerle más daño.

—Todo irá bien, preciosa —Tavish estaba a su lado, observándola.

—No estoy preocupada en absoluto —mintió.

Le molestaba que Tavish pudiese adivinar sus pensamientos con tal facilidad. No quería esa clase de intimidad con él. No debía tenerla, en realidad. Suspiró de nuevo y Tavish rió. Era evidente que no la creía. Lo fulminó con la mirada, molesta.

—Si no vais a hacer nada de provecho, al menos no me molestéis a mí.

—Sé algo que podría hacer en este momento para relajarte —dijo, acercándose a ella de nuevo—, pero no creo que me dejes.

—Si queréis que me relaje, subid al caballo y marchémonos —dijo, estirando el vestido que se había puesto para la ocasión.

—Estás preciosa —le sonrió con picardía—, pero si sigues tirando de él hacia abajo, acabarás enseñando más de lo que quieres por el escote.

—Sois insufrible, McGregor.

—Y... —continuó— de vuelta al principio. Así nunca avanzaremos, preciosa.

Greer lo obsequió con una risa pausada y con aquella expresión de felicidad en su rostro, que tanto anhelaba ver. Descendería a los infiernos sin dudar, con tal de disfrutar de nuevo ese brillo en sus ojos.

Los días que habían pasado en soledad le habían mostrado a una Greer muy distinta. Había bajado la guardia y la veía disfrutar de su compañía. Incluso se permitía bromear con él en ocasiones. Le gustaba aquella mujer alegre y voluntariosa.

Se había maravillado con lo capaz que era cazando, cuidándolo y protegiendo la cueva. No había arrogancia en sus actos, solo una fe

inquebrantable en lo que quería alcanzar y eso lo enamoraba. La complicidad que había surgido entre ellos a lo largo de los días, compensaba el riesgo de que Greer descubriese que habían estado dando un rodeo para llegar. Porque lo habían hecho. Le gustaba tenerla para él solo y por qué no admitirlo, disfrutaba con la expectativa de ver a una exaltada Greer enfrentándolo, si llegaba a descubrir su engaño. Casi estaba deseándolo.

También admiraba su valentía y su fuerza de voluntad y por eso se ofreció a ayudarla con Bruce. La idea de ponerla en peligro lo espantaba, pero estaba seguro de que tenerla cerca sería mejor idea que dejarla atrás. Ya encontraría la manera de que Bruce la mantuviese a su lado para poder protegerla.

—Estáis muy callado —la oyó decir después de que reiniciasen el viaje—. Casi resulta más inquietante que el hecho de que habléis todo el tiempo.

—¿Tienes alguna pregunta que hacerme, preciosa? —sonrió.

Unas cuantas, pensó ella, pero no se lo diría, aunque sabía que él ya lo sabía.

—Está bien —suspiró exageradamente—. Yo te lo diré, ya que tú no preguntas. Malcolm es el laird de los McGregor. Es un buen líder y un buen hombre, aunque algo intenso en sus reacciones. Pero no le tengas miedo, no muerde.

—No tengo miedo —protestó.

—Lo sé, preciosa —le guiñó un ojo—. Mary, su esposa, es una mujer muy dulce. Sé que te gustará en cuanto la conozcas. Le gusta a todo el mundo. Podrás encontrar en ella a una excelente aliada para tratar a nuestro laird, de ser necesario.

Greer permanecía en silencio, pero Tavish sabía que tenía más preguntas que no se atrevía a formular. ¿Por falta de confianza? Más bien por miedo a que las respuestas trastocasen la opinión que se había formado de ellos. Podría haberle dicho que su vida cambiaría en cuanto los conociese, pues Bruce le había confiado parte del contenido de la carta de Morag y lo que la mujer había escrito causaría una gran impresión en ella, pero no quería ser quien la incomodase, sino quien la confortase cuando lo supiese todo.

Su interés por ella había comenzado como algo físico, no podía negarlo, pero después de conocerla mejor, eran su frescura y su suspicacia lo que lo fascinaba de ella. Era inteligente y alegre. Y a pesar de la vida que le había tocado vivir o de las trabas que se le presentaban en el camino, era muy positiva frente a su futuro. Ahora que respondía con naturalidad, le gustaba provocarla aún más y soñaba con el día en que ella iniciase alguna.

Poco antes de que el sol estuviese en lo alto del cielo, llegaron al destino y Tavish pudo notar cómo Greer se tensaba. Extendió un brazo hacia ella sin pensarlo y, cuando Greer hizo lo propio, sus manos se unieron por un instante. Tan solo se soltaron, cuando una imponente figura masculina se alzó ante ellos a lo lejos.

Desmontaron al mismo tiempo y Tavish se colocó a su lado para recordarle que no estaba sola, aunque no llegaron a tocarse en ningún momento.

—Es Malcolm —le susurró.

—¡Qué ven mis ojos! —oyeron decir al hombre, que se acercaba a grandes zancadas—. Eres igualita que tu madre.

En cuanto alcanzó a Greer, la envolvió en un fuerte abrazo que la dejó sin aliento.

—Bienvenida a casa, sobrina.

Tavish abrió los ojos, casi tan sorprendido como Greer. Bruce no le había dicho nada de eso. *Viejo zorro astuto*, pensó.

MORAG MCGREGOR

Greer se había quedado sin habla, literalmente, cuando Malcolm le había llamado sobrina. Saber que era una McGregor, aunque hubiesen repudiado a su madre era una cosa, pero que su madre fuese la hermana mayor del laird era otra bien distinta. Un laird alto, fuerte e intenso, como le había advertido Tavish. En cierto modo, le recordaba al entusiasmo de su madre cuando hablaba de llevar a Robert Bruce al trono escocés.

Mary, su tía recién descubierta, había ido a recibirla también. Un poco más recatada en su reacción, pero igual de afectuosa. Era una mujer menuda, algo que se hacía todavía más evidente al lado de su esposo. Le había sonreído con cariño, aún cuando no eran más que desconocidas y le había hecho alguna pregunta de cortesía que se vio incapaz de responder. Su voz se había ido.

Vio a Tavish a su lado, mientras los llevaban hasta el interior del castillo y sintió su presencia detrás de ella cuando la animaron a sentarse junto a Malcolm y su esposa. Agradeció en silencio que Tavish no se hubiese apartado de su lado en ningún momento.

Nunca en todos los supuestos que había ido aventurando por el camino, había pensado en un recibimiento igual, pues todos con los que se habían

cruzado, le habían dado la bienvenida con una evidente alegría que la sorprendía y enfadaba al mismo tiempo. ¿Acaso habían olvidado que veinte años atrás habían repudiado a su madre? Puede que algunos ni siquiera hubiesen nacido por aquel entonces, pero otros tantos habían formado parte de eso. No entendía su emoción.

—Es como si la estuviese viendo a ella, justo antes de su partida — exclamó Malcolm después de que los hubiesen dejado solos.

Tavish había sido tajante en cuanto a quedarse allí y el laird se lo había permitido. También Mary estaba presente y la miraba con una sonrisa tan sincera en los labios que la hacía sentir un poco incómoda.

—Justo antes de que la repudiaseis, querréis decir —su voz regresó cargada de reproche.

—Muchacha —la indignación supuraba por cada poro de su piel—, no sé quién te habrá contado semejante falacia, pero nadie en mi clan repudiaría jamás a tu madre.

Casi lo creyó.

—Ella misma me lo dijo —lo desafió alzando la barbilla, orgullosa. No había sido exactamente así, pero aquel hombre, por muy tío suyo que se proclamase, no tenía por qué saber la verdad sobre el calvario que había tenido que sufrir su madre.

—Mi hermana, en ocasiones, hacía las cosas de un modo extraño para mí —mientras hablaba, iba negando con la cabeza, como si estuviese realmente apenado—. No sé qué motivo la ha llevado a mentirte de ese modo, muchacha, pero te aseguro...

—Está muerta —lo interrumpió.

—Eso me temí —asintió y esta vez, Greer no pudo negar que había desolación en su rostro—. Me hubiese gustado volver a verla.

—¿Y por qué la abandonasteis cuando se casó con mi padre? —le recriminó, aún así.

—Casarse con Piers era parte del plan —se encogió de hombros—. Intenté detenerla, pero tu madre era muy testaruda. Cuando se le metía algo en la cabeza, ya no podías hacerla retroceder.

Tavish carraspeó para evitar reír, pues madre e hija se parecían en muchas más cosas que en el físico. Cuando Greer le golpeó la pierna con un puño, el único lugar que logró alcanzar al estar a sus espaldas, ya no pudo contenerse. Aquel gesto espontáneo no pasó desapercibido a sus tíos, que sonrieron con complicidad. Greer se sonrojó, al comprender que lo habían malinterpretado.

No pretendía hacerles creer que hubiese algo entre ellos, así que enlazó las manos en su regazo para evitar futuras tentaciones.

—Mi madre no me habló de ningún plan —en realidad no le había hablado de nada, pero era algo que se reservaría para sí misma.

—¿Qué es lo que te contó, entonces? —inquirió Malcolm.

¿Qué podía decirle? ¿Que su madre nunca había confiado en ella para contarle la verdad? ¿Que lo único que sabía se lo había oído decir a su padre a modo de burla? Si lo que decía el laird de los McGregor era cierto, significaba que su madre no la consideraba alguien digno de confianza. Y eso dolía demasiado.

—En realidad —se atrevió a decir finalmente—, nunca me habló del clan ni de su familia antes de mi padre. Mi padre era quien solía recordarle que la habíais repudiado por casarse con él, cada vez que discutían. Ella se limitaba a permanecer en silencio, así que di por hecho que mi padre tenía razón.

—Debiste exigirle la verdad —parecía furioso.

—No era más que una niña cuando sucedió eso —se defendió—. Mi madre siempre cuidó de mí, incluso de... Ella nunca hablaba de su pasado y yo lo respetaba, aún cuando sentía curiosidad. Tras la muerte de mi padre, regresamos a Escocia, pero no volvimos con su gente, así que qué podía pensar de eso sino que mi padre había dicho la verdad.

—Lo comprendo —suspiró—. Y me duele saber que regresó y no se puso en contacto conmigo. Pero me duele todavía más el saber que te expuso al peligro a ti. No eres más que una niña.

—No lo soy.

—A mis ojos sí, muchacha.

—Greer —le concedió.

—Greer —asintió—. Tu madre siempre hizo las cosas a su manera. Jamás quise que se involucrase en ese condenado asunto, pero no hubo forma de convencerla de lo contrario.

—¿Qué asunto?

—El maldito rey inglés había puesto sus ojos en nuestras tierras y necesitábamos saber qué se traía entre manos. La idea de enviar un espía a la corte inglesa fue propuesta por tu madre e incluso se ofreció a hacerlo ella misma.

—No puedo creerlo —las arrugas surcaron su frente, al recordar que eso había estado haciendo ella—. Si eso fuese cierto, me lo habría contado. Ella no habría...

Pero sabía que podía haberle ocultado aquella información, pues ni siquiera había desmentido que su familia no la repudió. Si era cierto que su única intención al ir a Inglaterra era ser espía en la corte, había decidido usarla a ella para cumplir con el plan que ella misma había propuesto a su gente. ¿No era eso retorcido?

—Ojalá supiese por qué decidió ocultártelo, muchacha —la voz de su tío la regresó al presente—, pero es cierto. Le pedí que no lo hiciese porque era demasiado arriesgado. Eso sin contar que se deshonraría a sí misma al desposarse con un inglés para obtener una tapadera. Ninguna información que pudiese obtener para el clan merecía semejante sacrificio, ni siquiera para llevar a Bruce al trono. Pero no era más que un muchacho por aquella época y nadie me escuchó.

Mary posó una mano en la de su esposo para tranquilizarlo con el contacto. Había comprensión en sus ojos. Y amor.

—¿Mi madre no amaba a mi padre? —la idea pasó por su cabeza al ver aquellas manos enlazadas.

Cuanto más sabía de la historia de su madre, más la desconocía. Todo su mundo comenzaba a tambalearse y no podía hacer nada para impedirlo. Sintió la mano de Tavish en su hombro y esta vez no le importó lo que pudiesen pensar del gesto porque él era lo único seguro y auténtico que tenía en ese momento y le gustaba saber que no se desvanecería como su pasado.

—Lamento decirte que no, muchacha.

—¿Cómo pudo soportar tantos años de...? —silenció su pregunta antes de terminar de formularla porque no estaba segura de si debía descubrir ante su tío, la turbia relación entre sus padres. Si es que acaso no lo sabían aún porque al parecer, ella era la única a la que habían mantenido en la ignorancia hasta ese momento.

—El de tu madre no era el primer matrimonio sin amor, ni será el último, muchacha.

—No me refería a eso —las lágrimas empañaron sus ojos y supo que tenía que salir de allí antes de sucumbir a ellas—. No puedo seguir. Lo siento, pero no puedo.

Se levantó tan bruscamente, que la mano de Tavish resbaló por su espalda hasta su cintura. Se volvió hacia él y le rogó con los ojos que la sacase de allí pues no se veía capaz de hacerlo sola. Y Tavish la tomó de la mano y se la llevó fuera sin decir nada.

Como si hubiese sentido la aflicción de Greer, Caraid la esperaba frente al

castillo, moviéndose con inquietud y bufando. Tavish se subió en él y colocó a Greer delante, para rodearla con un brazo y dirigir al caballo hacia el lago después. Era un lugar lo bastante solitario para que Greer diese rienda suelta a su frustración. No podía saber cómo se sentía, porque lo que había descubierto era demasiado perturbador, pero trataría de consolarla como fuese.

Al llegar al lago, Greer desmontó y se alejó de Tavish. Necesitaba un momento a solas para liberar la decepción que sentía por su madre. Y para dejar que las lágrimas saliesen fuera para purgar el dolor de saberse engañada. Durante toda su vida había creído conocer a su madre, pero había estado tan equivocada, que se sentía estúpida. Habría dado su vida por ella sin pestañear, pero a cambio de su lealtad, había recibido engaños.

—Lo siento, preciosa.

Tavish había tenido que esperar una larga hora hasta que Greer decidió regresar con él y habría esperado muchas más, si así se tranquilizaba, pero todavía podía ver el conflicto en sus ojos.

—Ni siquiera conozco a mi madre.

—Conoces lo importante de ella. Que te quería lo suficiente como para intentar protegerte.

—¿Protegerme? —lo miró, incrédula—. Ocultar la verdad no es lo que yo llamaría protección, sino más bien, manipulación. Creía que estábamos solas en este mundo, que debíamos cuidarnos la una a la otra porque nadie más velaría por nosotras. Hacía todo lo que ella me pedía porque pensaba que era la única forma de sobrevivir. De saber que tenía una familia...

—Tu madre te quería, preciosa —le dijo, al ver que callaba—. No lo dudes jamás.

—Yo ya no sé qué creer —negó con la cabeza—. Ya no estoy segura de nada.

—Puedes creerme a mí —se acercó a ella lentamente—. Una madre ama a sus hijos por encima de todo.

—Eso dijo Bruce cuando me habló de venir.

—Nuestro rey es un hombre sabio —le sonrió.

Quería aligerar su pena y arrancarle una sonrisa, pero no sabía cómo. Nunca se había encontrado en una situación igual porque solía eludir las relaciones más personales con mujeres. Siempre coqueteaba con ellas y compartía alguna noche de pasión con la que aceptaba ir más allá, pero jamás había intimado con ninguna de la forma en que lo había hecho con Greer. Siempre había sido el amante, no el amigo.

—Gracias, Tavish —le dijo, tomándolo de la mano—, por estar a mi lado en este momento. Esto es muy difícil para mí y eres el único en quien confío ahora mismo.

—Solo intento llevarte a mi cama, preciosa —bromeó con ella—. No te engañes.

La sonrisa de Greer fue la mejor recompensa a sus esfuerzos. Al parecer estaba haciéndolo bien con ella.

—Ven —la arrastró hasta las rocas y se sentaron uno junto al otro—. Solo disfruta de las vistas, preciosa. No pienses en nada.

Observaron el reflejo del sol en el agua en silencio. Tavish enlazó sus manos, sorprendido de que Greer no lo rechazase. Y aunque, en un principio pretendía disfrutar de aquel pequeño triunfo, no pudo evitar soltar la broma, al final.

—Debería haberte traído mucho antes aquí, preciosa.

—No sigáis por ahí, McGregor.

—Vale, vale —levantó las manos en señal de rendición, sonriendo aún así—. Me conformaré con mirarte, de momento. Me gustaba eso de ser Tavish y no McGregor.

Greer rió por lo bajo y él sonrió más. También le gustaba hablar con ella y compartir aquellas bromas, aunque había un toque de verdad en todas las pullas que le lanzaba porque Greer se estaba ganando su corazón poco a poco y casi sin darse cuenta. No iba a negar que eso le asustaba más que enfrentarse a la muerte en la batalla, pero tampoco estaba seguro de querer alejarse de ella.

—Bruce me contó algunas cosas que tu madre escribió en la carta —le confesó—. Te quería y deseaba contarte la verdad.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque tenía miedo de que la considerases una cobarde.

—¿Cobarde, mi madre? —lo miró, asombrada—. Pero si ella era la mujer más valiente que jamás he conocido.

—Creía que no entenderías por qué había permanecido junto a tu padre a pesar de todo el daño que le causaba y que la culparías por obligarte a pasar por ello también.

—Jamás haría algo así. Veía cómo sufría cada día, cómo se ponía delante de mi padre para llevarse todos los golpes y los insultos. Me protegió de él hasta que... —guardó silencio—. Si me hubiese contado la verdad, habríamos compartido la carga.

—Tal vez creyó que debía soportarla ella sola —aventuró Tavish.

—O tal vez no confiase lo suficiente en mí —miró sus manos, que descansaban en su regazo—. Tal vez creyó que si me lo contaba, querría conocer a mi familia escocesa y sus planes se habrían ido al traste. Me necesitaba para espiar en la corte para Bruce y no podía arriesgarse a que yo me negase.

—Probablemente se equivocase al ocultártelo, preciosa —le dijo, tomando de nuevo una de sus manos—, pero eso no significa que no confiase en ti. A veces tomas una decisión pensando que es la correcta, pero cuando te das cuenta de que te equivocaste, ya es tarde para retractarte. No la juzgues tan duramente.

Greer permaneció en silencio sopesando las palabras de Tavish. Tal vez tuviese razón. Su madre siempre había cuidado de ella y la había protegido de su padre. No podía ser tan mezquina como para ocultarle la verdad para manipularla a su antojo. Su madre no era mala, por más que lo pareciese en ese momento.

—Gracias.

—¿Y ahora qué he hecho?

—Darme otro punto de vista en toda esta situación —le sonrió.

—¿Me recompensarías con un beso, preciosa? —se acercó a ella, frunciendo los labios—. Diría que me lo he ganado.

—Sois imposible —rió, pero lo besó en la mejilla, antes de ponerse en pie y escapar del brazo que él había extendido hacia ella para capturarla después. Corrió hacia Caraid con la risa todavía en los labios—. Regresemos. Creo que ya estoy preparada para conocer mejor a mi madre. Y a nuestro clan.

—Así se habla, preciosa —la sonrisa de Tavish rivalizó con el mismo sol y el corazón de Greer aleteó en su pecho sin su permiso.

Tras su regreso, Greer y su tío hablaron hasta la hora de la cena, cuando una tranquila pero firme Mary los interrumpió. El clan al completo deseaba darle la bienvenida a la hija de Morag y Mary pretendía ofrecer una cena para todos, en el salón que estaban ocupando ellos.

Mary se llevó a Greer y le mostró su alcoba. Quería pasar tiempo con ella antes de la celebración y pensó que hacerlo mientras le ayudaba a prepararse era una buena idea. Greer pudo ver que estaba incluso más ansiosa que su tío por su aparición sorpresa, pero se descubrió disfrutando de su compañía.

—Me temo que solo he traído un par de vestidos y están los dos igual de maltrechos por el viaje —se disculpó, al mostrárselos.

—Veamos —Mary tomó en sus manos el primer vestido que Greer había

sacado de la bolsa y lo examinó con aire crítico—. Este no está tan mal. Te regalaré uno de mis plaids y lo colocaremos por encima. Yo te enseñaré cómo.

Mary era una mujer dulce y alegre. Unos centímetros más baja que ella y con curvas menos marcadas, pero muy hermosa aún así. Su tío le había dicho que el suyo había sido un matrimonio concertado sin conocerse, pero que se había enamorado de ella nada más verla. Greer se lo creía.

—Tengo un plaid —le dijo, sacándolo también de la bolsa—. Me lo dio Tavish al partir.

Mary abrió los ojos y alzó las cejas un segundo antes de sonreír. Greer supo que le ocultaba algo, pero no pudo averiguar el qué porque Mary cambió de tema en seguida. Imaginó que se había sorprendido al decirle que se lo había dado Tavish. Después de cómo se mantuvo a su lado a su llegada y cómo se la llevó lejos luego, sería imposible hacerles ver que solo había amistad entre ellos. Incluso ella ignoraba cómo podían haber llegado a aquello, cuando apenas una semana antes se habían enfrentado entre ellos con arco y espada en mano.

—Ya me recojo sola el pelo, tía. No te preocupes —la vio sonreír—
¿Qué?

—Me gusta como suena. Tía.

—¿No tienes más sobrinos?

—Ninguno por parte de Malcolm —negó—. Y ninguno de mi familia, tan cerca como para oírlo llamarme tía.

—Yo ni siquiera sabía que tenía familia hasta ahora —había tristeza en su voz—. Bueno, no una que pudiese considerar como mía.

—Nunca llegué a conocer a tu madre porque se fue antes de mis esponsales, pero Malcolm me ha hablado mucho de ella. Puede que te haya ocultado que tenías una familia que te quería por una buena razón. Por lo que sé, tu madre no solía hacer las cosas como se esperaba, sino a su manera, pero no dudo que hayas sido lo más importante para ella desde tu nacimiento. Se notaba en cada una de las cartas que enviaba a tu tío. Estaba orgullosa de ti, Greer.

—Jamás me dijo que se comunicaba con mi tío —la miró con pena— ni desmintió lo que decía mi padre. Di por hecho que era cierto. Me enseñó a amar esta tierra e incluso estuvimos viviendo en la frontera durante cuatro años, tras la muerte de mi padre. ¿Por qué no me habló entonces de su familia? ¿Por qué no vinimos a veros? No lo entiendo. Me enseñó a amar esta tierra, pero me negó una familia escocesa.

—Nunca nos dijo que había regresado, cielo —acarició su mejilla con cariño—. Tu madre no solo te ocultaba cosas a ti.

—Supongo que nunca sabremos por qué hizo lo que hizo —suspiró, derrotada. Porque en su cabeza se había formado una idea que le disgustaba demasiado: su madre le había mentado para poder usarla como espía en la corte. No había sabido confiar en ella ni le había dado la oportunidad de elegir y aunque eso no borraba el amor que sentía por su madre, le dolía.

—Eso ya no importa, Greer —Mary le sonrió, emocionada—. Ahora estás aquí y vamos a recuperar el tiempo perdido. El pasado no se puede cambiar, pero el presente es nuestro y será todo lo que queramos que sea. Pero ahora debemos bajar porque nos están esperando.

Greer siempre se había considerado más práctica que emocional pero la calurosa bienvenida de su clan la conmovió. La cena que Bruce había organizado tras su llegada a Dunstaffnage le había resultado agradable, pero conocer a la gente que había formado parte de la vida de su madre era indescriptible. Cada historia que oía sobre ella, la acercaba un poco más a la verdadera mujer que había sido. Estaba descubriendo más sobre la verdadera Morag aquella noche que en los dieciocho años que habían compartido.

Buscó con la mirada a Tavish en cuanto se sentaron a la mesa. No lo había vuelto a ver desde su regreso del lago y después de que se excusase diciendo que sobrina y tío merecían un tiempo a solas. Le agradeció el gesto pero, para su disgusto, lo había extrañado más de lo que esperaba.

Lo vio sentado al fondo, abrazado a una joven de cabellos rojos como las brasas y sonrisa deslumbrante. Se le formó un nudo en el estómago que trató de ignorar. No podían ser celos. Que él la desease, tal y como le hacía saber con sus insinuaciones, no era suficiente para que permaneciese célibe. Siempre había sabido que era un mujeriego y ella misma se lo había recriminado en la cueva, así que no debía importarle que ahora se lo demostrase.

—Amigos —murmuró para sí misma. No debía olvidarlo.

Su furibunda mirada captó la atención de Tavish, que le guiñó un ojo antes de obsequiarla con la más encantadora de las sonrisas. Greer no pudo evitar hacer un mohín de disgusto.

—Estás preciosa, muchacha —le susurró su tío a su lado—, pero ese ceño fruncido no te sienta nada bien.

Greer se sonrojó intensamente, apartando la mirada del motivo de su descontento y decidiendo ignorarlo el resto de la noche.

—Te pareces mucho a tu madre —le dijo el hombre al que habían sentado a su izquierda. Recordó que era el segundo de su tío.

Parecía demasiado joven para que hubiese conocido a su madre, pero no dijo nada al respecto. Todavía no tenían tanta confianza.

—Eso es bueno, supongo —le sonrió con timidez.

—Depende.

—¿De qué? —se aventuró a preguntar.

—Muchos ven en ti el regreso de Morag —la observó, esperando ver algún signo de entendimiento—. Las comparaciones pueden ser difíciles.

—No lo había pensado de ese modo —frunció el ceño—. Aunque he de admitir que tampoco esperaba encontrarme con una familia aquí. Yo ni siquiera quería venir.

—Pues yo me alegro de que hayas decidido hacerlo.

Su intensa mirada y la amplia sonrisa que le regaló, provocaron en ella un ligero rubor, que intentó ocultar tomando un sorbo de su copa. Esta vez comprobó que no fuese whisky antes de beber y su mirada regresó a la mesa donde estaba Tavish, al recordar aquella otra cena, cuando se sentaron juntos por primera vez. La muchacha estaba hablando alegremente con él y la complicidad en sus miradas despertó de nuevo los celos en ella. Porque eran celos, ya no podía negarlo.

Después del abundante banquete en su honor, Greer se vio una vez más arrastrada a la pista de baile, tal y como había sucedido no hacía tanto en Dunstaffnage. Pasó de brazo en brazo y recibió nuevas muestras de simpatía por parte de los hombres del clan de su tío. Su clan ahora. La cordialidad de los escoceses siempre la sorprendería. Pero aún así, en cuanto tuvo la oportunidad, se escabulló hasta un extremo del salón para pasar desapercibida.

—Parece que lo estás pasando bien, preciosa.

Tavish se había apoyado en un hombro contra la misma pared donde ella había decidido reponer sus fuerzas. En su posición, la ocultaba del resto. ¿Trataba de proporcionarle un refugio seguro para que descansase? No quiso pensar en ello porque todavía estaba enfadada con él por la familiaridad con que abrazaba a la muchacha pelirroja. Y consigo misma por importarle aquello.

—¿No deberíais estar deleitando con vuestras atenciones a alguna otra mujer? —se mordió el labio cuando el reproche tiñó su voz.

—¿Aileen? —alzó una ceja, sorprendido—. Puede entretenerse sola,

preciosa.

—No es que a mí me importe —intentó restarle importancia a sus palabras.

—Casi diría que sí —se acercó a ella—. Aunque lo has disimulado muy bien. Casi me convences de que Connal supo entretenerte durante la cena mejor que yo.

Fue el turno de Greer de sorprenderse. ¿Había detectado cierto deje de celos en su voz? Debía estar equivocada, desde luego.

—Se llamaba Connal, entonces —sonrió, ignorando lo que le hacía sentir la cercanía de Tavish—. Gracias. No recordada su nombre y no quería ofenderlo preguntádoselo.

La carcajada de Tavish disipó el enrarecido ambiente que parecía haberse formado entre ellos. Greer sintió que la conexión que se había creado entre ellos durante el viaje regresaba y sonrió.

—Ven conmigo, preciosa —la tomó de la mano, sin darle la opción de negarse—. Quiero presentarte a alguien.

Se dejó arrastrar a regañadientes, conmocionada por lo que iba a hacer Tavish, pues el muy descarado pretendía presentarle a su amante.

—Aileen, quiero presentarte a...

—Todo el mundo sabe quién es ella, Tam —lo interrumpió la joven, emocionada—. Bienvenida a tu hogar, Greer.

—Gracias —sentía arder sus mejillas.

—Preciosa, ella es Aileen —le sonrió cuando la vio abrir la boca en protesta por usar aquel apelativo con ella frente a la muchacha—. Mi hermana. Greer cerró la boca de golpe y Tavish soltó una sonora carcajada.

TAVISH MCGREGOR

Su hermana. El muy cretino le había dejado creer que eran otra cosa, solo para disfrutar de sus celos infundados. Y aunque había querido echárselo en cara, Aileen la había llevado con ella hasta un grupo de jóvenes, a las que presentó como sus amigas.

Durante unos minutos que se le antojaron eternos, la estuvieron bombardeando con docenas de preguntas a las que no quería o no podía responder. Finalmente, aunque seguía enfadada con él, pidió auxilio con la mirada a Tavish.

—Me la llevo —les dijo, sacándola de allí con una sonrisa—. Todavía no hemos bailado.

—Gracias —le dijo ella en cuanto se alejaron—. Ya podéis soltarme. Creo que...

—Creo que me debes un baile —la interrumpió él—. No quedaré de mentiroso delante de mi hermana y sus amigas. Alguna de ellas podría convertirse en mi esposa algún día.

—Sois un...

—¿Arrogante? —la interrumpió de nuevo, mientras la llevaba a la pista de baile— ¿Pretencioso? ¿Incorregible? Creo que me quedó claro lo que piensas de mí, preciosa, pero aún así quiero mi baile contigo.

Greer no guardó silencio y se dejó llevar por él entre las demás parejas. Era plenamente consciente de sus cuerpos rozándose y de la mano que la sujetaba por la cintura para que no se alejase. También sentía cosquillear la otra mano al tacto de la de Tavish. No se atrevía a mirarlo a los ojos, por miedo a descubrir en ellos aquel deseo que siempre le insinuaba en sus bromas.

—¿Por qué me mentisteis? —finalmente, no pudo dejar escapar la oportunidad de preguntarle.

—No hice tal cosa —al mirarlo, vio su sonrisa pícaro, esa que había aprendido a disfrutar en algunas ocasiones. Aquella no era una de esas—. Tú sacaste tus propias conclusiones.

—Pero no lo desmentisteis —lo acusó.

—Te la presenté después.

—No es lo mismo y lo sabéis.

—¿De verdad quieres saber por qué te dejé pensar que habíamos sido amantes? —algo en su mirada la alertó de que no deberían seguir con aquella conclusión.

—Sí —dijo, no obstante.

—Me gustaba la idea de saberte celosa, preciosa —la acercó más a él en la siguiente vuelta—. Mucho.

—No estaba celosa —mintió.

—Lo que tú digas, preciosa —le susurró al oído.

—En ese caso —se separó un poco de él—, yo os podría acusar de lo mismo, McGregor.

—Si ni siquiera recuerdas su nombre —rió.

—Podría decidir recordarlo ahora —lo provocó—. No parece un mal hombre y...

Su voz se perdió en la vuelta que Tavish le dio, al igual que el aire de sus pulmones cuando la apretó más contra él. La intimidad en aquel abrazo era del todo inapropiada y Greer trató de imponer cierta distancia entre ellos, sin demasiado éxito.

—Soltadme —le exigió.

—¿Recuerdas cómo acabó la última vez que bailamos juntos?

—La única vez que bailamos juntos —concretó— y ya podéis olvidar lo que sucedió porque no se va a repetir.

—No me provoques, preciosa, porque me encantan los retos.

—No os preocupéis, McGregor —le espetó, liberándose al fin en un descuido—. A partir de ahora no sabréis ni que existo.

Se alejó de él y subió a su alcoba, lamentando no haberlo hecho antes de bailar con Tavish. ¿Por qué siempre tenían que acabar discutiendo? Durante el viaje habían disfrutado de la compañía del otro y al llegar, se había comportado como un amigo con ella cuando descubrió lo que su madre le había estado ocultando por años. ¿Por qué no podía tener siempre a aquel Tavish? ¿Por qué tenían que complicarlo con sentimientos que no les ayudarían a ninguno de los dos?

—Maldita sea, Greer —se dijo a sí misma horas después, al ver que no podía conciliar el sueño—. Deja de pensar en él.

Y aunque intentó dormir, sus sueños la llevaron a los días en que habían viajado solos. A las bromas y a las risas compartidas. A los silencios y las largas conversaciones sobre temas banales. A todo cuanto empezaba a sentir

por él, pero se negaba a admitir.

Al día siguiente se levantó tan cansada como se había acostado a pesar de haber conseguido dormir unas cuantas horas. Y aunque estaba de un humor de perros porque no había logrado sacarse a Tavish de la cabeza, se obligó a esgrimir su mejor sonrisa en el salón. Por suerte, las escasas personas que encontró allí, tenían tan pocas ganas de hablar como ella.

Se sentó en una solitaria mesa, evitando el contacto con el resto, no solo porque no desease hablar, sino porque no recordaba sus nombres y se avergonzaba de ello. Una muchacha se acercó con una bandeja de humeante comida antes de que pensase siquiera en lo que quería comer o si quería hacerlo. La noche anterior se había excedido y su estómago todavía no se había recuperado.

—Gracias —murmuró, tomando algo, por educación.

—Edna —le respondió, sonriendo—. Nos presentaron anoche, pero estoy segura de que no recordarás ni la mitad de los nombres.

—Sería estupendo si lograse recordar al menos la mitad —sonrió con vergüenza.

—Habrá tiempo para eso.

La muchacha se retiró antes de que Greer pudiese contradecirla. Aunque había descubierto que tenía una familia y que su madre le había mentado toda su vida, sus planes no habían cambiado y seguía pretendiendo cumplir la promesa que le había hecho. Ya no porque se lo debiese, sino porque era lo que ella quería.

—Buenos días, Greer —su tía la saludó con una dulce sonrisa— ¿Has dormido bien?

—Como un lirón —mintió.

—Por tus ojeras no dicen lo mismo —rió.

—En realidad apenas he dormido —suspiró— y no ha sido por falta de sueño porque estoy agotada del viaje.

—Cuando no se está acostumbrado a cabalgar —asintió—, hasta un paseo de día y medio puede resultar agotador.

—No es mi caso —le sonrió—. Podría hasta dormir a lomos de mi... Espera, ¿cómo que día y medio? ¿De qué estás hablando?

—Bueno —la miró como si le sorprendiesen sus preguntas—, habéis venido desde Dunstaffnage, ¿no?

—Sí, pero...

—Pues el viaje no suele llevar más de día y medio. A no ser que te

encuentres con algún inconveniente por el camino, claro.

—Imposible —negó—. Si hemos tardado más del doble en llegar.

—En ese caso —rió—. Está claro que alguien te ha engañado, cielo.

—Cuando lo encuentre —murmuró, enfadada.

—Creo que está en el establo.

Greer no reparó en la sonrisa cómplice de su tía o no habría ido en busca de Tavish. Sin embargo, salió del castillo, enfadada y en busca de una explicación, sin saber ni dónde estaba el establo.

—Estáis aquí.

—¿Me buscabas, preciosa? —ni se molestó en girarse hacia ella—. Tenía entendido que ya no volvería a saber de ti.

—Ahora no uses mis palabras en mi contra —le recriminó—. Me has mentido.

—¿Otra vez con eso, preciosa? —ahora sí la miró y la sonrisa que le regaló, la enfadó más todavía.

—No me refiero a vuestra hermana, McGregor —negó—. Hablo del viaje. Día y medio. ¿Os suena de algo?

—Eso —sonrió con picardía—. Creí que te gustaría conocer la tierra de tus antepasados antes de venir a ver a tu familia.

—Día y medio, McGregor —repitió.

—Necesitábamos eludir a las patrullas también, preciosa —encogió sus hombros y continuó cepillando al caballo.

—Podríais habérmelo consultado antes.

—Podría, pero preferí no hacerlo. Yo era el guía y tú me seguías, ¿recuerdas?

—Sois un maldito arrogante.

—Eso ya me lo has dicho —le sonrió por encima del hombro.

—Es imposible hablar con vos —se giró para marcharse.

—Mi familia espera que esta noche puedas cenar con nosotros.

—¿Por qué? —detuvo sus pasos, pero no lo miró.

—Porque quieren conocerte.

—¿Acaso no pudisteis presentármelos anoche? —se giró hacia él.

—¿Cómo a mi hermana? —había burla en su voz.

—¿Vais a responder o a burlaros de mí otra vez? —cruzó los brazos sobre el pecho—. Porque en ese caso, me iré ahora mismo.

—¿Irás? —respondió con otra pregunta.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Ya te lo he dicho, preciosa —la señaló con el cepillo que tenía en la mano—. Deberías poner más atención.

—Lo diré de otro modo para que lo entendáis —no pudo evitar la pequeña provocación—. Si quieren conocerme, podríais ir a por ellos ahora mismo y presentármelos. No es necesaria una cena.

—No seas tan desconfiada, preciosa —se acercó a ella—. Lo único que quieren es ofrecerte su hospitalidad.

—Está bien —le concedió, retrocediendo—. Iré.

—Gracias, preciosa —sonaba sincero.

—No me las deis —negó—. Sigo enfadada con vos, McGregor.

Y salió del establo cuando Tavish pretendió dar más pasos hacia ella. Ni siquiera le importó escuchar su risa mientras se iba. No le daría más motivos para acercarse a ella. Solo después de volver al salón, comprendió que aquella noche estarían más que cerca.

—Por qué habré aceptado —se quejó.

—¿Estás bien, Greer? —Mary todavía no se había ido, esperando a que regresase para hablar con ella. Desde que había visto cómo se comportaban el uno en presencia del otro, quería descubrir si sus sospechas eran ciertas.

—Me fui con la idea de acusar a Tavish de haberme engañado —le dijo, sentándose a su lado— y regresé con una invitación a cenar con sus padres. No entiendo cómo lo hace.

—Son buena gente —le dijo—. Estoy segura de que disfrutarás de la cena.

—Pero no debería haber aceptado —la miró con preocupación—. Lo último que necesito ahora es que se hagan una idea que no es con respecto a Tavish y a mí.

—¿Y qué hay entre Tavish y tú?

—Nada. Hace una semana nos odiábamos a muerte.

—¿Qué ha cambiado?

—Supongo que lo he conocido mejor —se encogió de hombros—. Y cuando abandona su arrogancia natural, es agradable estar con él.

—Agradable.

—No veas tú también lo que no hay, tía —la reprendió—. Si regresé a Escocia fue para luchar junto al rey, no para complicarme la vida con alguien que solo me ve como la diana de sus bromas. Además, lidiar con Bruce y con su reticencia a incluirme en sus tropas ocupa todo mi tiempo.

—¿Luchar junto a Bruce? —la incredulidad en su voz era palpable.

—Soy tan buena como cualquiera de sus hombres. Mejor, incluso, que

algunos.

—Tu tío estará muy interesado en saber esto.

—No se lo digas, por favor —la tomó de las manos y le rogó con la mirada también—. Querrá impedirlo.

—La guerra no es cosa de mujeres, Greer.

—Hice una promesa, tía. A mi madre. Y no pienso fallarle, aunque ella lo haya hecho conmigo.

—Ella no te ha fallado.

—No voy a discutir tampoco por eso —negó—. Solo te pido que no le digas a mi tío cuales son mis planes.

—No le mentaré —le advirtió—. No diré nada por iniciativa propia, pero si me pregunta, le contaré la verdad.

—Me conformo con eso —la abrazó.

Como no quería pensar en lo que le esperaba en la noche, Greer decidió ir al lago a practicar con la espada y el arco. Si pretendía que su tío no se enterase de su habilidad, no podía entrenar con los hombres. Aunque le hubiese gustado medirse con alguno.

Caraid se acercó a recibirla al verla y lo abrazó, empapándose de su tranquilidad innata. A pesar de que había sido concebido para la batalla, el caballo poseía una calma y un temple admirables. En las únicas ocasiones en que lo había visto alterado había sido cuando alguien que no fuese ella había intentado encerrarlo.

—A veces me gustaría poder quedarme aquí contigo, Caraid —dijo, acariciando su cuello—. La vida en el castillo es agotadora.

Caraid bufó y movió la cabeza, alejándose de su caricia por un momento. Después pidió más carantoñas.

—En la corte inglesa era mucho peor, cierto —le sonrió—. Pero en ocasiones, echo de menos el vivir en el bosque con mamá. Fue una época dura, pero muy gratificante. Cuando Bruce sea rey al fin, compraré tierras cerca de un bosque y un lago. Viviremos los dos allí, Caraid. ¿Qué te parece?

El caballo comenzó a saltar y mover las crines como si hubiese enloquecido y Greer no pudo evitar reír ante semejante prueba de su felicidad.

—Hora de practicar —le dijo entonces.

Sacó su espada y comenzó a fintar con ella en el aire. Le hubiese gustado tener contra quien luchar, pero se conformaría con eso. Todo fuese para que su tío siguiese ignorando lo que pretendía hacer al regresar a Dunstaffnage.

—El aire no es rival para ti, preciosa —Tavish frenó la caída de su espada

con la suya— ¿Qué tal si pruebas conmigo?

—¿Qué hacéis aquí? —se sorprendió de verlo, pero lo atacó, para hacerle ver que se atrevía con él.

—Te vi salir y supuse que habrías venido a comprobar que Caraid estaba bien —lanzó su propio ataque, haciéndola retroceder—. Si me hubieses dicho que querías practicar, hubiese venido antes.

—No os necesito para nada —avanzó hacia él, logrando su retirada por unos metros.

—Esto es más divertido entre dos, preciosa —no se ofendió por su declaración, sino más bien, le divertía.

En el siguiente lance de Greer, Tavish se giró hacia ella, logrando tomarla por sorpresa y la sujetó por la cintura mientras le daba un beso en la mejilla.

—¿Lo ves? —rió, soltándola después.

—No volváis a hacer eso, McGregor —lo amenazó.

—¿O qué? —rió de nuevo él.

—Os haré tragar tierra.

—Estoy deseando ver cómo lo intentas —la retó.

Greer sabía que la estaba provocando para que fallase, pero fue incapaz de controlar su enfado. Tavish era el único que lograba alterarla tanto.

Continuaron luchando y cuanto más en broma se lo tomaba él, más se enfadaba ella, perdiendo la concentración. Poco después de iniciar la pelea, Greer estaba arrepentida de no haber traído sus pantalones.

—¿Es que no podéis tomároslo en serio, McGregor? —le dijo una vez, cansada de ver cómo la hacía bailar de un lado a otro.

—No tienes la ropa adecuada, preciosa, o te aseguro que la pelea habría sido de otra forma.

Aquella concesión la sorprendió y bajó la guardia. Tavish golpeó su costado con el lomo de la espada y se acercó con intención de sujetarla de nuevo. Greer reaccionó y trató de alejarse, pero su pie pisó, inexplicablemente por primera vez, el fondo de su falda y se precipitó hacia el suelo. Tavish la tomó de la mano y tiró de ella para evitar la caída. Sus cuerpos colisionaron y quedaron tan pegados, que podían sentir la respiración acelerada del otro.

—Ha faltado poco, preciosa —dijo Tavish, con voz ronca.

—Creo que la pelea ha terminado —intentó alejarse de él, pero no se lo permitió—. Soltadme, McGregor.

—¿Estás segura de eso? —sus ojos se desviaron hacia sus labios y Greer los humedeció con la lengua sin poder evitarlo.

—Estoy segura —su voz vaciló, pero Tavish le concedió el deseo y se separó de ella. Greer lamentó la separación al momento.

—Nos vemos por la noche, preciosa.

Antes de que Greer pudiese impedirlo, rozó sus labios con los de ella y se fue, dejándola con ganas de más.

—No debí aceptar la invitación —se repitió una última vez.

HISTORIAS DEL PASADO

Tavish la esperaba en el patio cuando salió del castillo. No había vuelto a verlo en lo que restó de día y ahora parecía tan ansioso como ella, algo que la tranquilizó un poco. Al menos, no sería la única que se sintiese incómoda durante la cena.

—Vamos, preciosa —le ofreció el brazo—. Y respira.

—Estoy respirando, McGregor.

—Me alegra saberlo —le guiñó un ojo— porque no lo parecía hace un momento.

—Os quedaréis ciego de eso ojo si seguís haciendo eso —protestó ante el gesto que tanto usaba.

Tavish rió y Greer se relajó otro poco. Tal vez la idea de conocer a los padres de Tavish la asustase, pero aunque odiase admitirlo, él sabría qué hacer para que no resultase incómodo para nadie.

Lo observó de soslayo mientras la guiaba y pudo comprobar que se había puesto ropa que no le había visto nunca y estaba mejor peinado de lo que era habitual en él. No llevaba sus armas, salvo un puñal enganchado a su cintura.

—Si sigues mirándome así, preciosa —le dijo, cuando divisaron la casa a lo lejos—, tendré que dar la vuelta y cobrármelo, antes de que te presente a mis padres.

—Solo estoy sorprendida de que estéis tan bien vestido —fingió no molestarse por su comentario.

—Estoy mucho mejor sin ropa —rió al ver su intenso sonrojo.

—Descarado —protestó.

—Esa es nueva, preciosa —la atrajo hacia él más de lo debido—. La anotaré en la lista.

Tentada estuvo de decirle algo más, pero la aparición de Aileen se lo impidió. Se veía preciosa aquella noche, con su cabello rojo suelto y sus vivarachos ojos verdes rebosantes de alegría. Jamás había visto a dos hermanos más diferentes, razón por la que no había sospechado nada cuando los vio juntos la primera vez.

—Hola de nuevo, Greer —la saludó alegremente.

—Hola, Aileen —le regaló su mejor sonrisa.

—Ven. Están dentro —la tomó de la mano—. Gracias por venir esta noche. Mamá está deseando conocerte. ¿Sabes? Tu madre y ella eran grandes amigas en su juventud.

Aileen hablaba de forma tan abierta, que se descubrió sonriendo como una tonta ante su entusiasmo juvenil. Ahora que se había fijado mejor en ella, podía ver que era mucho más joven que su hermano e incluso, que ella. Puede que dos o tres años. Tal vez, si no hubiese estado tan centrada en lo que Tavish le hacía sentir con sus provocaciones, se habría fijado en aquel detalle cuando los descubrió juntos en la cena.

Así como se fijó en ese momento, que Tavish había heredado los rasgos de su padre. Casi podía imaginarse cómo se vería este en unos veinte años más. *Igual de atractivo que ahora*, pensó, para su vergüenza. Y delante de él, había una mujer casi igual de alta que él, pero con el cabello tan rojo como su hija. Comprendió el porqué los hermanos no se parecían, cada uno había tomado sus rasgos de un progenitor.

La madre de Tavish se acercó a ella, sujetando una mano de su esposo. Caminaba con decisión, pero su mirada estaba fija en algún punto detrás de Greer, lo que casi la hizo girarse para ver qué llamaba tanto su atención. Por suerte, descubrió la razón de que lo hiciese, antes de avergonzarse de nuevo. Cuando la mujer alzó una mano en su dirección, Aileen se la sujetó para llevársela hasta su rostro. Entonces constató lo que ya sospechaba: estaba ciega y Tavish se había olvidado de comentárselo.

Permaneció inmóvil, mientras la mujer pasaba las manos por su rostro, y ella pensaba en la mejor manera de reprender a Tavish por no haberle dicho nada.

—Eres igual a tu madre —la mujer le sonrió—. Podría estar tocando su cara y no os distinguiría.

—Me lo han dicho con frecuencia últimamente —logró decir.

—Ella es Isobel —Tavish se encargó de las presentaciones—. Y mi padre se llama Calum.

—Gracias por venir —habló, entonces, el padre—. Isobel prefiere no acudir a las grandes celebraciones.

—No puedo manejar a tantas personas hablando al mismo tiempo a mi alrededor —Isobel continuaba sonriendo mientras hablaba.

—Es un placer estar aquí —no sabía que otra cosa podía decir.

Tavish se acercó a ella, cuando su madre les pidió que tomaran asiento para la cena. Aileen se encargó de llevar la comida a la mesa y Calum

acompañó a su esposa hasta su asiento. A Greer le pareció que lo habían hecho a propósito para dejarlos solos.

—Debisteis decírmelo —le recriminó, aprovechando el momento, si pensar demasiado en ello.

—¿Habría cambiado algo?

—Supongo que no, pero me habría gustado saberlo antes.

—Lo sabes ahora, preciosa —le sonrió—. Disfrutemos de la cena. Y, otra cosa, no te creas nada de lo que te cuenten sobre mí.

—¿Acaso tenéis miedo de lo que pueda pensar de vos? —Tavish negó con la cabeza—. Entonces, tal vez deba animarlos a que me hablen de vos.

—Puedes hacerlo —la desafió, con una sonrisa en los labios—, pero luego no digas que no te lo advertí, preciosa.

—Advertirme, ¿qué?

—Que cuanto más conozcas de mí, más te gustaré —y le guiñó el ojo de nuevo.

—Fanfarrón —murmuró, esperando que no la escuchase.

—Vamos —en esta ocasión, tuvo suerte y Tavish pareció no oír que lo había llamado de aquel modo—, te han guardado un sitio junto a mí.

—Qué suerte la mía.

Tavish no añadió nada más, sino que se limitó a sonreír mientras movía la silla para que ella pudiese sentarse. Y aunque no estaba en su naturaleza ser descortés, Greer decidió no agradecerse.

—Rebelde —le susurró al oído, mientras se sentaba a su lado—. Me gusta, preciosa.

—Pues no...

—Lo sé —la interrumpió—. No debo acostumbrarme a nada que me guste de ti, porque procurarás no volver a hacerlo. Debí decirte que no me gustó besarte, solo por ver si lo harías de nuevo para llevarme la contraria.

—Lamento decirlo que no funciona así —no pudo evitar el ligero sonrojo en sus mejillas tras sus palabras. Miró al resto, nerviosa por si lo habían escuchado—. Contened la lengua, McGregor.

—Estamos en familia, preciosa. Nadie se sorprenderá.

—Estamos con vuestra familia —matizó ella.

—Tu madre —Isobel habló, entonces— era como una hermana para mí, Greer, así que ya eres parte de esta familia.

Greer se sonrojó más intensamente, segura de que la madre de Tavish había escuchado toda su conversación. Lo golpeó bajo la mesa, en la pierna,

para recordarle que era culpa suya, pero él se limitó a sonreír.

—Me temo que mi madre nunca me habló de vos —admitió, hacia Isobel, con un poco de vergüenza—. En realidad, nunca me habló de su clan.

—Morag estaba empeñada en demostrar su valía —la voz de Isobel sonaba triste—. Creía que era su deber por ser la primogénita del laird. Debes saber que tu abuelo era un hombre muy estricto y siempre exigía mucho a sus hijos, Greer. Tu madre creció con esa presión sobre ella y el hecho de ser mujer no se lo facilitaba.

—Mi madre era una mujer valiente y decidida.

—Pero tu abuelo no lo veía así. Por eso, cuando se le presentó la oportunidad de demostrarle a su padre que podía ser útil al clan, no vaciló. Imagino que para ella fue muy duro tener que alejarse de su gente. Tu madre amaba estas tierras.

Las palabras de Isobel le mostraron una versión diferente de la razón por la que su madre no le había hablado nunca de su clan. ¿Y si hacerlo la lastimaba? Tal vez no lo había hecho para evitar que ella quisiese conocerlos, sino porque le dolía pensarlos. Qué sola debía haberse sentido después de dejarlos y más, teniendo que soportar a un hombre que no amaba y que solo la vejaba.

—El día antes de marcharse —continuó la madre de Tavish—, vino a verme. Tenía los ojos hinchados por haber estado llorando, pero no lo admitió, por más que las evidencias estaban ahí cuando le toqué el rostro. Simplemente se tumbó a mi lado en mi jergón y permanecimos en silencio durante horas. Poco antes de irse, me pidió que pasase lo que pasase, no la odiase por abandonarme. Ella era la única amiga que tenía. Mi ceguera nunca me permitió relacionarme con normalidad. De hecho, algunos decían que no deberían haberme permitido vivir cuando descubrieron que no podía ver. Tu madre siempre me defendió y me apoyó. Sin ella, no sería quien soy ni estaría al lado del hombre que amo.

—Nos habríamos conocido igual, mi bella esposa.

—Pero no te habrías fijado en mí —le sonrió ella con amor, aunque su mirada continuase perdida en algún lugar.

—Lo habría hecho igualmente —la besó en la mejilla. Aquel gesto enterneció a Greer, que no pudo evitar sonreír también.

—Gracias por contarme todo esto —le dijo Greer—. Creo que ahora podré entender un poco mejor el porqué mi madre no me habló de su gente.

—Tu gente —la corrigió Tavish.

—Había pensado lo peor de ella —lo ignoró.

—Tu madre tenía una forma muy peculiar de actuar, Greer, pero todo lo que hacía, lo hacía con el corazón.

—¿Qué os parece si empezamos a cenar? —sugirió Aileen—. Y ya de paso, podemos avergonzar a Tam delante de Greer.

—¿Y por qué no a ti? —le reclamó él, aunque no parecía enfadado por la sugerencia.

—Porque por alguna extraña razón, Greer es tu amiga y me siento en la obligación de prevenirla contra ti —le sacó la lengua—. No es cuestión de que le hayas mostrado a un Tavish que no eres solo para impresionarla.

—No os preocupéis por eso, Aileen. El Tavish que me ha mostrado es un...

—Si ya somos tu familia —la interrumpió el mencionado—, deberías dejar de tratarnos con tanta pompa.

—Cierto —Aileen asintió.

—Pues como decía...

—Nadie quiere escuchar eso, preciosa.

—Ni tampoco querrán escuchar que me llames así —le recriminó.

—¿A alguien le molesta que la llame así? —su familia solo sonreía mientras los veía interactuar—. Ya ves que no.

—Sois incorregible.

—Sí —se rascó la barbilla—, recuerdo que ya me lo has llamado un par de veces. Si no han sido más.

—Y ha sido igual de cierto en cada una de ellas —por un momento, olvidó que no estaban solos, pero cuando alzó la mirada y los vio a todos observándolos con una sonrisa en los labios, su rostro se coloreó de rojo—. Lo siento.

—No te disculpes —respondió Calum—. Ya era hora de que alguna mujer plantase cara a mi hijo. Necesita una dosis de humildad.

—Soy humilde, papá.

—Por supuesto —rió su padre—. Tan humilde que como cuando me desafiaste a los tres años a un combate, asegurando que ya eras lo suficientemente mayor como para sostener mi espada.

—No me humilles, papá —lamentó Tavish, sonriendo, aún así.

—Le dejé la espada —continuó él, mirando a Greer— y en cuanto la alzó sobre su cabeza, su peso lo hizo caer de espaldas.

—La espada me doblaba en altura y casi me igualaba en peso —le recordó

Tavish—, así que ya tuvo mérito poder levantarla.

—Lo divertido fue verlo embarrado y con la cara roja de rabia —rió su hermana—. Pena que yo aún no había nacido.

—Pero eso no te impide reírte de mí cada vez que papá lo cuenta.

—Es que me encanta esa historia. Aunque —sonrió—, la del lago es incluso mejor.

—¿Qué pasó en el lago? —Greer no podía dejar de sonreír.

—Por favor —a pesar de sus protestas, Tavish disfrutaba igual que el resto con los recuerdos de su infancia. Incluso si lo dejaban en ridículo delante de Greer.

—Mi padre estaba pescando y mi madre le contaba una historia a mi hermano cerca de la orilla —Aileen apenas podía contener la risa al contarle y terminó contagiando a todos—. No tendría más de cuatro años por aquel entonces y todavía no había aprendido a nadar, pero de repente, echó a correr hacia el agua y se lanzó gritando que era un pez gigante. El muy tonto agarró el anzuelo para fingir que mi padre lo había capturado y se lo clavó hondo en la mano. Mi madre dice que de la vergüenza que le dio, no se quejó ni cuando lo clavó ni cuando se lo quitaron.

—No fue vergüenza —se defendió Tavish—, fue valentía.

—Claro —rió más su hermana—, por eso te caían las lágrimas.

—Lágrimas de orgullo por mostrarme tan valiente.

Y amenizaron el resto de la velada con las aventuras de Tavish e, incluso con las de Aileen, que no había sido menos traviesa que él. Greer se había reído como nunca, aunque verlos tan unidos le había hecho sentir un poco de nostalgia de su propia familia, a pesar de haber sido tan diferente a aquella. Por suerte o porque Tavish les había dicho algo, nadie le preguntó sobre su infancia y no tuvo que regalarles ninguna historia cargada de frustraciones y miedo, pues así había sido con su padre.

Cuando llegó el momento de la despedida, Isobel no la dejó ir sin arrancarle primero una promesa de que iría a visitarla de nuevo. Por un momento, Greer se sintió parte real de aquella familia.

—Gracias por esta noche —le dijo a Tavish cuando ya llegaban al castillo—. Tenéis una familia increíble.

—¿Ya volvemos a las malas costumbres?

—Eres afortunado —le concedió.

—Lo soy —asintió, no solo para dar veracidad a sus palabras, sino porque le gustaba oírla dirigirse a él con tanta familiaridad. No le permitiría volver

atrás, ahora que había lo saboreado.

—Desde aquí ya puedo sola —se paró frente a la puerta—. Es mejor que vuelvas con tu familia. No tardaremos en regresar a Dunst...

—Gracias por ir a la cena, Greer —que la llamase por su nombre la desarmó y ni siquiera protestó porque la hubiese interrumpido.

—Ha sido un placer —susurró.

—Mi madre lamentó mucho la muerte de tu madre —alzó la mano hacia ella y fingió que colocaba un mechón de su rubio cabello, para acariciarle la mejilla—. Que hayas ido, le ha hecho feliz. Creo que la hizo sentirse más cerca de su mejor amiga.

—No es necesario que hagas eso —negó. No sabía si por instinto o para romper el contacto entre ellos, pero no funcionó porque la mano de Tavish continuaba en su mejilla.

—¿Hacer qué? —se acercó a ella.

—Justificar la invitación —apenas podía concentrarse en otra cosa que no fuese aquella caricia—. Me gustó conocer a tu familia.

—Y a mí que la conocieses —se inclinó sobre ella, dispuesto a darle un beso.

—Buenas noches, Tavish —se alejó de él y entró en el castillo antes de sucumbir al deseo de dejarse besar por él.

—Buenas noches —dijo él al aire, pues Greer había desaparecido en el interior del edificio—, preciosa.

CELOS

Greer se levantó descansada, a pesar de que su mente le impidió conciliar el sueño hasta entrada la madrugada. El beso que había estado a punto de darle Tavish la había mantenido en vela, pues no había sido capaz de decidir si lamentaba o celebraba haberlo detenido. Finalmente, el agotamiento había podido con ella y se durmió sin haber llegado a una conclusión.

Bajó a desayunar, dispuesta a aprovechar el día para conocer un poco más a sus tíos. Aunque Bruce les había concedido bastante tiempo, la estancia en la cueva por culpa de la herida de Tavish, los había retrasado. Y aunque la vuelta les ocuparía menos días que la ida, ahora que sabía que no estaban tan lejos, quería salir en un par de días igualmente. La ansiedad por saber si Bruce iba a aceptarla como uno más de sus soldados y por saber si Tavish cumpliría su promesa de ayudarla con eso si el rey no accedía, la tenía de los nervios. Si a eso le unía la posibilidad de que su tío descubriese sus planes antes de que se fuesen, quedarse más no era la mejor de las ideas.

Y aunque se moría de hambre, el alboroto que escuchó fuera, le impidió llegar al salón. La curiosidad por saber qué pasaba fue mayor que la necesidad de llenar su estómago. Siguió a los que salían corriendo delante de ella. A cada paso, la curiosidad se iba convirtiendo en preocupación, porque cada vez tenía más claro que lo que estuviese sucediendo no era en absoluto divertido.

Nada más salir, descubrió al numeroso grupo de personas que se había reunido en torno a un exaltado animal, que no dejaba de piafar y relinchar. Ni siquiera hacía falta ser experto para saber que el caballo acabaría lastimando a alguien si no le dejaban un poco de espacio hasta que se calmase. Se acercó justo a tiempo de ver cómo trataban de atraparlo con una cuerda y el animal, nervioso, se levantaba sobre sus patas traseras.

—Caraid —gritó al reconocerlo—. Basta.

Corrió hacia ellos para detenerlos, pero los espectadores no le permitían el paso, creyendo que buscaba un buen lugar desde el que mirar el espectáculo. Los fue apartando, intentando reprimir las ganas de golpearlos en el proceso, mientras veía cómo Caraid se movía de un lado a otro para alejarse de allí sin dañar a nadie.

—Basta —repetía, impotente por no poder avanzar más rápido.

En el centro del grupo, descubrió a Connal con la cuerda en sus manos, preparado para lanzarla de nuevo. No prestaba atención a nadie más que al caballo que tenía delante. Y Greer solo quería estampar su puño en aquel rostro por no ver que Caraid estaba tan nervioso, que acabaría por patearlo, aunque no pretendiese hacerlo.

—He dicho que basta —vociferó más alto. El griterío finalizó por fin y Connal bajó el brazo. La miró, sorprendido de verla allí.

—No te acerques, Greer. Puede ser peligroso.

Le molestó que frenase su avance y le hablase como si estuviese loca por haber ido hasta allí. Y aunque lo fulminó con la mirada, parecía tan concentrado en mantenerla lejos del caballo, que no vio el gesto. Aunque sí sintió el empujón que le dio.

—Caraid no es peligroso. Amigo mío, ya estoy aquí. Ven conmigo.

El caballo se calmó al momento y se acercó a ella para colocar la cabeza en su hombro. Le rodeó el cuello con los brazos mientras lo acariciaba.

—Tranquilo, pequeño —le susurró—. Todo está bien ahora.

—¿Es tuyo? —le preguntó un todavía más sorprendido Connal.

—Caraid no me pertenece. Es mi amigo. ¿Qué pretendíais hacer?

—Solo intentaba llevarlo de regreso al establo —le explicó—. Debí escapar anoche porque lo encontramos esta mañana cerca del lago.

—Allí es donde yo misma lo dejé el día que llegué —le recriminó.

—Podría escaparse o hacerle daño a alguien, Greer. No deberías dejarlo suelto.

—Caraid no irá a ninguna parte sin mí —sus palabras el ofendieron y se situó, inconscientemente, entre él y Caraid—. Y tampoco le hará daño a nadie. ¿Verdad, amigo?

El caballo asintió con brío a su espalda, como respondiendo a su pregunta y Greer sonrió, antes de dirigir sus palabras a todos los presentes.

—Caraid no es peligroso. No hará daño a nadie, siempre y cuando lo dejéis en paz y no tratéis de sujetarlo con una cuerda —miró a Connal pronunciando sus últimas palabras y se escucharon risas entre los presentes. El aludido simplemente sonrió. Al parecer, no se avergonzaba de su comportamiento anterior.

—Se acabó el espectáculo —dijo él, después—. A trabajar todos.

Greer todavía seguía acariciando a Caraid y le susurraba, cuando se quedaron los tres solos.

—Es un magnífico animal —Connal puso la mano en el cuello del caballo, muy cerca de la de Greer.

—Lo es. Una de las pocas cosas que mi padre hizo bien por mí —ni siquiera sabía por qué le había dicho aquello, si lo que quería era que se fuese. Era totalmente consciente de su presencia, aunque no lo mirase, y le costaba contener la necesidad de apartarse de él. Puede que hubiese sido amistoso con ella desde que la había conocido, pero notaba algo extraño en su forma de mirarla, que le prevenía de mantener un contacto más estrecho con él.

—Me intrigas, Greer —acercó su mano a la de ella—. Me encantaría poder conocerte mejor, pero pareces tan inalcanzable.

Tras aquellas palabras, empezó a buscar una buena excusa para alejarse de allí sin ofenderlo, lo que le impidió ver cómo Tavish llegaba al castillo a tiempo de advertir el modo en que Connal se acercaba a ella al hablarle.

Aquella intimidad lo enfurecía, pues conocía Connal y sabía que aquel movimiento no era fortuito. Aunque Greer parecía desear estar en cualquier otro lugar, ni se fijó en ello porque la ira que sentía al saberlos tan cerca, solo le permitía ver que la mano de Connal se acercaba peligrosamente a la de Greer. Avanzó hacia ellos a grandes zancadas, sin apartar la mirada de aquella mano. Deseaba tanto estampar su puño en su rostro prepotente, que esperaba fervientemente que le diese motivos para hacerlo.

—¿Algún problema, preciosa?

Greer lo miró, sorprendida de cuán amenazante había sonado su voz y palmeó el cuello de Caraid, antes de enviarlo de vuelta al lago. El caballo la obedeció de inmediato.

—Nada que no hayamos solucionado Greer y yo, Tavish —contestó Connal, con una sonrisa demasiado condescendiente.

—No te he preguntado a ti, Connal, sino a ella.

—Todo bien —intervino Greer—. Solo ha sido un malentendido.

—Comprendo —ni siquiera la miraba cuando le respondió—. Tengo que con ella a solas, Connal. Esfúmate.

—¿Pero qué diablos os sucede? —Greer estaba tan horrorizada por el comportamiento de Tavish, que se le olvidó incluso que había decidido hablarle de un modo más personal.

—Connal —la ignoró deliberadamente, mientras esperaba a que él se fuese.

—Continuaremos esta conversación en otro momento, Greer —el aludido sonrió hacia ella y los dejó solos.

—¿A qué ha venido eso, McGregor? —le recriminó—. Jamás habíais sido tan grosero con nadie.

—No te acerques a él, preciosa. No te conviene.

—Yo decido con quién me conviene estar y con quien no —repuso indignada—. Y diría que sois vos quien no me conviene ahora.

Tavish la sujetó por un brazo y la arrastró con él a un lugar más privado donde hacerle entender que en aquel asunto no le daría opción a elegir porque Connal era incluso peor que él, en cuanto a las mujeres se refería.

—Soltadme, McGregor —tiró de su brazo y logró liberarse de su agarre.

—Mantente lejos de él, Greer —repitió, usando su nombre, cuando llegaron a un lugar lo bastante apartado para poder hablar sin espectadores—. Y deja de una maldita vez de hablarme así. Creo que ya nos conocemos lo suficiente como para saltarnos eso.

—¿Con qué derecho me lo pides? —le concedió, aunque no estaba menos enfadada—. Hasta donde yo sé, sea lo que sea, lo que hay entre...

—Te lo pido como amigo —la interrumpió.

—Los amigos aconsejan, McGregor —sus manos fueron a parar a sus caderas—, no exigen.

—Bien —asintió—, pues te aconsejo que te mantengas lejos de él.

—Gracias, pero yo decidiré si lo hago o no —ahora cruzó los brazos en el pecho. No podía creer que estuviesen teniendo aquella conversación y aún menos que estuviese provocándolo, cuando había querido alejarse de Connal desde que se quedaron solos. Sus instintos no parecían haberle fallado, si Tavish le advertía de tal modo sobre él.

—Dios —se desesperó por primera vez desde que Greer lo conocía y eso la sorprendió—, eres tan terca. ¿Por qué no puedes aceptar un consejo, por una vez en tu vida, Greer?

—Porque es un consejo sin lógica.

—Tiene bastante lógica.

—Admite que lo dices solo porque lo ves como la competencia —lo acusó—. Pues que sepas que ni tú ni él tenéis ninguna posibilidad conmigo.

—¿Eso crees, preciosa? —la acorraló contra la pared.

¿Cómo diablos habían terminado en aquella situación? Otra vez. Todavía recordaba lo que había sucedido la primera vez que se encontraron en igual tesitura. Y aunque en aquella ocasión no lo había esperado y se había enfadado después de recibirlo, ahora no estaba segura de cómo reaccionaría, porque sus sentimientos por Tavish habían cambiado mucho desde entonces.

—Sois el hombre más arrogante, egocéntrico —le dijo, tratando de alejarlo—, jactancioso y desesperante que he conocido nunca.

Y eso no cambiaría nunca, por más tiempo que pasase. Pues, así como le provocaba deseos de besarle, también quería golpearlo en otras tantas ocasiones. En pocas palabras, Tavish McGregor la volvía loca.

—¿Has acabado, preciosa? —a pesar de sus intentos por separarse de él, sus rostros estaban a escasos centímetros.

—Por ahora —lo desafió, levantando la barbilla. Trataba de ignorar el latir frenético en su pecho, que parecía adelantar lo que iba a suceder a continuación.

—Bien —sonrió con anticipación— porque ahora voy a demostrarte lo equivocada que estás. Y para cuando acabe, sabrás que tengo todo el derecho del mundo a pedirte que te alejes de Connal y de cualquier otro hombre.

—Ni se te ocurra besarme, McGregor, o lo...

Los labios de Tavish absorbieron su amenaza, nuevamente. Pero esta vez no pudo hacer otra cosa que aferrarse con fuerza a él, porque sus piernas le fallaron en el mismo momento en que sus labios se tocaron. La electrizante ráfaga de placer que recorrió su cuerpo, amenazó con enloquecerla por completo. El mundo había dejado de existir y solo era consciente de Tavish y de sus expertos besos, que le quitaban el aliento. Y aunque antes había odiado que le hablase de forma tan autoritaria, si el resultado de sus peleas era un beso ardiente como el que estaba recibiendo, volvería a provocarlo una y otra vez.

Y se acercó tanto como pudo a él, ansiando su contacto. Lo oyó gemir de placer y se atrevió a repetir el movimiento, provocando que las manos de Tavish asaltasen su trasero y la elevasen, para que sus rostros estuviesen a la misma altura, para profundizar el beso. Sus labios ya la volvían loca, pero al sentir que su lengua se hacía paso entre los suyos, se le escapó un gemido, que Tavish respondió con uno propio.

La necesidad de tener más de ella, lo obligó a pegarla contra la pared y apretarla hasta sentir cada curva de su cuerpo a través del vestido. Se amoldaba tan bien a él en ese momento, que no pudo evitar imaginar cómo sería tenerla en su cama, sin ropa de por medio. Su lengua exploró cada rincón de la boca de Greer, al tiempo que sus manos se apretaban ahora en sus pechos. Ardía en deseos de obtener más de lo que estaba recibiendo. Jamás había sentido algo tan intenso por nadie. Cuando la besaba, todo lo demás dejaba de importarle. Y fue esa certeza la que le dio la cordura suficiente para

detenerse.

—Vete, preciosa —le dijo, todavía jadeante—. O terminaré lo que hemos empezado aquí, sin importarme quién más pueda vernos.

Greer se alejó con paso rápido. Y lo que temía no era que Tavish pudiese cumplir su amenaza, sino que le hubiese gustado que lo hiciese.

DUELO DE VOLUNTADES

—¿Has visto eso, querida?

Malcolm estaba en sus aposentos, asomado a la ventana, con su esposa al lado. Habían salido al escuchar el alboroto fuera y se quedaron mirando, después de que este se disolvió, curiosos por ver la reacción de Tavish al ver a Greer con Connal.

Conocían el interés de Tavish por su sobrina, incluso aunque él intentase disimularlo. También habían visto que la conexión que se había formado entre ellos durante el viaje, no solo seguía ahí, sino que se había fortalecido con el paso de los días. Pero nunca habían visto ningún tipo de coqueteo entre ellos. Al menos hasta que Tavish despachó a Connal con tanta vehemencia y se llevó a una enfurecida Greer con él, prácticamente en volandas, lejos de miradas indiscretas.

Puede que si hubiesen visto el final de su encuentro, no estarían tan entusiasmados con la actuación de Tavish ni con la respuesta de Greer.

—Lo he visto, esposo mío —le sonrió con calidez—. Y deberías hacer algo al respecto porque nuestra sobrina tiene intención irse con él a Dunstaffnage en breve.

—Regresar, ¿por qué?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella —le había prometido a su sobrina que no contaría nada a su esposo sobre sus intenciones, pero no le había dicho que no lo aleccionaría a que preguntase él. Por más que Greer se creyese capaz de luchar junto a su rey, era una mujer y no debería correr semejantes riesgos.

—Creo que primero tendré unas palabras con Tavish —le dijo él, después de reflexionar sobre ello—. Debo saber qué intenciones tiene con respecto a mi sobrina.

Mary sonrió de nuevo, pensando en que aquello podría volverse muy interesante. Y así como creía que Tavish no pondría muchos impedimentos a lo que sabía que le propondría su esposo, sabía que Greer se resistiría a como diese lugar, aunque sus intereses fuesen a la par de los de su tío.

—Greer —la llamó, minutos después de que su esposo abandonase sus aposentos en busca de Tavish. También ella bajó para buscar a su sobrina.

—Hola, tía —le sonrió y luego le regaló una carantoña a su primo—. Cada día está más lindo. Me lo comería a besos.

—Te lo agradecería —sonrió también—, porque no deja de moverse ni un minuto desde que se levanta hasta que se acuesta.

Y como si quisiese demostrar que su madre tenía razón, el niño de dos años se liberó de su mano y echó a correr en dirección al lago.

—Beg —lo llamó por el apodo que le habían puesto casi al nacer, mientras lo perseguían las dos— ¿Por qué no habré tenido otra niña como Mariota? Ella es una santa.

—Pero así no sería tan divertido —rió Greer cuando le dio alcance al niño, apenas un segundo antes de que se lanzase al agua.

—Está totalmente obsesionado con el agua —Mary respiraba con dificultad por la carrera—. No sé qué voy a hacer con él.

—Enseñarle a nadar, tía —le sonrió Greer—. Si no puedes eliminar el peligro, aprende a afrontarlo.

—Gran enseñanza —admitió.

—Mi madre era una mujer muy sabia —la miró al hablar, aunque su primo pronto captó su atención de nuevo, al tirarle del pelo—. Te enseñaría yo, pequeño, si dispusiese de más tiempo.

—Dispones de todo el que quieras, Greer —le recordó Mary.

—Sabes que no, tía.

—¿Por qué es tan importante una promesa que te enfrentará a un peligro que no sabes si podrás afrontar?

—Porque mi honor es lo único que tengo —la misma respuesta le había dado a Tavish y no se retractaría—. No importa si triunfo o no porque prometí luchar con mi rey y es lo que haré. Si pierdo, al menos lo haré con mi honor intacto.

—Por culpa del honor han muerto muchos hombres, Greer —dijo Mary—. Me aterra pensar que te ocurra lo mismo.

—¿Solo porque soy mujer? —le rebatió.

—Porque eres mi sobrina.

—Si no lo fuese, querrías que me quedase aquí igualmente, tía. Es una razón poco convincente —le sonrió.

—Pues es la que tengo —se encogió de hombros.

—Me cuidaré tanto como pueda —le prometió, abrazándola. Solo cuando Beg protestó porque lo habían atrapado en medio de las dos, se soltaron.

—No sé qué me asusta más —suspiró—, si que vayas a la guerra o si

enfrentarme a la ira de tu tío cuando seas tan pertinaz con él a la hora de decirle que te vas. Porque tienes que decírselo.

—Lo sé —fue su turno para suspirar—. Y tendrá que ser pronto. Ya va siendo hora de regresar a Dunstaffnage.

—Cuídate mucho —la abrazó—. No soportaría perderte, ahora que te hemos encontrado.

—Ahora tengo un motivo para querer vivir —acarició la cabeza de su primo, que seguía protestando por estar entre ambas—. Más de uno, en realidad.

Regresaron al castillo en el mismo momento en que salía Tavish de él. Y aunque Greer estaba segura de que las había visto, pasó de largo sin hacer amago de saludarlas. Lo siguió con la mirada y frunció el ceño al ver que se dirigía al pueblo.

—Greer, sobrina —la aparición de su tío le impidió pensar en ello—. Te estaba buscando.

—¿A mí? —eso la sorprendió más, pero al ver la mirada culpable de su tía, supo por qué la buscaba.

—Me lo prometiste —le susurró.

—Solo le dije que regresarías a Dunstaffnage —se disculpó.

—Vamos —Malcolm señaló al interior del castillo para que Greer lo acompañase y esta lo hizo de mala gana. Incluso a sabiendas de que tarde o temprano habría tenido aquella conversación con su tío. Precisamente lo habían hablado su tía y ella en el lago.

—Tú dirás, tío —lo animó a hablar cuando ya se encontraban en el cuarto de cuentas, que su tío usaba para sus reuniones privadas también.

—He sabido que deseas regresar a Dunstaffnage con Tavish.

A pesar de que le había pedido que tomase asiento, Malcolm se había acercado a la ventana, en lugar de imitarla y parecía mirar por ella, aunque Greer dudaba que lo estuviese haciendo. Ella, en cambio, permaneció en silencio, pensando en su respuesta.

—No precisamente con él —dijo al fin y cuando su tío se giró con la ceja alzada, tragó con dificultad. Lo que venía a continuación, no sería agradable para ninguno de los dos—. Tenemos un destino común, así que nos haremos compañía por el camino.

—¿Te parece seguro?

—¿Por qué no habría de serlo? —arrugó su frente—. Hemos venido hasta aquí sin ningún problema.

—Pero yo todavía no era responsable de tu bienestar.

—Tampoco lo eres ahora, tío. Yo puedo...

—¡Por supuesto que lo soy! —bramó, interrumpiéndola.

—Tío, agradezco tu preocupación, pero sé cuidarme sola —midió cada palabra para no ofenderlo—. Además, viajar con Tavish es más seguro que hacerlo sola, ¿no creer?

—Precisamente a él me refiero cuando hablo de peligro, Greer.

—¿A Tavish? —se alarmó por lo que aquella confesión encerraba—
¿Desconfías de él?

—Desconfío de sus intenciones hacia ti —aclaró.

El sonrojo no tardó en asomar a su rostro, al comprender que la preocupación de su tío iba en otro sentido.

—No tienes de qué preocuparte, tío —dijo, un tanto incómoda con aquella situación—. Tavish no tiene ningún interés en mí.

Al parecer, no era la única incómoda porque su tío evitó mirarla a los ojos. Durante unos eternos minutos, ninguno habló.

—Yo no estaría tan seguro —dijo, sentándose frente a ella al fin.

—¿Qué quieres decir?

Enlazó las manos sobre la falda de su vestido para evitar que su tío viese cómo le temblaban al recordar la manera en que Tavish había salido del castillo minutos antes. ¿Tendría algo que ver con aquella conversación? ¿Habría hablado con su tío por culpa de la discusión que habían tenido aquella mañana? No podía imaginar que Tavish lo hubiese llevado tan lejos, solo porque le molestase que Connal la rondase. Si se había atrevido a hablar con su tío, lo mataría.

—Le he dicho que no permitiré que vayas con él sin una boda de por medio y no ha parecido disgustarle la idea.

—¿Qué? —tal vez se hubiese sentido aliviada al saber que no había hablado con su tío sobre lo que había ocurrido aquella mañana, si no fuese porque la afirmación de su tío era infinitamente peor.

—Solo aceptará si tú estás de acuerdo, claro —continuó—. Pero tú estarás de acuerdo, si quieres que te permita regresar con él.

—No.

—Podemos organizar...

—No —dijo más alto, interrumpiendo lo que su tío fuese a decir.

—¿Cómo que no?

—No —se levantó—. Nadie me va a obligar a hacerlo.

—Entonces no irás —la desafió, poniéndose en pie también.

—Por supuesto que iré —enfrentó su mirada con decisión.

—No lo harás, Greer. No te lo permitiré y como responsable de...

—No soy responsabilidad tuya, tío —lo interrumpió de nuevo—. Ya te lo he dicho.

—Por supuesto que lo eres —cruzó los brazos en el pecho y Greer tuvo que admitir que era una imagen que acobardaría a muchos.

—Tío...

—Podríamos estar discutiendo sobre esto hasta el día del juicio final, muchacha —la interrumpió él esta vez—. Y el resultado sería el mismo.

—¿Eso crees? Bien —imitó su postura—. No tengo nada mejor que hacer de aquí al día del juicio final.

Malcolm rió ante su desafío y la tensión entre ellos se disipó un poco.

—Necesitas tiempo para pensarlo —dijo finalmente Malcolm—. Es comprensible.

—No voy a cambiar de idea, tío.

—Vamos, sobrina —la condescendencia con que habló, le disgustó más que su empeño en imponerse—. Estar casada con Tavish no será tan terrible, después de todo.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho?

—Sí, muchacha. Lo he oído perfectamente.

—Bien, porque no voy a casarme con Tavish.

—Lo harás, porque lo digo yo. Soy tu laird, muchacha, y me debes obediencia.

—Eres mi tío, nada más. Mi lealtad está con mi madre y es ante ella que debo responder.

—Tu madre está muerta.

Más tarde se arrepentiría de haber sido tan duro con ella, pero en ese momento la ira lo había cegado.

—No creas que no lo sé —las lágrimas empañaban sus ojos—. Pero le hice una promesa y la voy a cumplir, con o sin tu beneplácito. Y casarme con Tavish no entra en esos planes.

—Pues tendrá que hacerlo —sentenció.

Greer se giró hacia la puerta, dispuesta a abandonar el cuarto, antes de ceder a la tentación de golpear a su tío. Nunca antes había estado tan furiosa con alguien, ni siquiera con Tavish.

—¿A dónde te crees que vas, muchacha? Te estoy hablando.

—Me voy a mi cuarto, tío —ni lo miró al hablar—. No te molestes en esperarme para la cena porque me quedaré allí hasta que entres en razón.

—Bien —le gritó, al ver que se alejaba—. Así no te irás de aquí.

El grito de frustración que Greer lanzó, compitió con el de su tío. Levantó las manos en señal de rendición, mortalmente furiosa. Discutir con aquel hombre era como hacerlo con una pared. No atendía a razones. Y aunque sabía que encerrarse en su alcoba no era una solución, sino un acto infantil desesperado, no sabía qué otra cosa hacer en ese momento, aparte de golpear a su tío hasta dejarlo sin sentido. Había llegado al límite de su paciencia y eligió la retirada a tiempo.

Pensó en Tavish y en lo que le había dicho a su tío sobre la boda. El descubrimiento la había dejado anonadada. ¿Sería cierto o tan solo obedecía a su laird? La duda era lo suficientemente grande como para rechazar la propuesta de su tío. La orden, más bien. ¡Oh, cómo odiaba la arrogancia de los hombres!

—¿Estás bien, cielo? —le preguntó horas después Mary, cuando le llevó la cena a su cuarto.

—Tu esposo es un hombre muy terco —le dijo.

—Me temo que tanto como tú —le sonrió ella.

—¿Tú sabías lo que se proponía cuando fue a mi encuentro?

—¿Tan terrible sería aceptar?

—Sí. No —frunció el ceño, con frustración—. No lo sé.

—No te cierres una excelente idea solo por traten de imponértela, cielo.

—¿Lo dices en serio? —la miró con incredulidad— ¿Y desde cuándo casarse con alguien a quien apenas conoces es una excelente idea?

—Desde que sabes que no sería tan terrible hacerlo, quizá.

—Lo terrible sería ceder.

—A veces ceder no es tan malo. Yo tengo un esposo maravilloso y dos hijos a los que adoro después de ceder.

—Y terco —frunció el ceño de nuevo.

—Es parte de su encanto —rió.

—No tiene gracia, tía —protestó.

—Entiendo lo que estás sintiendo, Greer, porque pasé por ello al saber que mi padre había decidido casarme con un hombre al que ni siquiera conocía. Y me asusté tanto al ver a Malcolm por primera vez. Era un hombre demasiado grande, fuerte y gruñón. Pero con el paso del tiempo he descubierto su bondad y su fiera lealtad a su tierra y su gente. Lo he visto pasar noches

enteras en vela buscando la solución a los problemas del clan. Y también he visto cómo sufría por vosotras —la tomó de las manos y le sonrió con ternura—. Tu tío solo se preocupa por ti, Greer.

—Desde que tengo uso de razón han decidido por mí y gobernado mi vida. Primero mi padre, que buscaba moldearme a su imagen y semejanza —admitió con pena—. Y después mi madre, que solo lo hacía por el bien de Escocia. O esa era la excusa que me daba. Y sé que ahora estoy siguiendo una última orden suya, aunque la haya disfrazado de promesa. Aún así, no voy a fallarle.

—Lo comprendo.

—Pero lo haré a mi manera, tía —continuó—. Tomando mis propias decisiones por una vez en la vida.

—Está bien, pero no es a mí a quien tienes que convencer.

—Pues no pienso hablar con mi tío hasta que olvide esa locura de la boda —negó.

—Descansa, cielo —ignoró su advertencia—. Tal vez por la mañana lo veas con otros ojos.

Pero Greer no estaba tan segura de eso.

LA ALTERNATIVA

Malcolm acudió al cuarto de su sobrina a la mañana siguiente, convencido de que aceptaría por fin casarse con Tavish, pero se encontró con una Greer todavía más decidida a desafiarlo.

Y aunque a Mary le resultó divertido ver cómo su esposo salía de la alcoba hecho una furia y cómo Greer se encerraba por dentro, cuando aquel día se convirtió en dos, empezó a preocuparse. Y cuando su testarudo esposo prohibió que se le llevase comida al tercer día, Mary supo que había llegado el momento de ponerle fin a aquella locura.

Después de dejar a sus hijos al cuidado de su esposo, sobre todo para que no pudiese averiguar lo que se proponía hacer, salió al patio en busca de la única persona que podía terminar con tanta insensatez. Siempre y cuando aceptase hacerlo.

—Buenos días, Tavish —lo encontró en el campo de entrenamiento y lo saludó para que se acercase a ella. Lo que tenía que decirle no era de la incumbencia de nadie más.

—Buenos días, mi señora —inclinó la cabeza a modo de saludo.

Dejó el arco junto al contenedor de flechas que tenía a su lado y se acercó a ella. Aunque la mañana había despertado fría, Tavish se había remangado la camisa. Mary pudo ver parte de su pecho a través de la abertura de la misma, aunque procuró no mirar.

—¿Hoy no usáis la espada? —decidió dar un rodeo mientras ideaba la mejor forma de abordar el tema.

—No me gusta desatender ninguna de mis habilidades —negó—, así que procuro dedicarle tiempo a todas ellas por igual.

—Muy hábil por tu parte.

—Mi señora, ambos sabemos que no estáis aquí para hablar de armas conmigo —la miró fijamente— ¿Qué queréis de mí?

—Un hombre directo —sonrió—, me gusta.

—A mí también me gustan las mujeres directas —fue su sutil forma de decirle que esperaba una respuesta a su pregunta.

—Supongo que ya sabréis que mi sobrina se ha encerrado en su alcoba y

se niega a salir hasta que mi esposo entre en razón —le dijo, tanteándolo.

—Más bien, hasta que le dé la razón a ella —matizó—. Greer es una mujer bastante terca y está claro que la idea de casarse conmigo le disgusta. Lo que me extraña es que no haya intentado escapar por la noche para no tener que rendir cuentas ante su tío.

—En realidad —negó—, lo que le disgusta a Greer, es que Malcolm la obligue a hacerlo. No creo que tenga nada en contra de vos o de un matrimonio con vos.

—Yo no estaría tan seguro de ello.

—Os aseguro que tiene sentimientos intensos hacia vos, Tavish.

—Eso no es necesariamente bueno, mi señora —bromeó.

—¿Hablaríais con ella? —lo ignoró, porque necesitaba zanjar aquel asunto antes de que su esposo o su sobrina acabasen el uno con el otro.

—Seguramente seré la última persona que quiera ver Greer.

—En realidad, sois el único al que dejará pasar —le aseguró—. Por favor, esta locura tiene que terminar ya.

Tavish la observó en silencio, mientras pensaba qué hacer. Al oír que Greer se había encerrado en su alcoba, encolerizada por la propuesta de su tío, a modo de protesta, su orgullo había sufrido un duro golpe. Tampoco a él le había gustado la condición que le había impuesto su laird para llevarse a su sobrina de allí, pero no se le habría ocurrido negarse. No solo porque era su laird y debía obedecerle, sino porque la idea no le resultaba desagradable. Si se lo hubiesen propuesto cuando se conocieron semanas antes, se habría negado incluso aunque fuese su laird quien se lo exigía, pero ahora había descubierto que disfrutaba de su compañía, así que no le parecía tan terrible verse atado de por vida a ella. Por lo menos, la diversión estaba garantizada. Y no podía negar que en el aspecto físico del matrimonio también se complementarían perfectamente. Habían tenido buena muestra de ello. Malcolm podría haberle prohibido directamente a su sobrina ir con él, sin darles la alternativa. Se habría arriesgado a ayudarla a escapar si se lo hubiese pedido, así que no podía negar que saber que ella no estaba dispuesta a casarse con él para lograr su objetivo, era un tanto doloroso.

—Lo intentaré —aceptó finalmente. No creía que pudiese influir en la decisión de Greer, pero necesitaba oír de su boca por qué no quería ser su esposa.

—Gracias —Mary le sonrió—. Id antes por la cocina, por favor.

—Así lo haré —asintió. Al menos, si llevaba comida, podría tentarla a

abrirle la puerta, porque aún dudaba de que fuese a hacerlo.

Subió las escaleras, con cuidado de no tirar la bandeja de comida que la cocinera había preparado por orden de su señora, pero al llegar frente a la puerta de la alcoba de Greer, vaciló.

—Vamos, hombre —se dijo—. No seas un cobarde.

Golpeó un par de veces y se presentó, para que supiese que era él.

—Soy Tavish.

—Largo —le gritó.

La duda en su voz lo animó a intentarlo de nuevo. En realidad no tenía nada que perder, salvo su orgullo, que ya estaba bastante golpeado por ella desde que la había conocido.

—Traigo comida —la tentó.

—¿Estás solo?

—Sí, preciosa. La comida y yo.

Greer retiró la traba de la puerta para permitirle pasar. Tavish era la última persona que esperaba ver allí, pero descubrió que le agradecía que hubiese ido. Incluso si hubiese llegado con las manos vacías. Cuando se negó a aceptar la propuesta de su tío, no había pensado en lo que sentiría Tavish al enterarse de que no quería casarse con él y le mortificaba imaginar que le hubiese hecho daño sin pretenderlo. Su guerra no era contra él, aunque lo pareciese a simple vista.

—Si te ha enviado mi tío para...

—Te echaba de menos, preciosa —la interrumpió.

En cuanto Tavish entró en su alcoba, trancó la puerta de nuevo. Permaneció de espaldas a él, con los ojos cerrados, tratando de serenar el latir de su corazón y frenar el temblor de sus manos. Quería disculparse con él, pero temía que eso lo ofendiese más. Al final, optó por rescatar la bandeja con comida y sentarse en la única silla del cuarto, para dar buena cuenta de su contenido. No había comido nada desde la tarde del día anterior.

—Ya he desayunado —le dijo Tavish a su silenciosa pregunta.

—Me extraña que mi tío te haya permitido traerme de comer.

—Tu tío no sabe que estoy aquí.

—¿Por qué has venido, Tavish? —no era lo que quería decir, pero la pregunta se escapó de entre sus labios antes de que pudiese detenerla.

—Vamos mejorando —bromeó—. Ya no soy McGregor.

—No es por ti —le confesó finalmente.

—Me lo han dicho —asintió, pero el alivio que sintió al escucharlo de sus

labios, reparó un poco su orgullo herido.

Tavish no podía dejar de observarla mientras comía en silencio. Tenía grandes surcos oscuros bajo sus ojos que le decían que había estado durmiendo mal. O quizá ni lo había hecho. Su rubio cabello caía en una cascada de desordenados mechones por sus hombros y espalda, tentándolo. Con gusto se lo habría cepillado, solo por sentir su suavidad entre los dedos. Su ropa, aunque olía a fresco y se veía limpia, estaba un poco arrugada. Imaginó que había estado recostada en la cama hasta su llegada. Y aunque la situación no era de risa, o quizá un poco, no pudo evitar sonreír.

—¿Qué? —Greer, que se había puesto nerviosa por la mirada fija de Tavish sobre ella, lo miró ahora con curiosidad.

—Nada —negó.

—¿Sonríes por nada?

—Me gusta verte comer, preciosa —bromeó con ella.

—Claro —blanqueó los ojos—. Debí imaginar que dirías algo así.

—Ya me conoces —alzó los brazos, como si se estuviese mostrando ante ella—. Irritante, egocéntrico y todo eso que sueles llamarme cuando te enfadas conmigo.

Greer no pudo evitar sonreír, pero bajó la cabeza para romper el contacto visual con él. No podría decir que casarse con él fuese un castigo, porque cuando no se comportaba como un necio, era hasta divertido, pero no quería hacerlo por imposición. Ni con él ni con nadie más.

—No podía permitir que mi tío gobernase mi vida a su antojo —le confesó, aún sin mirarlo—. Estoy harta de que todos decidan qué es lo mejor para mí sin contar conmigo.

—No necesitas justificarte, preciosa.

—Siento que te lo debo —alzó la vista y buscó su mirada temiendo encontrarse decepción.

—No me debes nada —negó, sonriendo—. Admito que mi orgullo lo sufrió un poco, pero es tu decisión y la respetaré.

—Ya haces más que mi tío —suspiró.

—Él solo busca protegerte.

—No necesita protegerme de ti, Tavish.

—¿Estás segura? —alzó una ceja.

—Puede que seas un insufrible y que me hayas robado un par de besos —aunque no eludió el tema, como esperaba Tavish cuando lo insinuó, un intenso sonrojo cubrió sus mejillas al hablar—, pero sé que jamás me obligarías a

hacer algo que no quiero. No estoy en peligro a tu lado.

—Gracias por ese voto de confianza —su orgullo hinchó su pecho.

—Tú me respetas —añadió, apartando sus ojos de él.

—¿Y qué vas a hacer, preciosa? —le preguntó después. Parecía que aquella conversación la incomodaba, así que decidió cambiarla por otra más práctica. Después de todo, estaba allí precisamente para eso.

—No sé —suspiró una vez más, abatida—. Esto es muy vergonzoso. Nos estamos comportando como niños. Seguramente seamos el hazmerreír del clan y no puedo culparlos.

—En realidad, están haciendo apuestas sobre quién cederá antes.

—¿Qué?

—Solo bromeaba, preciosa —aunque eso no era del todo cierto.

—Tampoco podría culparlos por hacerlo. Fue tan estúpido lo que hice. Debería haber montado en Caraid y haberme ido en cuanto mi tío exigió nuestro matrimonio.

—Te habría seguido —respondió Tavish.

—Creo que habría sabido despistarlo —sonrió.

—Me refería a mí —le guiñó un ojo y se vio recompensado con un sonrojo de Greer—. Pero estoy seguro de que habrías despistado a tu tío, incluso sin mi ayuda.

—De todas formas, mi tío me habría seguido hasta Dunstaffange y me habría obligado a volver con él. Y eso habría sido todavía más vergonzoso.

—¿Por qué lo habría visto Bruce? —aventuró.

—Porque me habría impedido cumplir mi promesa —negó.

—Tengo una propuesta para ti —le dijo, esperando su reacción—. Si quieres oírla.

—Adelante.

Tavish golpeó la cama a su lado, invitándola a sentarse con él y aunque Greer dudó por un momento, finalmente accedió.

—Casémonos...

—Eso es lo que intento evitar, McGregor —lo interrumpió, molesta con su sugerencia.

—Ya estamos de vuelta a McGregor —rió—. Si me dejases terminar, tal vez hasta te pareciese una buena idea.

—Si empieza así, lo dudo —cruzó los brazos.

—Dices que tu problema es con tu tío, no conmigo —Greer asintió y él continuó—. Entonces casémonos para contentarlo, pero con la condición de

que partamos justo después de la ceremonia.

—¿Y eso en qué nos beneficiaría? —dejó caer ambas manos en su regazo ahora y lo miró con curiosidad.

—Si nos vamos después de la ceremonia, evitaremos consumir el matrimonio. Si quieres anularlo una vez lleguemos, solicitaremos la nulidad, juntos. De ese modo, no nos la negarán.

—¿Qué sacas tú con todo esto?

—También yo quiero regresar a Dunstaffnage.

—Podrías hacerlo sin mí.

—Te hice una promesa, preciosa —tomó un mechón de su cabello entre sus dedos y lo colocó detrás de su oreja—. Y yo soy de los que las cumplen siempre.

Greer se levantó y comenzó a caminar por el cuarto para que no fuese tan evidente que aquel gesto le había afectado. Tavish era el hombre que la volvía loca, pero no solo con sus provocaciones sino con su simple cercanía. Casarse con él era una tentación y aunque le estaba ofreciendo la posibilidad de anularlo después, temía no querer hacerlo. El matrimonio nunca había entrado en sus planes porque estaba segura de que le impedirían cumplir su promesa, pero parecía ser la única opción que le quedaba ahora. Y lo peor era que no le disgustaba del todo, si era con Tavish. Se encontraba en una encrucijada y no sabía qué camino tomar.

—Está bien —se paró frente a él—. Le daremos a mi tío la condición para aceptar esta boda y si está conforme, nos casaremos.

—Me parece bien —asintió.

—Nadie en Dunstaffnage debe enterarse de que estamos casados, Tavish —le advirtió—. Y pediremos la nulidad nada más llegar.

—Aceptaré cualquier condición —le sonrió—, mientras sigas usando mi nombre, preciosa.

—Eso no tiene ninguna gracia, Tavish —entrecerró los ojos—. Estoy hablando en serio.

—Yo también —se levantó y quedó a escasos centímetros de ella—. Y no vayas a olvidarlo cuando estés enfadada conmigo, preciosa. Me gusta cómo suena mi nombre en tus labios.

—No me des motivos para estarlo —retrocedió, azorada por lo que le había dicho.

—Vamos —le ofreció el brazo.

—¿Ahora?

—Cuanto antes informemos a tu tío, antes podremos marcharnos. —¿No quieres pasar más tiempo con tu familia? Todavía podemos quedarnos unos días más, si lo prefieres.

—Planear una boda lleva tiempo —se acercó a ella de nuevo para susurrarle—. Incluso una de postín.

Se acercó a la puerta para desbloquearla y cuando se giró hacia Greer para ofrecerle la mano una vez más, la vio guardar algo en el doble fondo de su falda, aunque no pudo distinguir qué era.

—¿Vamos? —le preguntó una vez más, extendiendo la mano hacia ella.

—¿Es necesario? —se quedó mirando hacia la mano, sin decidirse a tomarla.

—Hay que ser convincente —le guiñó un ojo y sonrió.

—Dudo que mi tío proteste cuando sepa que aceptamos, seamos o no convincentes —aún así, entrelazó sus manos y al hacerlo una corriente cosquilleó entres sus dedos.

A Malcolm no le gustó la idea de una boda tan apresurada, pero no puso objeción porque había conseguido su objetivo. No tenía idea de cómo la había convencido Tavish ni pensaba preguntar, pues le bastaba con saber que la hija de Morag tendría un buen esposo escocés, fuerte y valiente, que la protegería. Con la boda de Greer la culpa que sentía por no haber podido impedir que su hermana se desposase con un inglés, se volvía más ligera. No lo aliviaba, pero sentía que no le estaba fallando de nuevo.

—Entonces, ¿celebraremos la boda mañana? —preguntó Greer.

—¿Ahora estás ansiosa, muchacha? —rió su tío.

—Quiero regresar a Dunstaffnage cuanto antes.

—¿Qué es eso tan importante que hay allí que no puede esperar?

—Nada que deba preocuparte, tío.

—Aún así, es imposible que el párroco acepte casaros mañana. No sin dar primero las amonestaciones.

—Eso nos retrasaría semanas —se negó Greer.

—Podríamos pagar la multa —sugirió Tavish—. Me temo que Bruce no me ha concedido tanto tiempo de permiso.

Evitó incluir a Greer en su declaración porque sabía que ella no quería que su tío descubriese la razón por la que quería regresar a Dunstaffnage.

—Será una gran suma de dinero, Tavish —le remarcó Malcolm.

—Eso no será un problema, tío —Greer sonrió, antes de lanzarle la bolsa con monedas y joyas que se había guardado bajo la falda—. Por cortesía del

rey de Inglaterra. Lo que sobre, es para el clan.

Malcolm abrió la bolsa y rió. Si el inglés supiese que los regalos que debían seducir a Greer servirían para acelerar su boda con un escocés, seguramente se retorcería de rabia.

LA BODA

Después de pagar generosamente la multa, el párroco se mostró más que dispuesto a casarlos al día siguiente. Y había sido Greer quien lo había pedido así, no pudo evitar ponerse nerviosa ante el hecho de que pronto se convertiría en la esposa de Tavish.

—¿Quieres dejar de moverte? Me estás poniendo nerviosa.

Mary había ido a su alcoba para ayudarla a vestirse y peinarse, pero verla caminar de un lado a otro y oírla murmurar palabras ininteligibles era más de lo que podía soportar.

—Al menos no seré la única.

—Cualquiera pensaría que estás ansiosa por casarte ya —bromeó, mientras acunaba a Beg en sus brazos.

El pequeño no había querido separarse de su madre, por lo que Mary tuvo que enviar a una de sus sirvientas a buscar su vestido de boda. A pesar de las protestas de Greer, no estaba dispuesta a enviarla a la iglesia sin un vestido decente. Para no discutir ni retrasar la ceremonia, Greer finalmente cedió. Al igual que había hecho con el banquete.

—No podéis ser tan egoístas —les había dicho, al enterarse de que se irían nada más pronunciar sus votos—. El clan tiene derecho a celebrar un banquete en vuestro honor.

—Comida, tía, no cena —le había advertido Greer, claudicando—. Y partiremos en cuanto se termine.

Tavish se había mantenido al margen, disfrutando de la lucha de voluntades de ambas mujeres y cuando Greer se lo recriminó, se limitó a sonreír.

—Lo has hecho muy bien, preciosa —le había dicho después—. Una comida no nos retrasará tanto.

Pero Greer no estaba tan satisfecha con el resultado porque veía que, una vez más, su voluntad había quedado relegada al olvido. Se había propuesto gobernar su propia vida una vez en Escocia, sin permitir que nadie le dijese lo que debía hacer, pero había fracasado por completo. No había querido conocer al clan de su madre y lo había hecho. Ni siquiera el hecho de que se hubiese encontrado con una familia, compensaba haber perdido contra la voluntad de su rey. Tampoco había querido casarse y estaba a punto de

hacerlo. Que fuesen a anularlo no la hacía sentir mejor. Y aunque no había querido un banquete de celebración, lo iba a tener igualmente. Si no se andaba con cuidado, era muy posible que su noche de bodas fuese lo siguiente en pasar.

—Aquí tenéis, mi señora.

La sirvienta extendió el vestido sobre la cama tras una orden de Mary y todas lo admiraron en silencio, antes de que Greer se lo probase. Era muy sencillo pero tan hermoso, que agradeció a su tía el haber insistido en prestárselo. Ya que debía casarse, llevar aquel hermoso vestido le ayudaría a sentir más emoción por una ceremonia que no había pedido ni quería celebrar.

—Te queda mejor que a mí —le dijo su tía con lágrimas en los ojos.

—No digas tonterías, tía —se removió, tratando de recolocararlo allí donde lo sentía más tirante—. Pero es precioso. Gracias.

—Eres mi sobrina, es lo menos que puedo hacer por ti el día de tu boda —le sonrió, antes de lanzarle otra pulla—. Ya que no me has dejado organizar algo mucho mejor.

—Tía —se quejó.

—Pima, guapa. Beto —Beg sonreía desde el regazo de su madre y estiraba los brazos hacia Greer. Todavía tenía problemas para pronunciar algunas palabras, pero lo habían entendido.

—Me temo que estoy criando a un libertino —rió Mary—. Ayer lo descubrí persiguiendo a Edna para que le diese un beso. Si tiene dos años, por el amor de Dios.

—Al menos tiene buen gusto —rió Greer—. Edna es muy guapa.

—No quiero que crezca tan rápido. Quiero disfrutar de mi bebé.

—Y vos debéis hacer algo con vuestro cabello —sugirió la sirvienta a Greer— o llegaréis tarde a vuestra boda.

Después de probar varios peinados, Greer no se sentía conforme con ninguno porque sus pechos llamaban demasiado la atención en aquel escote tan apretado. Por eso, decidió que simplemente lo llevaría suelto, para que los disimulase un poco y adornó su cabeza con una diadema de flores que algunas mujeres del clan habían confeccionado para ella.

Nunca había esperado casarse porque convertirse en espía en la corte del rey de Inglaterra había sido su único fin. Tras la muerte de su madre, la promesa que le había hecho, había dirigido cada uno de sus pasos. Hasta ese día. Y aunque sabía que no era una boda real, después de verse con el vestido, se emocionó como si lo fuese.

—Estás hermosa, Greer —le dijo su tía—. Tavish no se va a creer la suerte que tiene de tomarte como esposa.

—Una suerte infinita —los nervios le habían hecho usar la ironía y su tía sonrió.

Suspiró inquieta al darse cuenta de que había llegado la hora de pronunciar sus votos ante Dios. Esperaba no arder en el infierno por su mentira. Su tío la esperaba en la entrada de la capilla para acompañarla hasta el altar y por la amplia sonrisa que le regaló al verla, supuso que le gustaba el resultado final de sus arreglos. Se sintió sonrojar.

—Tu madre estaría orgullosa de ti, muchacha.

—Gracias, tío.

Tavish no pudo apartar la mirada de ella en cuanto la vio entrar del brazo de su tío. Parecía una ninfa de los bosques, hermosa y etérea, con el cabello suelto y flotando al viento. El ligero rubor en sus mejillas le sentaba bien. Ni siquiera se atrevió a pestañear por miedo a que desapareciese de su vista. Cuando la tomó de la mano y notó cómo temblaba, se la llevó a los labios y se la besó, buscando tranquilizarla.

—Todo va a salir bien, preciosa —le susurró, sonriendo. Greer solo acertó a devolverle la sonrisa.

El aspecto de Tavish con el tartán de ceremonia le resultó tan impresionante, que había dejado de respirar nada más verlo. Su paso se volvió inestable a medida que se acercaban a él y solo se recuperó cuando su tío la entregó y Tavish le besó la mano. Solo él sabía despertar lo peor de ella y apaciguarla también.

La ceremonia se le antojó corta e, incluso cuando no hacía tanto había intentado huir de aquello, bonita. Apenas recordaba haber pronunciado sus votos, pero escuchó los de Tavish, que no había dejado de mirarla a los ojos mientras los decía.

—Podéis besar a la novia —dijo el párroco, sacándola del sopor en que se había sumido durante la ceremonia.

No había pensado en ese pequeño detalle y se sintió cohibida al momento, sin embargo Tavish parecía haber estado esperándolo todo el tiempo porque la tomó por la cintura y la acercó a él sin vacilar.

—Esposa —inclinó la cabeza hacia ella, antes de besarla.

No fue un beso intenso, como los que habían compartido en las otras ocasiones, sino suave y quizá, hasta un poco tierno, pero le supo a algo más que no supo identificar, porque terminó rápido, así como había empezado.

Los vítores se escucharon entonces, dentro y fuerza de la capilla. Para cuando salieron de la misma, los invitados los dirigieron al lago.

—Para ser una boda improvisada, ha pensado en cada detalle —le dijo Tavish, al comprender lo que pretendían.

—Eso parece.

Le preocupaba la idea de cumplir con la tradición de cruzar dos veces sobre agua corriente porque aquel no sería un matrimonio bendecido ni con eso, pues pensaban anularlo nada más llegar a Dunstaffnage. Y sin embargo, no pudo evitar imaginar que podía llegar a serlo si se diesen una oportunidad.

Una vez en el salón, la comida se le antojó entretenida, incluso si tenían que brindar a cada momento con los invitados. Aunque solo habían tomado un sorbo de whisky cada uno, por tradición también, porque querían partir nada más terminar el banquete y necesitarían sus cinco sentidos alerta. Aún así, disfrutaron de la comida como el resto.

—Parece que ser mi esposa no es tan terrible, después de todo —Tavish se inclinó hacia ella para hablarle.

—Solo llevamos casados unas pocas horas, Tavish. Pregúntamelo en un par de días —le sonrió ella, no obstante.

—Estás preciosa con ese vestido, Greer.

—Gracias. Pero no...

—Sí, lo sé —la interrumpió—. No debo acostumbrarme.

La risa de Greer era adictiva, lo supo en cuanto la escuchó por primera vez. Cuanto más la escuchaba, más deseaba hacerlo. No se cansaría jamás de ese sonido y se prometió provocarlo tantas veces como le fuese posible a partir de ese día.

—¿Qué tal un baile antes de escaparnos? —le sugirió Tavish, al ver que los gaiteros estaban entrando en el salón.

—Si no bailamos, es posible que no nos dejen ir —le sonrió.

—Cierto —se levantó y le ofreció la mano para llevarla junto a los músicos. Nuevos vítores se escucharon en el salón—. Démosles algo de qué hablar, preciosa.

La tomó entre sus brazos y comenzó a moverse por el salón, sin apartar los ojos de ella. Habían bailado más veces, pero aquella parecía tener algo especial. Tal vez, sin pretenderlo, habían ido asumiendo que aquella era su boda y que si no le ponían fin a su matrimonio más adelante, estarían casados de por vida. Tal vez, en aquel momento, ninguno quería pensar en el futuro, sino en el presente. Y disfrutar de él, antes de regresar a la realidad de su

pacto.

—Greer —susurró su nombre, pero no pudo decir nada más, pues Malcolm se la arrebató de entre los brazos para bailar con ella.

Y durante al menos una hora más, los invitados los mantuvieron separados, mientras bailaban con unos y otros. Aquello formaba también parte de la tradición.

—Deberíais quedaros un día más —Mary interceptó a Greer antes de que saliese del salón.

Habían pretendido prepararlo todo antes de despedirse, pero su tía los había pillado y ahora intentaba convencerla de que no se fuesen todavía. Tavish había escapado a tiempo y seguramente se habría llevado todas sus pertenencias al establo para cargar los caballos. Solo esperaba que volviese a por ella antes de que su tía la convenciese de algún modo para no irse.

—Si no nos vamos ahora —le dijo—, apenas podremos avanzar esta tarde, antes de que caiga la noche.

—¿Y quieres que tu noche de bodas sea en el bosque? No puedes decir que sí, Greer, porque es una locura.

—Ambos somos aventureros, tía —le sonrió—. Tener nuestra noche de bodas en el bosque no será tan terrible. Lo hará especial.

—No, de ninguna de las maneras puede ser especial sin una cama decente en la que pasar la noche.

—Es hora de irse, preciosa —como siempre, Tavish intervino en el momento oportuno.

A pesar de las protestas de Mary y de la insistencia de su esposo, partieron de inmediato y el griterío de la gente los acompañó hasta que se perdieron en la distancia. Fue en ese instante en el que Greer suspiró, aliviada de haber podido salir medianamente indemne de aquella experiencia. Había llegado siendo una joven sin nada más que ella misma y se iba dejando atrás a una familia. Y llevándose un marido. Miró hacia Tavish, que cabalgaba junto a ella y este le sonrió.

Lo había visto despedirse de su familia y ella misma había tenido que hacerlo, lamentando haberles mentado con lo de la boda. La habían acogido como a una hija y se sentía mal por devolvérselo con un engaño. Ahora parecía feliz. Probablemente contento por haber podido iniciar el viaje de regreso al fin.

—¿Qué te parece si tratamos de llegar a nuestra cueva antes de la noche? —le guiñó un ojo.

Quiso responder que no era su cueva, pero desistió porque en el fondo, le gustaba pensar que lo había sido, en cierta medida. Los días que habían pasado allí, los habían acercado un poco más y habían afianzado la amistad nacida entre ellos durante el viaje.

—Te hecho una carrera —rió, espoleando a Caraid incluso antes de terminar de hablar.

—Eso es trampa, preciosa —le gritó, cabalgando detrás de ella.

—Nadie dijo que tuviese que ser justa —rió más alto.

Tavish no tardó en alcanzarla, pero Caraid se adelantó de nuevo con rapidez. Pocos caballos eran capaces de competir contra él. Su padre sabía bien lo que hacía al elegir al semental para su hijo primogénito. Lástima que hubiese resultado ser una mujer.

Cuando llegaron a la cueva empezaba a anochecer. La comida se había alargado más de lo que habían esperado, con los brindis y el baile posteriores. Encendieron un fuego y cenaron en silencio, pues entre ellos pendía la sombra de la noche de bodas que no habrían de tener nunca.

—¿Crees que Bruce sabía lo que sucedería al conocer a mi familia y esperaba que decidiese quedarme? —Greer no pudo callar por más tiempo. Le preocupaba haber aceptado la boda con Tavish para poder regresar a Dunstaffnage y al final romper su promesa porque el rey decidiese dejarla atrás.

—Es difícil adivinar lo que se le pasa por la mente a Bruce —Tavish removió las brasas en la hoguera y añadió un par de leños más—. Pero aunque esa hubiese sido su intención, si vas a regresar, no podrá ignorar que te debe una respuesta.

—Podría ser un no.

—Y no lo permitiremos —Greer lo miró y Tavish le sonrió—. No me digas que debo recordarte que yo también te hice una promesa.

—Contigo no se puede estar del todo segura nunca —le sonrió. No había censura en su voz, sino diversión—. Si no recuerdo mal, me dijiste también que lo hacías para ganarte mi corazón.

—Pues parece que voy por el buen camino —le guiñó un ojo—. Ya he conseguido que seas mi esposa.

—Temporalmente —le recordó.

—Tenías que estropearlo —rió. Se levantó y sacudió su ropa, antes de extender ambos plaid en el suelo, uno junto al otro, frente a la hoguera.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Greer con desconfianza.

—Es mejor acostarse ya, si mañana queremos salir temprano —se recostó sobre su propio plaid y palmeó el de Greer para que lo imitase—. Ven a nuestro nido de amor, preciosa.

—Solo vamos a dormir, Tavish —lo retó, sin moverse todavía.

—Y eso pensaba hacer yo —la miró, fingiendo no entender lo que estaba insinuando— ¿Acaso tú tenías otros planes?

—Si vamos a dormir, no será necesario que nuestros plaids estén tan cerca el uno del otro —se acercó para cambiar el suyo, pero Tavish la tomó de la mano y la arrastró hasta el suelo, junto a él.

—Que no vayamos a tener noche de bodas no quiere decir que no podamos compartir lecho, esposa —había diversión en su voz.

—Es lo que te gustaría, esposo —lo acusó, separando las sílabas de la última palabra para remarcarla.

—Pues la verdad es que me encantaría poder experimentar todos los aspectos del matrimonio antes de disolverlo —sonrió al ver su cara de espanto—. Al menos la mayoría.

—Esto no...

—Vamos, preciosa —la interrumpió—. Concédeme el gusto. No voy a tocarte, te lo prometo.

Greer se acomodó junto a él finalmente porque sabía que Tavish siempre cumplía sus promesas, pero no pudo evitar tensarse al sentir sus brazos alrededor de ella.

—Creo que podría acostumbrarme a esto —le susurró al oído.

—Pues no lo hagas.

—Lo sé, preciosa —la acercó más a él y dejó un tierno beso en su coronilla que provocó un mar de sensaciones en ella—. Duérmete ya.

Greer se fue relajando poco a poco al comprobar que Tavish no tenía intención de aprovecharse de la situación. Y aunque quería mantener un mínimo de distancia con él a pesar de que la había rodeado con sus brazos, inconscientemente, se fue acurrucando en busca de calor. Para cuando logró dormirse, no había espacio entre sus cuerpos.

Tavish sonrió satisfecho al sentir su abandono en sus brazos. Le gustaba tenerla allí y procuraría que eso no cambiase, porque en el mismo momento en que había besado a Greer para sellar sus votos, había tomado una decisión. Seduciría a su esposa y para cuando ella lo descubriese, estaría totalmente enamorada de él.

LA EMBOSCADA

El viaje de regreso resultó mucho más corto que el de ida, pues Greer sabía ahora que no necesitaban dar un rodeo para llegar a destino. Y por más que Tavish intentó convencerla de retrasar el final de su aventura solos, ella se negó en rotundo. En realidad no le habría importado hacerlo porque disfrutaba mucho de su compañía, pero en esa misma razón radicaba el problema. Corría el riesgo de desear más de él, de ambos. No podía permitirse esa distracción ni se sentía con derecho a conservarlo a su lado. Algo que no debía hacer.

Y a pesar de su insistencia en avanzar rápido, al descubrir que no tardarían en llegar, sintió una desazón en el pecho que no supo explicar. Podría decir que era miedo a que Bruce no la aceptase, pero sabía que no se trataba de eso.

—Vayamos al lago primero, preciosa —intentó Tavish una última y desesperada vez—. No tardaremos demasiado.

Le había sugerido un sinfín de paradas por el camino, pero había sido firme en su decisión de llegar cuanto antes, así que no creía que fuese aceptar. Aún así, no podía dejar de intentarlo. El plan de seducirla no funcionaría, si ella se resistía a cada uno de sus intentos. Y aunque no habían vuelto a hablar del tema, sabía que Greer tenía muy presente la nulidad de su matrimonio en cuanto llegasen a Dunstaffnage.

—Está bien —le concedió.

—¿En serio? —Tavish esperaba que se riese de él ahora, dándole otra negativa.

—Claro. Estamos cerca ya y además, podremos quitarnos el polvo del camino. Me parece una buena idea.

Tavish sonrió como aquel niño al que le han concedido su mayor deseo. Greer lo imitó, incapaz de no contagiarse del entusiasmo que desprendía.

—Solo unos minutos —le advirtió, aún así.

Tavish la ignoró y arreó a su caballo en dirección al lago. Cuando llegasen, se inventaría algo para alargar aquel momento a solas, probablemente el último que tendrían en un tiempo.

El lago estaba solitario. El sol les regalaba los últimos rayos en su descenso al ocaso, pues no tardaría en dejar paso a la luna. Era un momento mágico, decían algunas leyendas. Tavish creyó que serviría para lo que tenía

planeado y comenzó a desnudarse, sin ningún tipo de pudor.

—¿Qué estás haciendo? —Greer casi gritó y aunque se giró rápido, totalmente mortificada por lo que hacía, había visto demasiado.

Tavish tenía un cuerpo envidiable, bien torneado y fibroso. Nada le sobraba. Si con ropa se veía espectacular, sin ella, había hecho que su corazón latiese con fuerza en su pecho.

—Exactamente lo que has propuesto, preciosa —oyó su respuesta tras ella, impregnada de diversión—. Pretendo quitarme el polvo del camino.

—No me refería a eso —no se atrevió a mirarlo, por si no se había metido en el agua todavía.

—Vamos, preciosa —la animó, después de que Greer escuchase un chapoteo—. Está muy buena.

—No creerás que voy a meterme en el agua contigo —se negaba a girarse aún—. Estás desnudo.

—Y eso lo sabes por... —no terminó su frase, pero Greer entendió perfectamente.

—Déjame en paz, Tavish —protestó.

—Bueno —continuó, desafiándola—, supongo que tienes miedo. No puedo decir que no lo entienda.

—No tengo miedo —hizo el amago de girarse, pero se detuvo.

—Claro —rió bajo—. Te creo.

—No tengo miedo —repitió, mirándolo esta vez.

Tavish le sonreía con picardía y lanzó agua hacia ella retándola. Greer pudo admirar su pecho descubierto y los fuertes músculos de sus brazos, que se contrajeron con sus movimientos y el latir en su pecho comenzó de nuevo a acelerarse.

—No pasa nada si tienes miedo, preciosa. No se lo diré a nadie.

—Date la vuelta —aquella última provocación surtió efecto en ella, que esperó a que Tavish estuviese de espaldas para comenzar a desvestirse con rapidez, por si se le ocurría girarse. Lo creía muy capaz de ello.

Tavish sintió la tentación burbujeando en él, pero la ignoró, pues la idea de tener a Greer en el agua junto a él era más deseable que ver su perfil desnudo. Al menos en aquel momento, porque se moría por tenerla bajo él, sin que la ropa los molestase.

—Todo a su debido tiempo —se dijo, mientras esperaba a que se le uniese.

Sintió el agua removerse cuando Greer entró y se giró hacia ella a tiempo

de verla sumergirse. Permaneció atento para verla salir y poder acercarse a ella, pero no pudo hacerlo. Miró alrededor, inquieto, cuando los segundos se convirtieron en minutos. Nadie podía aguantar tanto bajo el agua. Pero Greer emergió del agua detrás de él, cuando ya comenzaba a preocuparse. Lo sujetó con fuerza y tiró hasta hundirlo. Había logrado sorprenderlo, pero no por ello se libró de verse arrastrada al fondo junto a él. Después de un pequeño forcejeo bajo el agua, salieron en busca de aire. Tavish todavía la sujetaba, mientras reían.

—No conocía esta faceta tuya tan juguetona, preciosa —la acercó.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—No negaré que me gustaría conocerlas todas —llevó una mano a su nuca y la atrajo hacia él para besarla. Había deseado hacerlo desde que se despertó con ella en brazos aquella mañana.

Esta vez, decidió darle un beso tierno y controlado, destinado a disfrutar del contacto de sus labios. Y a demostrarle a Greer que no todo era pasión desmedida entre ellos. La pasión ardía y solo dejaba cenizas que el viento podía llevarse. Tavish pretendía que supiese que podían tener algo más profundo y duradero. Y Greer respondió, rodeando su cuello con los brazos y pegándose más a él. Sus cuerpos quedaron separados solo por su camisa mojada y se estremeció. Tavish profundizó el beso, sin dejar que su deseo por ella le arrebatase el control. La oyó suspirar contra sus labios y deseó que aquel momento no se terminase nunca.

—Podría acostumbrarme a esto —susurró contra su cuello, cuando terminó el beso. Le habría gustado ir más allá, pero se contuvo.

—No lo hagas —a pesar de sus palabras, no se liberó de su abrazo.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

Permanecieron en silencio sin moverse, disfrutando una vez más de un tiempo robado a su realidad. Uno en el que Greer se podía olvidar de la promesa hecha a su madre, de las batallas por venir en las que la muerte los rondaría, de un futuro incierto en el que temía perderse a sí misma o a aquellos a los que había decidido amar. Familia y amigos que no había tenido antes de que aquella aventura empezase. No había tenido miedo de enfrentar su sino cuando salió de Inglaterra, pero ahora le aterraba. Porque ahora tenía mucho que perder.

—Debemos ponernos en marcha —dijo al fin, separándose de él y saliendo del agua, aunque sentía cómo la vergüenza la cubría de rojo porque la camisa apenas ocultaba su cuerpo a Tavish.

Su esposo, le dijo una voz en su interior. Una voz que parecía ser cada vez más fuerte y la importunaba con sueños que sabía que eran imposibles. No lo son, le decía también.

—Vamos pues, esposa mía —bromeó Tavish cuando la siguió fuera del agua.

Seguía de buen humor porque el hecho de que Greer se hubiese sentido tan cómoda en su abrazo o que se hubiese mostrado con apenas una camisa que no disimulaba su cuerpo frente a él, bien podía significar que su plan estaba dando resultado. Y si no tenía nada que ver, él se encargaría de que aquello cambiase pronto.

Las pocas millas que los separaban del castillo se les antojaron escasas, a pesar de que avanzaron al paso, como si no llevaran prisa. Salieron de allí enfrentados y retornaban siendo esposos. No por mucho tiempo, si Tavish no lograba evitarlo, pero lo eran en aquel momento.

—Quiero que sepas —le dijo Greer a Tavish cuando ya divisaban el castillo— que este viaje me ha cambiado en muchos sentidos. Mi opinión sobre ti también, aunque algunas veces todavía quiera matarte.

—Ese es el mejor halago que nunca nadie me ha hecho, preciosa —rió él.

—No te acostumbres a ellos —se permitió sonreír con él.

—Lo sé —suspiró—. Al parecer, lo mejor debe quedar atrás. Pero te diré algo, preciosa, pienso seguir encontrando cosas buenas que compartir contigo.

A Greer le sonó a promesa, pero no pudo decir nada al respecto, porque Bruce apareció frente a ellos, mostrando un entusiasmo poco disimulado. Y no la clase que augura buenas noticias, sino aquel que presagia tiempos oscuros.

—Douglas y mi hermano están teniendo problemas en Galloway —les informó en cuanto estuvieron a solas—. He enviado a parte de mis hombres en su ayuda ya, pero no parece que vaya a mejorar pronto la situación. Necesito que os unáis a ellos, Tavish.

—Yo también puedo ir —se ofreció Greer al momento.

—Todavía no he decidido nada con respecto a vos, Greer. Aunque no diré que una espada más no me vendría bien ahora mismo.

—Y haríais bien en aceptar su ofrecimiento —intervino Tavish—. He comprobado de primera mano que sus habilidades serían muy útiles para la causa. Yo no tendría problema en luchar a su lado y estoy seguro de que el resto tampoco, en cuanto vean lo buena que es.

Bruce los miró repetidamente, como si los estuviese estudiando e intentando ver algo que no era evidente a los ojos. Cuando los envió juntos a

aquel viaje, había esperado que hallasen el modo de limar asperezas y olvidarse de sus continuas disputas, pero no creyó que funcionase hasta tal punto.

—¿Qué ha pasado entre vosotros dos? —preguntó—. Al marcharos, creí que acabaríais matándoos el uno al otro en el viaje.

—Digamos que huir de los ingleses une bastante —bromeó Tavish.

En ese instante Neil entró en el despacho, interrumpiéndolos. Se veía tan alterado, que supieron que traía malas noticias incluso antes de que hablase. Bruce lo invitó a sentarse y un ansioso Neil rehusó.

—Douglas y vuestro hermano han caído en una emboscada hace dos días —les informó—. Apenas lograron escapar indemnes.

—¿Muchas bajas?

—Varios heridos, pero ninguna baja —negó Neil.

—¿Cuál es el problema entonces? —preguntó Tavish.

—Han capturado a Alan.

—¿Alan Boyd? —preguntó Greer. Le parecía imposible que alguien pudiese capturar al gigante y mucho menos retenerlo en contra de su voluntad.

—El mismo —asintió Neil—. Y lo tienen en el fortín de Threave, así que será difícil rescatarlo. Entrar ahí es prácticamente imposible.

—Tiene que haber alguna forma —negó Tavish—. No vamos a dejar que Alan se pudra en una maldita celda.

—Llevamos meses intentando recuperar el castillo —dijo Neil—. Es una fortaleza con una única puerta de entrada. Y está protegida por arqueros. Eso sin contar con que está en una maldita isla. No se puede entrar por la fuerza.

—Yo podría hacerlo —dijo Greer—. Y sin usar la fuerza.

Los tres la miraron, como si hubiese dicho que podía volar y les sonrió. No podía culparlos por su escepticismo, pues incluso ella había creído que era imposible, hasta que supo cómo hacerlo.

—Eduardo deseaba impresionarme para llevarme a su cama y yo le hice ver que todo lo relacionado con sus conquistas en Escocia me volvía más accesible, así que cada día me explicaba un poco más sobre cómo habían logrado apoderarse de los castillos y las tierras escocesas —se encogió de hombros—. Sé cómo entrar sin ser vista. Solo hay que...

—Nos lo explicaréis todo —la interrumpió Bruce— en cuanto reúna a lo que queda de mi guardia.

—¿Significa eso que contáis conmigo, Bruce? —no desaprovecharía aquella oportunidad para entrar en el equipo.

—Admito vuestra tenacidad, Greer —le dijo, pensando en ello—. No muchos de mis hombres la tienen. Os pondré a prueba ahora y si todo sale bien, habrá un soldado más entre mis filas.

No era lo que había esperado oír, pero lo aceptaría porque iba a demostrarle que no solo era útil proporcionando información. Se encargaría de estar en el centro de la acción, para que las dudas no tuviesen lugar en la decisión de su rey.

Entonces, Bruce mandó llamar a su guardia personal, los que no habían marchado ya con Alan hasta Galloway. No eran muchos y no podrían ir todos a rescatar a su compañero de armas, pues el rey no debía quedar desprotegido, pero escucharían aquello que Greer tuviese que decir igualmente.

—Vos diréis, Greer —la animó a hablar Bruce una vez reunidos.

—A Threave solo se puede acceder a través del puente que da a la primera planta —comenzó—, tal y como ha dicho Neil.

—Y tendrán a Alan en el calabozo —continuó el aludido—. Eso está en el sótano y el único modo de acceder a él es a través de una puerta en la primera planta. Y por ese maldito puente.

—Hay otro modo —todos miraron hacia Greer de nuevo—. Eduardo me habló de una pequeña abertura en la roca bajo el castillo que permite el acceso al calabozo. Está bajo el agua, pero un buen nadador podría llegar a ella sin problemas y colarse dentro.

—Yo podría hacerlo —se ofreció Tavish—. Solo has de señalarme el lugar exacto y...

—Eduardo me dijo que lo había mandado sellar —Greer negó con la cabeza—, dejando tan solo una pequeña abertura para que el agua continuase filtrándose por él. No cabrías.

—Entonces no es una opción, preciosa.

—Sí que lo es porque... —frunció el ceño al recordar cómo le había explicado el tamaño de la nueva abertura. Se había aprovechado de ello para tocarla donde le placiese—. Sé que yo cabría.

—Pero no...

—Soy una excelente nadadora —lo interrumpió—. Además, puedo permanecer bajo el agua durante más tiempo que cualquiera de vosotros.

—Aunque fuese cierto —negó él—, ¿cómo lo sacarías de allí? Si yo no quepo, menos lo hará Alan. Es el doble de grande que yo.

—Ahí es donde entraréis el resto. Necesitaré una distracción para poder sacarlo por el puente.

—Imposible. Si Alan está herido no podrías cargar con él.

—Cargué contigo —le espetó.

—Caraid lo hizo, preciosa.

—Pues buscaré un caballo que me ayude.

—¿Y lo bajarás al calabozo sin que te vean?

—Se supone que vosotros estaréis entreteniéndolos, ¿o no?

—No podrás meter un caballo ahí abajo y no podrás subir a Alan...

—Estamos hablando de un posible herido, Tavish —lo interrumpió una vez más—, no de un muerto. Me ayudará a moverlo.

Los demás presenciaban la discusión en silencio. Y con diversión. Parecía como si el resto hubiese desaparecido del cuarto y solo estuviesen ellos dos.

—Me recordáis a un matrimonio en plena discusión hogareña —rió Neil, sin saber lo cerca que estaba de la verdad.

—Es que estamos casados —dijo Tavish, sin dejar de mirar a Greer.

Estaba tan furioso con ella por querer exponerse al peligro, solo para demostrarle a Bruce su valía, que no pensó en lo que decía hasta que fue demasiado tarde.

—Tavish —Greer lo fulminó con la mirada, igual de furiosa— ¿Qué pasa contigo? Acordamos no decir nada.

—Dios mío. Es cierto, entonces —Bruce parecía tan sorprendido como encantado— Ya sabía yo que había pasado algo más en ese viaje. Mi enhorabuena a los dos.

—No lo celebréis tanto, Bruce —le dijo Greer mirando todavía a Tavish — porque no será por mucho tiempo. Pienso disolverlo en cuanto terminemos esta reunión. Hicimos un trato, Tavish.

—Me temo que he cambiado de opinión en cuanto a eso, preciosa —se acercó a ella—. Pretendía hacerlo por las buenas, pero no me estás dejando opción, así que me encargaré ahora mismo de que la nulidad no sea posible.

—Ni se te ocurra —Greer se alejó de él.

—Vaya que sí —miró a los sorprendidos espectadores de su nueva disputa—. Si nos disculpáis, mi preciosa esposa y yo tenemos una noche de bodas que celebrar.

Tavish la cargó en su hombro y salió del cuarto sin inmutarse por sus sonoras protestas ni por las carcajadas de sus compañeros. La sutileza para conquistar el corazón de su esposa se había ido en el mismo instante en que ella había decidido colarse en un castillo lleno de ingleses donde él no podía seguirla.

Subió los escalones sin esfuerzo, a pesar de los golpes que Greer le propinaba y no se detuvo hasta llegar a la alcoba donde había sido alojada ella a su llegada.

—Suéltame, maldita sea.

Tavish la bajó, pero la retuvo entre sus brazos. Greer apenas se podía mover, aunque eso no le impidió seguir protestando.

—Ni siquiera eres capaz de soltarte de mi abrazo, Greer —le dijo Tavish después— ¿Cómo pretendes entrar en un castillo lleno de ingleses y rescatar a un hombre que te triplica el tamaño?

Greer dirigió su rodilla a la entepierna de Tavish y este apenas tuvo tiempo de apartarse. La rodilla lo golpeó en el estómago. El efecto fue el mismo, Greer estaba libre.

—Puedo sacarlo de allí, Tavish.

—No voy a dejar que entres sola.

—No puedes impedirlo.

—Soy tu esposo y puedo obligarte —se acercó nuevamente a ella.

—¿Dónde quedó tu promesa de apoyarme, Tavish? —lo acusó— ¿O acaso lo que le has dicho a Bruce era una mentira? No puedes asegurar que soy una gran aportación para la causa y después no dejarme demostrarlo. Estoy segura de que no te habrías negado a que cualquier otro entrase ahí e hiciese el trabajo. Pero...

—Por supuesto que no me habría negado —la interrumpió alzando la voz—. Cualquiera otro no es la mujer que amo.

Su propia sorpresa al escucharse rivalizó con la de Greer. Aquella confesión, dicha sin pensar, era lo más certero que había dicho en mucho tiempo. Greer no solo era la mujer que lo volvía loco en todos los sentidos, sino también la que se había apoderado de su corazón. Ni siquiera sabía cómo o cuándo había sucedido.

—Basta de mentiras, Tavish —a pesar de todo, su voz no sonó tan firme como le habría gustado.

—Estoy tan sorprendido como tú —se acercó a ella y aunque Greer retrocedió, continuó avanzando hasta acorralarla—. Preciosa, no miento. No lo entiendo, pero no miento.

—Esa es una pésima declaración de amor —no sabía si reír o llorar. O preocuparse porque Tavish la amase.

—No soy de los que usan palabra bonitas —alzó su mano y rozó su mejilla—. Me gustan más las demostraciones.

Su mano se deslizó hasta la nuca de Greer y la atrajo para sellar sus labios en un beso pausado, que los dejó a ambos temblando.

—No puedo hacerlo —Greer trató de alejarse, pero Tavish no se lo permitió.

—¿Por qué? ¿Tan horrible sería estar casada conmigo, Greer?

—Sería demasiado bueno, Tavish —negó.

—¿Cuál es el problema entonces?

—Estamos en guerra —lo miró a los ojos—. Cualquier cosa se puede torcer en una batalla y...

—Estás usando mi excusa, preciosa —le sonrió, comprensivo.

—Pues es igual de válida contigo.

—Dime algo —suspiró, después de pensar en ello—, ¿si me muriese ahora mismo sufrirías por mí?

—Eso no...

—Responde —le impidió protestar.

—Por supuesto que lo haría.

—¿Qué diferencia habría entonces entre sufrir por un compañero o por tu esposo? —le puso un dedo sobre los labios para que no dijese nada—. No ha sonado como pretendía, pero sé que me has entendido.

—Mi madre —respondió, en cuanto liberó sus labios— sufrió golpes y maltratos por parte de mi padre para mantenerme a salvo de él. Me sentí impotente durante años, viendo cómo se ensañaba con ella. Yo quería impedirselo, pero mi madre me rogaba cada noche que aguantase un día más. Me decía que se solucionaría si aguantábamos un día más. Al final fueron diez años.

—Lo siento, Greer —la abrazó, tratando de consolarla.

—Un día —continuó hablando—, no pude soportarlo más y le rajé el cuello a mi padre con una de las dagas que él mismo me había regalado. Creí que nuestro sufrimiento se había terminado, pero después llegó la semana en que mi madre enfermó. La fiebre no bajaba con nada que probase y finalmente, le consumió la vida sin que yo pudiese hacer nada para impedirlo.

—Eso es lo que te afectó tanto aquel día en la cueva, ¿verdad? No fue solo mi herida y mi fiebre —la sintió asentir en sus brazos.

—Solo he amado a una persona en mi vida, tanto como para dar la mía a cambio de la suya, y sufrí mucho al perderla —le dijo.

—Pero no tiene por qué...

—No quiero pasar por eso de nuevo —añadió, mirándolo a los ojos en

aquella ocasión—. No podría soportarlo.

Es no había sido una declaración tan contundente como la suya, pero Tavish supo que acababa de confesarle que también ella lo amaba. Y si antes no había tenido dudas en cuanto a seguir con aquel matrimonio, ahora estaba dispuesto a todo por convencer a su terca esposa de que estarían bien juntos. Pero para ello, no podía imponer su voluntad, como había intentado en la reunión.

—Estamos en guerra, cierto —le dijo—. Habrá batallas por librar en las que enfrentaremos a la muerte cara a cara. Tampoco negaré eso. Y no puedo prometerte que saldremos ilesos de ellas, pero puedo prometerte que lo intentaremos. Juntos, Greer.

—No...

—He sido un necio, pretendiendo mantenerte a salvo —continuó, negándole la palabra—, después de haberle asegurado a Bruce que lucharía a tu lado sin dudarlo. Pero no lo seré más, Greer. Si encontramos la forma de abrir para vosotros una vía de escape segura, no me negaré a que entres sola en Threave para rescatar a Alan. Ni me negaré a luchar a tu lado mientras la guerra con Inglaterra continúe. A cambio, solo te pido que seas mi esposa —se arrodilló frente a ella, con sus manos enlazadas y sin dejar de mirarla a los ojos—. No para cumplir una exigencia, sino porque te amo. ¿Te casarías conmigo, Greer McGregor?

—Ya estamos casados, Tavish —había lágrimas contenidas en sus ojos, que se negaba a liberar por orgullo.

—En realidad —se levantó—, todavía no lo estamos.

—Lo estamos —repitió ella.

Tavish entendió perfectamente la invitación de Greer y la besó. Con la pasión de un hombre que sabe que ha encontrado a la mujer de su vida. La única mujer perfecta para él.

La alzó sin esfuerzo y caminó hasta la cama con ella en brazos, para depositarla allí con cuidado. La guerra y los rescates fueron olvidados por un momento, para centrarse en ella y en disfrutar de la noche de bodas que habían pospuesto. Tavish había estado deseando aquel momento desde el mismo instante en que había descubierto a la mujer bajo la máscara, solo que no había sido consciente de ello hasta que la tuvo entre sus brazos.

Se quitó la ropa rápidamente y se recostó a su lado después. A ella la desnudaría lentamente, descubriendo cada secreto de su cuerpo con sus manos y su boca. Quería saborearla mientras iba retirando cada prenda, con sus

gemidos como música de fondo.

Greer lo atrajo hacia su boca para besarlo, cuando Tavish había retirado ya toda su ropa, ansiando sentir aquellos cálidos labios sobre los suyos. Tavish se colocó encima y profundizó en el beso. Su lengua la penetró con ansia mientras sus manos aprisionaban aquellos pechos tan suaves y tentadores. Era incluso mejor de lo que había imaginado. Luego, una de sus manos descendió hasta el centro mismo de su feminidad. Estaba preparada para él y el beso se intensificó, cargado de deseo.

—Intentaré no lastimarte, amor —le susurró entre besos al tiempo que la penetraba con cuidado, hasta llegar a su virginidad.

—No me romperé —lo rodeó con las piernas, ansiosa por sentirlo dentro y lo empujó hacia ella. Un pequeño grito se escapó de su garganta al sentir cómo algo sí se rompía en su interior.

—Maldita sea, Greer. Quería hacerlo despacio.

—El dolor físico no me asusta —le sonrió—. Apenas lo he sentido.

Lo besó de nuevo y Tavish no necesitó más aliciente para seguir adelante. Comenzó a moverse en su interior, mientras Greer se apretaba contra él, en busca de alivio para la tensión que se iba acumulando en su interior. Cuando una oleada de cálido placer recorrió su cuerpo, haciéndola estremecerse, su vista se nubló y alcanzó el clímax entre gritos de placer. Tavish la siguió con una última embestida y agotado, cayó sobre ella después. En cuanto pudo recuperar la fuerza suficiente, se recostó a su lado para no aplastarla con su peso y la atrajo hacia su pecho.

—Ahora eres mía, Greer —le dijo— para siempre. Y nada ni nadie, podrá cambiar eso. Te lo prometo.

ULTIMANDO LOS DETALLES

Dos días con sus noches tardaron en llegar a Galloway. El tiempo era su mayor enemigo para rescatar a Alan con vida y por eso no se habían detenido más que lo imprescindible.

Tavish trataba de no pensar en lo que se avecinaba porque había prometido a Greer que lucharía a su lado siempre e iba a romper esa promesa ya en la primera misión que llevarían a cabo juntos. No por decisión propia, sino porque ella debía adentrarse en un castillo infestado de ingleses y no podría seguirla. Esperar fuera para saber si triunfaba o fracasaba sería lo más duro

que tendría que hacer en toda su vida.

Despuntando el alba del tercer día, divisaron Galloway a lo lejos y poco después se encontraron con Edward Bruce, el hermano del rey, y James Douglas, en la seguridad del bosque de Selkirk, donde tenían su base de operaciones. Conocían el lugar y podían eludir fácilmente a los ingleses allí.

—Edward —Tavish sujetó al hermano del rey por ambos brazos a modo de saludo y este lo imitó. El hombre estaba muy pálido y demacrado, recuperándose todavía de una herida de flecha que había menguado sus fuerzas.

—Tavish —respondió él con voz profunda—. Me alegro de que por fin hayáis llegado. Andamos faltos de buenos guerreros por aquí después del duro golpe que nos asestaron los ingleses.

El hermano del rey miraba con disimulo a Greer, sin atreverse a preguntar por qué había ido con ellos una mujer. También James la miraba pero, a diferencia de Edward, lo hacía sin ningún tipo de reserva. Sentía curiosidad y así lo demostraba.

Greer los estudió a su vez. Edward se parecía a su hermano, más de lo que había oído. Era el único que había sobrevivido después de los capturasen a todos y los ejecutasen años atrás. Él y Robert habían perdido a toda su familia por el trono de Escocia.

James Douglas, en cambio, era más alto y más fuerte. Su cabello negro le había valido el apodo de *El Negro*. O eso decían lo que no conocían la verdadera historia. Ella sí lo hacía.

Los ingleses habían empezado a llamarle de así tras la masacre ocurrida un año antes en el castillo Douglas. Aquel hombre había decapitado a todos los ingleses capturados, antes de prenderle fuego a sus cuerpos, como venganza por la muerte de Thomas Dickson, su amigo y antiguo vasallo de su padre. Después, había envenenado el agua de los pozos con sal y con los cadáveres de los caballos. Después, continuó con aquella práctica en cada uno de los castillos que iban recuperando. Los ingleses en la corte no habían hablado de otra cosa durante meses y habían descrito la barbarie con todo lujo de detalles, sin importar quién pudiese oírlos. Sabía de buena fe, que muchas de las mujeres de la corte habían tenido pesadillas por aquella historia. Greer admiraba el valor que había tenido al defender su tierra, aunque condenaba la brutalidad de sus actos. Todo tenía un límite y aquel hombre había sobrepasado el suyo.

—Os presento a Greer —dijo entonces Tavish—. Mi esposa.

La atrajo hacia él para que sintiese su apoyo cuando los hombres la saludaron con una simple inclinación de cabeza. Greer sonrió, disimulando el enfado que le producía ver en sus ojos que creían que su presencia se debía solo al hecho de que Tavish no quería alejarse de su esposa recién adquirida.

—Está aquí por petición expresa del rey —continuó Tavish—, pues es, probablemente, la única persona capaz de sacar a Alan con vida de Threave, evitando un ataque frontal y suicida.

La sorpresa y la incredulidad se mezclaron en los rostros de los dos hombres y Greer levantó la barbilla, orgullosa, aunque había empezado a tener dudas sobre aquel plan a lo largo del camino. Mientras viajaban rumbo a Galloway, había meditado sobre ello y comprendió por qué Tavish se había negado en un principio. Le parecía descabellado ahora, intentar entrar en un castillo lleno de ingleses sin más apoyo que ella misma. Aún así, no permitiría que descubriesen sus dudas y su esposo menos que nadie, pues si sabía que no confiaba en lograrlo, no le dejaría intentarlo.

—Eso es algo que me gustaría ver —dijo finalmente James, que era el más reacio a creer que una mujer pudiese hacer algo así.

—Y lo veréis —le aseguró, procurando que su voz sonase firme. El brazo de Tavish en su cintura se apretó.

—Bien —Edward aclaró su garganta y los invitó a acompañarlo—. La situación es lo suficientemente complicada como para desdeñar cualquier ayuda que nos puedan brindar. Escucharemos el plan y decidiremos qué hacer después.

—Decidiremos —aclaró Tavish— cómo ayudarle. Su plan es el único viable, si no queremos enfrentarnos cara a cara con los arqueros de Threave. Yo desde luego, preferiría evitarlos todo lo posible.

—Hablad —los invitó Edward.

Greer fue la encargada de explicarles cómo podía entrar y con la ayuda de Tavish, les hizo entender porqué debía ser ella quien lo hiciese. Una vez superada esa barrera, el resto resultó más fácil. James se había criado en Galloway, así que les mostró una ruta segura en barco hasta el castillo. Y con cada aportación nueva, el plan iba cogiendo forma y Greer se iba tranquilizando. Tal vez, lo lograsen, después de todo.

—Necesitaremos una maniobra de distracción para que puedan salir de allí sin ser vistos —añadió Tavish.

—Será arriesgado —les aseguró James—. No será fácil hacerlos salir del castillo. Saben que tienen ventaja entre sus murallas.

—Yo puedo hacer que abran las puertas para Alan y para mí, pero no si están todos dentro —dijo Greer—. Necesitaría que el grueso de la división salga primero por algún motivo.

—Tendríamos que atraerlos hacia el bosque —sugirió James—, pues en campo raso corremos el riesgo de causar demasiadas bajas.

—Eso si caen en la trampa —dijo Edward— porque saben que en el bosque tenemos ventaja. Es nuestro territorio. No se adentrarán en él sin una buena razón.

Greer procuró no responder. Todavía estaba resentida con él por haber opuesto más resistencia que cualquier otro a su inclusión en la misión. Ni el propio rey había sido tan tajante en cuanto a no incluirla en los planes. Pero habían sido las dudas del hombre las que habían disipado las suyas propias. Ahora estaba decidida a rescatar a Alan Boyd solo para poder restregárselo en la cara al hermano del rey.

—Si hay alguien capaz de lograr algo así —Tavish miró a James—, sois vos, James.

El aludido sonrió, antes de explicar el nuevo plan que se le había ocurrido. Tan temerario como el de Greer, pero igual de efectivo si nada se torcía.

—¿Estás bien, preciosa? —le preguntó durante la noche Tavish.

Estaban solos, abrazados el uno al otro, tras de haber hecho el amor apasionadamente. Todavía no tenían suficiente el uno del otro y ni siquiera estaban seguros de que lograsen saciarse de su amor alguna vez.

—Sí —lo besó dulcemente—. No es nada.

—No quiero que haya secretos entre nosotros, Greer —la acarició, casi con veneración—. Puedes contarme lo que sea.

—Lo sé. Solo estoy un poco preocupada por la misión —le sonrió—. Eso es todo.

—Si tienes dudas sobre el plan, encontraremos otro modo mejor de sacar a Alan de Threave —le aseguró—. No nos arriesgaremos más de lo necesario.

—No hay otro modo mejor, Tavish —le sonrió otra vez, tratando de restarle importancia a su preocupación—. Además, se que saldrá bien. Supongo que solo estoy asustada porque es la primera vez que mucho depende de mí.

Apoyó la cabeza en su pecho para sentir el latido de su corazón. Aquel sonido la tranquilizaba. Cerró los ojos por un momento.

—Preciosa —Tavish le obligó a mirarlo a los ojos—, ¿acaso no sabes que ya mucho ha dependido de ti?

—¿De qué hablas? Yo no...

—Has sido el espía de Bruce durante años. La información que nos enviabas ha servido para repeler y contraatacar a los ingleses en tierras escocesas. Sin tus aportaciones, seguramente esta guerra habría sido muy diferente.

—Pero no es lo mismo, Tavish. Yo no estaba frente al enemigo, luchando por mi vida.

—Pues yo creo que sí. Estabas frente al mayor enemigo de todos y con el riesgo de ser descubierta y acusada de alta traición. Y el castigo por eso es terrible, Greer. Peor que la misma muerte.

Greer recordó lo que le había sucedido a William Wallace al ser capturado y se estremeció. Aquel podía haber sido su final, si no hubiese podido escapar aquella noche en que el rey la reclamó en su cama.

—Nunca lo había visto de ese modo —dijo, al fin.

—En ocasiones creemos que lo que hacemos no tiene importancia y son, normalmente, las pequeñas acciones las que equilibran la balanza o la inclinan hacia un lado u otro. Una flecha que acierta al blanco correcto, te puede hacer ganar una batalla, pero si da en el que no debe, podrías perder una guerra entera. Los datos correctos te llevan a la victoria, pero si se equivocan...

—Lo entiendo —asintió—. Todos estos años, creía que lo que hacía no era tan vital para los que estabais luchando, pero veo que me equivoqué. Gracias, Tavish.

—Podría acostumbrarme a eso —sonrió, a sabiendas de lo que le respondería ella.

—Pues no lo hagas —le devolvió la sonrisa.

—¿Algún día me permitirás acostumbrarme a algo?

—Si te acostumbras, te relajas y dejas de querer mejorar.

—Así que lo haces por mi propio bien —se rascó la barbilla—. Pero algunas cosas no tienen nada que ver con ser mejor o peor.

—¿Como por ejemplo?

—Que te pongas vestidos de vez en cuando.

—Si hago eso, no puedo luchar —se colocó sobre él, sujetando sus manos a la altura de su cabeza.

—No digo en la lucha, preciosa —en un rápido movimiento, estaba sobre ella—. Y no me malinterpretes, si me das a elegir, prefiero los pantalones. Se amoldan tan bien a tu cuerpo... que me hacen desear... quitártelos.

Mientras hablaba, iba dejando besos en su cuello y arrancándole gemidos

de placer.

—Pero temes que otros quieran hacer lo mismo —logró decir.

—No, amor —la miró con seguridad—. Sé que tú no se lo permitirías jamás.

—¿Entonces?

—Simplemente, me desconcentras —se recostó nuevamente sobre ella y comenzó la tortura una vez más—. Debería castigarte por eso, preciosa.

—Hazlo —gimió—. Castígame.

Tavish se encajó entre sus piernas y se empujó con fuerza dentro de ella. Aumentó el ritmo hasta que surcaron la ola de pasión, juntos.

—Te amo, Greer —le dijo, apretándola contra él y con los últimos rescoldos del fuego que habían encendido todavía ardiendo—. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo también te amo, Tavish —lo miró—, pero no lo digas como si te estuvieses despidiendo. Todo saldrá bien.

Tavish sonrió, pero Greer pudo ver la preocupación en sus ojos. Entendía la batalla que su esposo estaba librando en su interior desde que había aceptado que ella era la única capaz de entrar en Threave. Quería mantenerla a salvo, pero sabía que debía ir para ayudarlos.

También ella deseaba que Tavish permaneciese a salvo, pero no sería posible porque estaban en guerra. Habían avanzado mucho en la lucha contra la tiranía inglesa, pero aún quedaban batallas por librar. Nadie estaría a salvo, mientras un solo inglés quedase en tierras escocesas. Y solo con la espada se conseguiría tamaña hazaña.

—Lo sé —Tavish la besó, tratando de borrar el presentimiento que parecía medrar en su interior de que algo terrible estaba a punto de ocurrir—. Durmamos un poco, preciosa. Mañana nos espera un día largo y duro.

—Prométeme que estarás bien, Tavish —le pidió minutos después, sabiendo que no estaba en su mano el cumplirlo.

—Haré todo lo posible —besó su coronilla— y lo imposible también.

—Con eso me basta —pero aquella noche no pudo dormir.

EL RESCATE

Estaba muy oscuro. La noche era la mejor baza de que disponían en aquel momento para pasar desapercibidos. James y Edward habían logrado atraer a la mayoría de los soldados ingleses hacia ellos poco antes, fingiendo huir hacia los bosques para alejarlos del castillo. Se habían arriesgado mucho para que los ingleses no sospechasen y saliesen en su persecución. Ahora, el tiempo que lograsen entretenerlos, sería crucial para Greer y la parte que le tocaba cumplir del plan.

El agua del río Dee estaba congelada en aquella época del año y Greer había tenido que cubrir su cuerpo con grasa de foca para impermeabilizarse, algo que no había querido hacer y que Tavish había disfrutado haciendo por ella. Todavía estaba furiosa con él por ello y cuanto más sonreía su esposo, más le duraba a ella el enfado.

—Ten cuidado, preciosa —le susurró—. Te daría un beso de buena suerte, pero apestas.

—Gracias a ti, esposo mío —le espetó, antes de abrazarlo y besarlo en venganza—. Para que me recuerdes.

Tavish no olvidaría aquel olor por mucho tiempo ni tampoco la preocupación por su esposa. Desde el mismo instante en que la vio sumergirse, rezó, algo que no solía hacer, para que saliese tal y como habían planeado.

Habían decidido esperar en el río por si ocurriese lo peor y Alan ya no estuviese con vida, así que permaneció con la mirada en el agua, mientras sus compañeros vigilaban el cielo.

Greer nadó tan rápido como pudo, alejándose de la superficie y agradeció que Tavish la hubiese impregnado de grasa a pesar de sus protestas porque hacía demasiado frío en el agua. E incluso con la grasa, sus músculos se resentían con cada brazada.

Sus pulmones empezaron a protestar por la falta de aire poco antes de encontrar la abertura de la que le había hablado el rey. Avanzó, impulsándose con las manos y los pies sobre las rocosas paredes, y cuando creyó que sus pulmones estallarían, se topó el final de túnel. Emergió tomando una enorme bocanada de aire y no pudo evitar toser después, a pesar del miedo que le

producía que pudiesen escucharla.

Le había sorprendido la anchura de la grieta y cuando el oxígeno regresó a su cuerpo y pudo pensar con claridad, imaginó que los ingleses ni se habían molestado en obedecer la orden de su rey porque no creían que alguien pudiese acceder al castillo por allí. Por suerte para ella, era lo suficientemente ancha para hacer pasar a Alan por ella y evitar así, tener que buscar una forma de abrir las puertas al puente. Aunque no estaba segura de cómo lo haría si Alan no podía ayudarse. De haber sabido que no estaba tapiada, le habría pedido a Tavish que la acompañase y habrían cargado entre ambos con Alan, pero era tarde para lamentarse. Y tenía poco tiempo para encontrarlo y sacarlo de allí, así que la opción de regresar a por su esposo estaba descartada.

El sótano estaba pobrementemente iluminado y olía incluso peor que ella. A vómito, sangre y excrementos. Resistió las arcadas como pudo y avanzó lentamente, atenta a cada sonido que escuchaba a su alrededor. Aunque era poco probable, podía haber soldados vigilando el calabozo. Una de sus manos sujetaba el único puñal que se había llevado con ella, pues el peso le impediría avanzar en el agua y la otra en su boca, para evitar que el olor revolviere sus entrañas. Por suerte, no tardó en descubrir la celda en la que estaba encerrado Alan. En ese momento era el único prisionero, así que tampoco hubo ruidos, en otras celdas, que la delatasen. Buscó las llaves, que estaban colgadas de una pared cerca de las escaleras y abrió con cuidado.

—¿Alan? —lo llamó en un susurro— ¿Estáis aquí?

No podía verlo pues el calabozo estaba completamente oscuro. Tanteó con las manos hasta dar con la pared y avanzó pegada a ella. Oyó el ruido de las cadenas al moverse un segundo antes de que una mano sujetase su tobillo. Contuvo un grito de sorpresa, cubriendo su boca con ambas manos.

—Aquí, muchacha. Tenía la extraña sensación de que seríais vos la que vendría a rescatarme.

Se agachó junto a él y respiró más tranquila al saber que estaba vivo. Aunque no podía verlo, la firmeza en su voz y la fuerza con que la había sujetado antes le decían que estaba mejor de lo que habían esperado.

—¿Por qué?

—Porque he visto cómo os gusta desafiar a Tavish y él no quería que estuvieses aquí —intuyó que estaba sonriendo. Aunque no le gustó la idea de ser tan transparente para una persona que solo había visto un par de veces.

—¿Estáis bien? ¿Podéis levantaros? —Tavish no era un tema para tratar en aquel momento y mucho menos con alguien a quien no conocía tan bien.

—Si lográis liberarme de las cadenas —sugirió.

—Traeré algo de luz —asintió, aunque no pudiese verla—. Tengo las llaves.

Se levantó y regresó a la entrada de la celda para recoger una de las pocas antorchas que todavía permanecían encendidas. Era evidente que los ingleses bajaban poco por allí.

—Hace dos días que no viene nadie —corroboró Alan—. No habréis traído algo de comer, ¿verdad?

—Lo siento. No se nos ocurrió. Aunque de todas formas se habría echado a perder con el agua.

—Habéis entrado por el agujero del fondo —no era una pregunta—. Lo vi el día en que me trajeron a aquí.

—Sí.

—Ahora lo entiendo —le sonrió—. No os ofendáis, pero apastáis.

—No me ofendo —lo imitó—. Es la verdad.

—Estoy seguro de que mi amigo ha tenido algo que ver con eso.

—Era necesario —eludió de nuevo el tema— ¿Os veis con fuerzas?

—¿Para qué? —alzó una ceja.

—Para nadar —le explicó—. El plan era crear una distracción dentro para que abriesen las puertas y poder salir por el puente, pero al ver que la abertura del fondo es más ancha de lo que esperaba, he pensado que sería más seguro salir por ahí. Por suerte, tengo más grasa aquí. Creo que será suficiente para vos.

A pesar de su reticencia, Alan untó su cuerpo con la grasa. Greer vigilaba las escaleras de acceso al sótano mientras tanto, por si alguien decidía bajar en aquel momento. De vez en cuando, lo observaba, para evaluar su estado y sus posibilidades de salir a nado. Aunque tenía evidentes signos de haber sido duramente torturado, parecía estar en perfectas condiciones y se alegró. En cambio, cuando avanzó hacia ella, apoyándose contra la pared, descubrió que no había sido tan inmune como parecía. Cojeaba bastante.

—Vayámonos antes de que los ingleses recuerden que tienen un prisionero —le dijo él.

—¿Estáis seguro de que podréis hacerlo? —miró por un segundo su pierna.

—Me he visto en peores situaciones y sigo aquí. Podré con ello.

Se acercó para servir de apoyo, pero era un gesto prácticamente inútil dada la envergadura del hombre. Aún así, se lo agradeció con una sonrisa.

Greer notaba cómo cargaba la mayor parte del peso en su pierna sana para no aplastarla a ella, no obstante. No tardaron en llegar a la entrada del túnel, a pesar del paso lento que llevaban y Greer lo agradeció porque poco a poco, Alan se había ido apoyando más en ella hasta obligarla a reunir todas las fuerzas que le quedaban para sostenerlo.

—Descansemos unos minutos —le sugirió, pues también él estaba agotado por el esfuerzo—. En el agua será más fácil.

—Yo no estaría tan seguro —le respondió él.

—¿Por qué? En el agua os será más fácil moveros, incluso con la pierna herida.

—Hay un problema con eso, muchacha

—¿Cuál?

—No soy muy buen nadador.

—¿No sabéis nadar?

—Sé lo suficiente para no ahogarme —se encogió de hombros.

—Bueno —Greer pensó en ello—, ahogarnos es algo que podríamos hacer en los próximos minutos. Hay un buen trecho de aquí a la superficie. Pero si sois capaz de aguantar la respiración el tiempo suficiente, yo os ayudaré a ascender. Subir siempre ha sido más fácil que bajar.

—Si vos lo decís —estaba claro que Alan tenía dudas al respecto.

—¿Preparado? —no le daría tiempo a vacilar.

—No, pero vamos allá.

—Ese es el espíritu de las Highlands —se permitió bromear, antes de sumergirse en las frías aguas del río.

El túnel no resultó difícil de traspasar pues podían ayudarse de manos y pies para avanzar por él. Greer iba delante, pero miraba hacia atrás de vez en cuando, para asegurarse de que la seguía. Pero en cuanto salieron al río, se colocó a su lado para instarlo a bracear hacia arriba. Alan asintió y comenzó a ascender todo lo rápido que su pierna se lo permitía. La herida se había abierto y sangraba tanto que, poco a poco, Alan se fue quedando atrás.

Incapaz de aguantar la respiración por más tiempo, Greer llegó a la superficie y ante el asombro de los hombres, que esperaban, a esas alturas, a que hiciese la señal para acercarse al castillo para recogerlos en el puente, se sumergió de nuevo. Vio a Alan luchar por encontrar el aire que sus pulmones le exigían y bracear con desesperación, sin avanzar. Greer se acercó a él y lo sujetó por la espalda para evitar que la arrastrase al fondo con él. Pero a cada brazada que daba, sentía cómo Alan languidecía. Si no lo sacaba de allí cuanto

antes, moriría ahogado. Se impulsó hacia arriba en un último impulso y logró sacar la cabeza de ambos fuera.

—Ayúdame a subirlo —le ordenó a Tavish, en cuanto emergieron—. Rápido.

Los hombres lo alzaron sin esfuerzo y mientras lo colocaban en el fondo de la barca, Greer subió a bordo también. Apenas podía respirar, pero su trabajo todavía no había acabado.

—Fuera —los apartó a todos y se arrodilló a un costado de Alan, ya inconsciente. Presionó su pecho, para intentar que el agua en su interior saliese por su boca—. Vamos, Alan, no me hagáis esto. Os he liberado para vivir, no para morir.

Levantó su barbilla y abrió su boca para insuflar aire en él. No se detuvo, intercalando ambas acciones, hasta que Alan comenzó a toser. Entonces, lo ayudó a colocarse de lado para que eliminase el agua que había tragado. Había visto hacer aquella maniobra a su madre un par de veces y daba gracias por acordarse de cómo se realizaba. Alan podría haber muerto de no ser así.

—Gracias al cielo —suspiró, aliviada.

—Me has salvado la vida —le dijo él en cuanto pudo hablar—. No lo olvidaré jamás.

Entonces comenzaron a llover las flechas sobre ellos. Los habían descubierto.

—Nos atacan —gritó uno de ellos, ante la evidencia.

Comenzaron a remar, mientras esquivaban las flechas, tratando de alejarse de su alcance, antes de que alguno resultase herido. Alan se había colocado delante de Greer para protegerla con su cuerpo, a pesar de sus protestas. Le había salvado la vida y eso le había granjeado la lealtad del guerrero por siempre. Protegerla era más importante ahora para él, que su propia seguridad.

Una flecha pasó rozando el brazo de Alan y Greer decidió que su tiempo de esconderse había terminado. Cogió uno de los arcos que habían llevado y un carcaj lleno de flechas y escudándose en Alan, que no le permitiría exponerse demasiado, apuntó hacia el castillo. Lanzó su primera flecha en cuanto otra llegó desde el parapeto. No podía ver al inglés por la oscuridad de la noche y la envió en la misma dirección en que había llegado la suya. El grito le informó de que había dado en el blanco. Sin importarle nada más que proteger a sus compañeros mientras remaban, Greer lanzó flechas, una tras otra, justo después de que alguna llegase en dirección a ellos. Acertaba siempre. Finalmente, los ingleses debieron descubrir su estrategia, porque

dejaron de disparar.

—Bien hecho —Alan, al igual que el resto, estaba sorprendido de la puntería de la que había hecho gala en plena noche—. Ni siquiera sé cómo los has visto.

—No los he visto —se encogió de hombros—. He disparado hacia el lugar desde donde llegaban sus flechas.

La aprobación en los ojos de Alan la emocionó más de lo que había imaginado, pero ver el orgullo en los de Tavish la hinchió de satisfacción.

—Bien hecho, preciosa —le dijo, besándola.

—Lo sabía —exclamó Alan—. Ninguna se te resiste.

—Esta lo hizo —le confesó Tavish—, pero logré conquistarla.

—Creía que yo te había conquistado a ti.

—Seguramente haya sido así —le sonrió—, pero mi orgullo prefiere creer que fue al revés.

—La orilla está ahí delante —informó uno de los hombres de James que los habían acompañado—. Pero no sé si los caballos estarán cerca. Nos hemos desplazado bastante al sur durante el ataque.

—Eso no será un problema —dijo Greer, antes de silbar con fuerza. Caraid era un caballo inteligente y los buscaría. Había atado al resto de caballos a su amigo, de modo que se los llevaría con él. Tavish sonrió, porque había visto en acción aquella conexión que existía entre ellos y sabía que funcionaría. Solo esperaba que los ingleses no descubriesen a los caballos antes que ellos.

—Magnus, Lachlan, esconded el bote —Tavish impartía las órdenes con tanta naturalidad, que nadie osaba contradecirlo—. El resto, montad guardia mientras esperamos a los caballos. Donald, vos conocéis esta zona, ¿hay forma de llegar a Selkirk sin acercarnos al castillo?

—Me temo que no —negó—. No desde aquí al menos.

—¿Cuánto nos retrasaría ir por otro camino?

—No hay otro camino. El único sendero transitable nos lleva hasta el castillo. Y si retrocedemos con el bote, nos exponremos a los arqueros de nuevo.

—Entonces recemos para que no nos encuentren hasta que ya sea demasiado tarde para atraparnos —no le gustaba la idea, pero no tenían más alternativas.

—La noche nos ampara —dijo Alan, apoyado en un árbol.

—¿Cómo vas? —le preguntó.

—Resistiré —respondió—. No es de mí de quien debes preocuparte, sino de esos malditos ingleses.

—Si nos encontramos con los ingleses, quiero saber que tu pierna no será un problema.

—No lo será.

—Bien. Pero deja que Greer le eche un vistazo igualmente —Alan se había negado cuando ella se ofreció y Tavish lo había visto.

—No es necesario —gruñó.

—No seas terco, Alan —insistió Tavish— ¿O tendré que estar sobre ti, molestándote como en los viejos tiempos?

—Maldita sea —llamó a Greer, que no se había alejado mucho y le permitió revisar su pierna.

—Por una vez —bromeó ella con su esposo—, tus defectos servirán para algo útil.

—Mis defectos, como tú los llamas, son los que te han enamorado de mí, preciosa.

—Ya te gustaría.

—¿Qué otra cosa podría ser si solo te fijaban en eso? —rió.

—Puede que algún día te lo diga —sonrió—. Si te portas bien.

—Yo siempre me porto bien, esposa.

—¿Esposa? —Alan los miraba con asombro—. Por el amor de Dios, sí que te ha conquistado bien. Te admiro, muchacha. No creí que fuese tan serio.

—Cuando hago algo —le sonrió ella—, lo hago bien.

—No permitas que te trate mal —le advirtió.

—No lo haré.

—No la trataré mal —respondió Tavish al mismo tiempo que ella.

Caraid no tardó en llegar, tirando de los demás caballos. Algunos se habían liberado en el proceso, pero lo seguían igualmente. Se montaron en sus caballos, entregándole a Alan el que le habían llevado para la huída y Donald los guió por senderos invisibles al ojo humano, pero tan conocidos por su gente que no dudaba ni un instante de sus pasos. El pequeño grupo lo seguía en silencio, atento a cualquier signo de peligro. Por un momento, creyeron que lograrían pasar desapercibidos, pero estando muy cerca del castillo, escucharon un fuerte estruendo, que hacía retumbar el suelo. Se miraron unos a otros, preocupados.

—Maldita sea —Tavish dio voz a los pensamientos de todos—. Ya regresan los ingleses.

Habían esperado poder esquivar las flechas de los arqueros al pasar junto al castillo, pero no había forma de esconderse de los jinetes. El tiempo se les estaba agotando. En cuanto el numeroso grupo de enemigos los descubriese, aquel lugar se convertiría en un baño de sangre. Su sangre.

—A veces la mejor defensa es un buen ataque —murmuró Alan.

—No tenemos otra opción, en realidad —Tavish estaba de acuerdo con él—. Si los cogemos por sorpresa, puede que tengamos una oportunidad de atravesar sus defensas, sin dejarnos la vida en el camino.

Era peligroso, pero no podían hacer otra cosa. Solo podían morir o luchar. Y entre esas opciones, un escocés siempre elegía morir luchando.

—¡Por el rey! —gritó Alan.

—¡Por el rey! —lo secundaron todos.

Salieron a galope en dirección al grueso del grupo de jinetes, que regresaba con las manos vacías y numerosas bajas después de la persecución. El desconcierto entre las filas fue tal, que tardaron en reaccionar. Para cuando lo hicieron, los escoceses ya habían alcanzado el final de las huestes enemigas.

—Arqueros, a ellos —gritó un inglés con potente voz. Y las flechas volaron de nuevo.

Los soldados de la retaguardia se enfrentaron a los escoceses, lo que retasó su marcha. El ruido de metal se entremezclaba con los gritos y el zumbido de las flechas. Todo era caos.

Greer desenfundó su espada para detener el ataque de un inglés que pretendía cortarle la cabeza. Caraid giró sobre sí mismo y ella pudo ensartar su arma en el costado del hombre, que cayó al suelo, muerto. Luego miró alrededor, para descubrir que sus compañeros trataban también de deshacerse de los enemigos, pero las flechas amenazaban sus vidas. Como se había alejado de la contienda, tomó el arco de nuevo y comenzó a disparar. El arco era su mejor baza para ayudarlos, desde su posición. Podría proteger a sus compañeros de las mortales flechas inglesas en su retirada hacia el bosque. Su maestría con aquel arma quedó más que demostrada, cuando fue dejando a su paso un reguero de cadáveres ingleses.

—Vamos —les gritó Tavish—. Tenemos que irnos ya. Esta es nuestra única oportunidad.

Greer lanzó su última flecha antes de cabalgar hacia ellos para huir a la seguridad del bosque. Mientras escapaban, vio cómo Donald se sujetaba a duras penas a las riendas, pues tenía una gran herida en el costado. El brazo de

Lachlan sangraba debido a una flecha que lo había atravesado. Los demás parecían haber salido bastante indemnes y se alegró por ello.

—Cuidado —Tavish se lanzó hacia ella y la derribó del caballo.

En cuanto se repuso del golpe, se quitó a un inconsciente Tavish de encima. Tenía una flecha clavada tan cerca del corazón que lo creyó muerto.

—No —gritó desesperada zarandeándolo—. Tavish no. Tú no.

Sus compañeros los alcanzaron y cargaron a Tavish en el caballo de Alan para que lo llevase con él. Greer permanecía postrada en el suelo y tenía la mirada perdida. Trataron de levantarla, sin éxito. No se ayudaba.

—Vamos, muchacha —la instó el gigante—. Ya vienen los ingleses.

—Está muerto.

—No, muchacha —le aseguró—. Todavía vive, pero no durará, si no lo sacamos de aquí ahora mismo.

Todavía vive. Greer se levantó y montó en Caraid de un salto. Su única idea era huir de aquel infierno y salvar a Tavish. Se aferró a aquellas palabras, negándose a rendirse. Todavía vive.

LA MUERTE ACECHA

Greer apenas podía pensar con claridad. Su mente vagaba entre brumas, intentando no recordar que Tavish estaba muriéndose y que no podía hacer nada para impedirlo. Era consciente de que Alan la precedía, pero lo seguía por inercia.

Cuando llegaron al campamento, algunos hombres le ayudaron a cargar con un todavía inconsciente Tavish, pues no había abierto los ojos ni una sola vez ni protestado, a pesar de lo movido del viaje. Alan los siguió cojeando, pendiente aún así, de que Greer no se quedase atrás. En cuanto lo depositaron en el suelo, ella se arrodilló junto a él y dejó que varias lágrimas se escapasen de su control. Alan permaneció a su lado. Una mujer anciana se acercó a ellos y comenzó a impartir órdenes.

—Llévala de aquí —ordenó finalmente, mirando a Alan—. Lo que tengo que hacer no será agradable de ver.

Alan la sujetó por un brazo y la levantó para alejarla de Tavish. Y aunque se resistió, logró ponerla en pie y que lo mirase.

—Será mejor que no veas lo que va a suceder ahora, muchacha —le dijo—. No puedes hacer nada por él en este momento y verlo solo te hará sufrir.

—No verlo me matará, Alan.

—No lo hará —se la llevó con él—. Estoy famélico, muchacha. ¿Me acompañarías? Sería un honor para mí.

Greer se dejó convencer. No quería dejar a Tavish, pero entendía que solo sería un estorbo para la curandera. Suspiró resignada y asintió.

—Vayamos a comer algo —le dijo al gigante.

Alan la mantuvo ocupada el resto de la mañana, primero con la comida, después con las armas. La obligó a entrenar duramente, hasta que cayó rendida al suelo y aunque estaba agotada, sentía la vida correr por sus venas. Pero también se sentía egoísta por eso, pues Tavish estaba al borde de la muerte.

—Tengo que verlo, Alan —le rogó, después de comer.

—Más tarde, muchacha. La curandera todavía está con él.

—¿Eso es bueno o malo?

—Mientras está con él es que vive —se encogió de hombros.

Greer se aferró a aquellas palabras con más fuerza que a las que horas

antes le había dicho. Todavía vive. Era más de lo que podía esperar, después de lo cerca que la flecha estaba de su corazón.

—Maldita sea —lloró, una vez a solas— ¿Por qué lo hiciste, Tavish? Debí morir yo y que tú continuases con vida.

Las horas pasaban lentamente y aunque Greer había tratado de dormir, tal y como le había sugerido Alan, no pudo hacerlo. En cuanto cerraba los ojos, imágenes de un Tavish desangrándose e inconsciente la perturbaban.

Se levantó inquieta y buscó a Caraid. El caballo siempre la había animado en sus peores momentos con su presencia. Lo encontró no muy lejos de donde se había acostado ella.

—Caraid, amigo —rodeó su cuello con ambos brazos y recostó su cabeza contra él—. Me siento tan impotente ahora mismo.

Permanecieron en silencio, escudándose el uno en el otro. Greer cerró los ojos y por primera vez en horas, pudo dormir sin que el miedo invadiese sus sueños. La presencia de Caraid, tan firme y segura, le trajo tranquilidad y para cuando se despertó, sintió la esperanza renacer en su pecho. Tavish era un hombre fuerte. No dejaría de luchar para recuperarse y volver con ella.

—Greer —Alan estaba a su lado—. Lorna dice que ya puedes verlo.

—Gracias —tembló.

Con cada paso que daba, la esperanza batallaba con el miedo en su cabeza. Trataba de recordarse que Tavish era fuerte, pero al ver la palidez en su rostro, sintió que aquella luz que había visto al fin, se extinguía de nuevo.

—¿Cómo está? —preguntó Greer, en cuanto vio a la anciana.

—He hecho todo lo que estaba en mi mano —respondió—. Es su turno para luchar por su vida. Tal vez, si no hay fiebre...

Las dudas en su voz oprimieron el corazón de Greer. Un *Tal vez* no era suficiente. Necesitaba un *lo hará*. Se recostó junto a su esposo y lo tomó de la mano.

—Tienes que resistir, amor mío —le rogó—. No puedes dejarme. No ahora que nos hemos encontrado. No ahora que te amo tanto.

Permaneció durante horas en su lecho, simplemente hablándole en susurros, hasta que apareció la fiebre al fin. Alan, que seguía pendiente de ella todo el tiempo, mandó traer a Lorna para que le diese algo para bajar la calentura.

—Procurad mantener su cuerpo frío tanto como podáis —le dijo a Greer después de suministrarle un nuevo preparado—. Pero si no despierta pronto y se alimenta, no aguantará mucho más.

—Despertará —le aseguró Greer, sin saber si sería capaz de lograr que lo hiciese.

Durante dos días con sus noches, mantuvo a raya la fiebre con la medicina que Lorna le había dado y con compresas frías sobre su cuerpo, pero Tavish no había despertado ni una sola vez y se iba consumiendo poco a poco por la falta de alimento.

Lorna había ido a visitarlo cada pocas horas, pero se empeñaba en decir que no podía hacer más por él de lo que ya había hecho y que el resto dependía de la voluntad de Tavish para luchar por su vida. Greer le rogó, le suplicó e incluso le ordenó despertar y luchar, pero Tavish parecía no responder a ningún estímulo.

Alan estuvo todo el tiempo a su lado y se preocupó de que no se olvidase de cuidarse a sí misma. Le llevaba comida, la obligaba a ir al río a bañarse, le ordenaba descansar mientras se encargaba él de mantener fresco a Tavish para que la fiebre no le ganase la batalla. Sin él, probablemente, habría acabado enfermando ella también.

—Ve al río, muchacha —le dijo al amanecer del tercer día— y luego desayuna algo. Yo me ocupo de él mientras tanto.

—Gracias, Alan —sujetó su brazo y lo miró con infinita gratitud.

—Es mi amigo también —negó—. No tienes nada que agradecerme.

Greer se sintió revitalizada después de que el agua fría reavivase sus músculos adormecidos. Dormir en el suelo le estaba pasando factura, así como no descansar lo suficiente o no comer bien. Era consciente de que acabaría resintiéndose si no se cuidaba, pero no podía hacer más por sí misma, cuando su esposo luchaba con la muerte.

Por el camino, varios hombres se interesaron por Tavish, aunque supuso que todos estaban al tanto de los avances gracias a Alan. Sus preguntas no eran más que cortesía y se lo agradecía, pero a veces le habría gustado más que no lo hiciesen. Repetir que solo podían esperar a que despertase no le hacía ningún bien.

No comió mucho, pues tenía el estómago cerrado, pero se sintió mejor después de tomar su bebida caliente. El invierno estaba al caer y las noches cada vez estaban más frías. Lorna había dicho que aquello beneficiaba a Tavish, pero ella no había visto mejora alguna en su estado.

Al regresar junto a su esposo, vio a Lorna hablando con Alan. Se acercó a ellos con rapidez, deseando saber las novedades, pero sus pasos se congelaron al escuchar lo que la mujer le decía a su amigo.

—Si no despierta ya, me temo que no pasará de esta noche.

—Greer debe saberlo para...

—No debéis decírselo —negó la anciana—. No debéis arrebatarle la esperanza de que se recupere.

—Sería cruel ocultárselo. Debe poder despedirse de él si sucede...

Greer no pudo seguir escuchando y se alejó de allí, cegada por la desesperación. La desesperación y una sed de venganza que, por primera vez, le hizo entender la brutalidad con que James había tratado a los ingleses en el castillo Donald tras la masacre de su gente. Si su corazón sufría por la muerte de una única persona, qué no habría hecho James. Y aunque solo pretendía alejarse de todos para pensar e intentar tranquilizarse, cuando terminó en el improvisado campo de entrenamiento, entre espadas y arcos, supo lo que tenía que hacer. Lo que su corazón le pedía.

Regresó con Tavish, tratando de fingir que no había escuchado la terrible noticia y se tumbó a su lado. En cuanto Alan desapareció de su vista, apoyó la cabeza en el pecho de su esposo y escuchó el débil latir de su corazón. Permaneció así, con los ojos cerrados y la mente en un frenético bullir, hasta que logró trazar el plan.

—Tavish, mi amor —le susurró al oído—. Has sido mi desesperación y una locura para mi autocontrol desde que nos conocimos. Pero también has sido el latir frenético de mi corazón y el deseo de mi cuerpo. Quise matarte muchas veces porque sacabas lo peor de mí, pero te amé porque también lograste ver lo mejor de mí. Te dije que el dolor siempre había formado parte de mi vida y que ya ni lo sentía. Era cierto, hasta que me enamoré de ti. No puedo vivir sin ti, Tavish, sería demasiado doloroso. Pero no me iré sin haber hecho pagar a los ingleses por acabar con tu vida. Te amo. Nos veremos en la otra vida.

Lo besó, sintiendo arder sus labios, y supo que la fiebre le había subido una vez más. Llamó a Alan para pedirle que se quedase con él mientras iba en busca de agua fresca para las compresas. Después, se alejó con paso apresurado, pero sin correr para que su amigo el gigante no sospechase nada. En cuanto estuvo fuera de su vista, silbó fuerte para llamar a Caraid. Montó y se alejó al galope, ante la mirada atónita de los allí presentes. Alan la llamó al ver cómo se dirigía lejos de la seguridad del bosque, pero era demasiado tarde para detenerla.

Greer continuó galopando y sonrió al ver que Alan había juntado a un pequeño grupo de hombres para perseguirla. Pasar tantos días con él, le había

ayudado a conocerlo mejor y sabía que no la dejaría ir sin más. Había contado con que la siguiese, para que su plan funcionase y no la decepcionó. Lamentaba tener que usarlo de aquel modo, pero era la única forma de entrar en Threave sin que sospechasen de ella.

—¿Es que quieres que te maten? —le gritó Alan—. Regresa, maldita sea.

Cuando Greer comenzó a agitar las manos hacia el castillo, Alan comprendió lo que pretendía y espoleó a su montura. Y aunque perseguirla la ayudaría en su locura, no podía hacer otra cosa. Si le permitía entrar en Threave, no saldría viva de allí.

—Socorro —gritó Greer, con un acento perfectamente inglés—. Me persiguen. Auxilio.

Los centinelas la vieron y hubo mucho movimiento en el interior del castillo. Las puertas se abrieron cuando Greer cabalgaba ya por el puente y las flechas comenzaron a volar en dirección a sus perseguidores, frenando su avance. Greer desvió la mirada hacia ellos para ver cómo regresaban al bosque para que las patrullas inglesas no los capturasen y sonrió, aliviada. No pretendía causar daño a los escoceses, sino a aquellos estúpidos ingleses, que no sospecharían jamás de que habían permitido entrar al enemigo a sus dominios.

—Lo siento, Alan —susurró, justo en el instante en que las puertas se cerraban tras ella—. Esta vez no podrás salvarme.

—¿Estáis bien, mi señora? —el capitán de la guardia la miró con preocupación— ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué os perseguían?

—No lo sé —fingió un miedo que no sentía y resultó convincente, porque el hombre la sujetó por un brazo, temiendo que cayese al suelo desmayada—. Viajaba con mi escolta rumbo a mi hogar, pero nos perdimos y esos hombres... esos hombres... oh, dios, no me encuentro muy bien.

Para evitar más preguntas que comprometiesen su estadía en el castillo, fingió un oportuno desmayo. El mismo que había estado temiendo aquel hombre desde que la sujetó por el brazo. Sintió cómo la cargaba y se la llevaba escaleras arriba. No pudo saber a dónde, pero pronto notó un blando colchón bajo su cuerpo y la calidez de una manta cubriéndola. Se habría quedado dormida, sino tuviese otros planes en mente.

En cuanto se aseguró de estar sola, se levantó y se asomó por la ventana, que daba al patio delantero. Había soldados por todas partes, pero le alentó saber que no tenían a escoceses retenidos. De haberlos, tendría que modificar su plan para no dañarlos. Su venganza era solo contra los ingleses.

Nadie la molestó, aunque sabía que sentían curiosidad por cómo había acabado en Escocia, siendo una dama inglesa. Aguardó en la alcoba a que la noche llegase, porque no quería encontrarse con ninguno de ellos y repasó su plan una y otra vez, para evitar que la inconsistencia del mismo, le obligase a replanteárselo y a no llevarlo a cabo. Siempre había sido prudente, pues su vida en la corte había dependido de ello, pero en aquella ocasión, sería su impulsividad la que gobernaría sus actos. No le preocupaban ya las consecuencias, sino el resultado. Nada importaba ya, más que la venganza.

Fingió seguir dormida cuando le llevaron la comida y quien entró a dejarla, se fue sin decir nada ni intentar despertarla. Cuando la noche llegó al fin, salió a hurtadillas de la habitación. El soldado que habían apostado frente a su puerta, ni siquiera tuvo ocasión de alertar al resto porque le atravesó el corazón con la daga que siempre llevaba consigo. Bajó las escaleras en silencio. El interior del castillo dormía.

Localizó las cocinas y buscó en ellas todo lo que necesitaba para prender fuego al castillo. Bloquearía primero la única salida del mismo para que todos se quemasen vivos, pero se reprendió por no haberle dicho a Alan lo que iba a hacer, pues podrían haber estado esperando fuera para rematar a los ingleses que lograsen escapar de las llamas. La impotencia ante la negra suerte de su esposo había cegado su juicio y ahora no tenía tiempo para darle una solución.

—Esto lo hago por ti, amor —susurró.

Comenzó a derramar el aceite y el alcohol que había reunido por la parte baja de las escaleras. Después lo extendió por la primera planta y la puerta para que nadie pudiese salir del castillo. Luego se afanó en empapar la madera de los alrededores de la muralla y la puerta que daba acceso al puente. Una vez satisfecha con el trabajo, encendió una antorcha y pasó junto a la muralla, viendo cómo el fuego se propagaba con rapidez. Corrió hasta el interior del castillo y continuó quemando el aceite. Apenas tuvo tiempo para huir escaleras abajo, hacia el sótano. Solo cuando alcanzó el calabozo, pensó que tal vez habían sellado el túnel tras la huída de Alan.

—¿Qué habéis hecho? —una voz detrás de ella frenó sus pasos. La antorcha, todavía en sus manos, la delataba.

—Lo que se tenía que hacer —habló, usando ya su acento escocés y girándose para enfrentarlo—. Este castillo no os pertenece.

—¿Es que los escoceses envían a sus mujeres a hacer su trabajo? Sabía que eran unos cobardes, pero no creí que llegasen a tanto.

—No me envía nadie —buscó con la mirada algún arma con el que

defenderse, pero no halló ninguna. Sostuvo la antorcha frente a ella con su mano izquierda, mientras con la derecha sujetaba la daga—. Esto es personal.

—No lucharé contra una mujer —se mofó el capitán.

—Mejor para mí —dijo Greer, atacándolo. Cuando el hombre tuvo que retroceder, añadió—. Peor para vos.

El hombre desenvainó su espada finalmente y se defendió de sus ataques. Aunque Greer solo tenía una daga, el fuego le ayudaba a mantenerlo a raya y comenzaron una pelea que solo se detuvo cuando el humo de la parte de arriba comenzó a descender y los cegó. Entre toses, Greer lanzó la antorcha hacia su oponente y le incendió el brazo con el que cubrió su rostro. Después, le lanzó la daga al cuello y vio cómo caía al suelo, ahogado en su propia sangre. Corrió hacia el túnel, con una mano cubriendo su boca y la otra delante para evitar chocar contra algo. Apenas veía, pues el sótano se había llenado rápidamente de humo. La tos frenaba sus pasos y le costó coger aire para poder sumergirse, en cuanto alcanzó el agua. Lavó su rostro con el agua para poder despejar su vista y bebió varios tragos, que refrescaron su garganta.

—Vamos, Greer —se dijo—. No te rindas ahora. Ya casi está.

Se libró del vestido para que la tela del mismo no la hundiese al intentar alcanzar la superficie del agua, tomó aire y se sumergió en las profundidades por tercera vez en pocos días. Sintió cómo el frío entumecía su cuerpo a medida que avanzaba, pues en esa ocasión no se había untado con la grasa, pero no dejó de mover los brazos y las piernas, hasta que emergió en el río, cerca de la orilla. Cuando salió del agua, temblaba descontroladamente.

Trató de silbar para llamar a Caraid, pero sus labios estaban tan fríos que no lo consiguió. Juntó las manos junto a su boca y sopló sobre ellas, tratando de entrar en calor. Incluso respirar dolía.

—Caraid —su voz tembló, así como lo hacía su cuerpo, al llamarlo, pero el caballo la escuchó y galopó hacia ella—. Buen chico.

Alcanzó la silla al tercer intento y no necesitó espoliar a Caraid, pues él mismo salió al galope en cuanto sujetó las riendas. Si no hubiese estado inclinada hacia el cuello del caballo, en busca de su calor, se habría caído. Se abrazó a él y cerró los ojos. Estaba tan cansada.

Oyó gritos a lo lejos y abrió los ojos un segundo, para poder ver cómo los ingleses estaban siendo masacrados por los escoceses. Sonrió complacida con ello, antes de caer en un sueño profundo, inducido por la hipotermia.

EPILOGO

Junio de 1314. Bannockburn.

Las tropas de Robert Bruce se habían preparado en Bannockburn aquel 23 de Junio, para presenciar el acuerdo de paz entre el rey inglés y el hombre al que consideraban su soberano, pero tras el fracaso de unas negociaciones que no acababan de convencer a nadie, salieron al campo de batalla a luchar.

Eduardo decidió lanzar a su caballería contra el flanco izquierdo escocés, seguro de poder romper sus defensas de ese modo y así vencerlos con mayor facilidad. Pero en el fragor de la batalla, su fiel caballero, Henry de Bohun, divisó a Robert Bruce y se dirigió a él, lanza en mano, desafiándolo a una lucha al estilo de torneo. Eduardo vio ahí la posibilidad de terminar la guerra, pero se llevó una gran decepción al descubrir que Bruce no tenía intención de dejarse vencer en una simple pelea de dos. El rey escocés ganó y Eduardo, no conforme con aquella limpia derrota, envió a otros 700 caballeros contra los escoceses.

Bruce, que había visto el peligro que corría su infantería, mandó más soldados en su defensa y los ingleses tuvieron que huir a su campamento. Aquel primer día fue una gran victoria para Bruce y sus escoceses, pero la lucha no había hecho más que empezar y todos lo sabían.

Por ello, la celebración había quedado en el olvido, para no caer en la tentación de amanecer, borrachos e indefensos, ante sus enemigos. Bruce sabía que Eduardo contaría con ello, pero él no estaba dispuesto a perder la batalla por pecar de arrogante. Tal y como había hecho tantas veces el rey inglés.

En la mañana del 24, nuevamente enfrentados, Eduardo parecía dispuesto a todo para vencer y le ordenó al conde de Gloucester realizar una carga, con toda la caballería que les quedaba, contra los escoceses. Bruce, comandando a sus propias tropas, formó un muro defensivo con picas, después de haber visto que el rey inglés había usado hasta en dos ocasiones a sus caballeros el día anterior y consiguió frenarlos. El mismo conde perdió la vida en aquella carga suicida.

Tras semejante fracaso, los caballeros huyeron hacia sus puestos mientras eran perseguidos por la infantería escocesa. Eduardo, desesperado por aquella pérdida, mandó disparar a sus arqueros contra los escoceses, sin importarle

que sus hombres cayesen en el proceso. Y fue en ese momento, en el que Bruce decidió que era el momento de asestar el golpe final al rey inglés y a sus ya desordenadas filas. Hizo un gesto a sus guerreros más temibles, su caballería, encabezada por Robert Keith. En ella iba su propia guardia personal, junto a unos cientos de fieros highlanders, que atacaron el flanco derecho del ejército inglés. Aquellos hombres acabarían lo que había empezado su infantería.

—Por el rey —gritaron, mientras salían a su encuentro, barriendo en su camino a los pocos arqueros ingleses que habían tenido el arrojo de hacerles frente—. Por Escocia.

Entre ellos estaba también el Trío de Bruce, como se los conocía desde hacía ya seis años. Incansable, implacable, invencible. Los tres habían sobrevivido a la muerte en cientos de ocasiones y habían masacrado a los ingleses en muchas más. No había nada que no lograsen. Sus hazañas se habían convertido en leyenda.

En su avance imparable, un reguero de muertos atestiguaba que las historias sobre el trío no eran infundadas. Solo el miedo que inspiraban ya era suficiente para que se abriesen paso entre las tropas inglesas, rompiendo sus ya de por sí desequilibradas filas, sin apenas resistencia. No necesitaban hablar entre ellos, tal era su compenetración. Una mirada y la magia sucedía entre ellos. Como si se tratase de un baile mortal, se movían al unísono, sin brechas en sus movimientos, atacando y defendiéndose entre ellos. Nadie podía con el Trío de Bruce.

Al final del día, el ejército inglés, mermado y en desenfrenado descontrol, había tocado a retirada ya. Eduardo II de Inglaterra huía poco después en barco, desde el castillo de Dunbar hacia su hogar, acobardado y humillado por un ejército inferior al suyo.

—Victoria —gritaban, eufóricos, los escoceses tras aquella victoria aplastante. Habían logrado dominar a 20.000 soldados ingleses, con tan solo 6.500 efectivos.

El trío de Bruce cabalgó hasta su rey para celebrar junto a él un momento tan épico en la historia de su pueblo. Una vez más, los planes salían a la perfección. Una vez más, Bruce había logrado enviar de vuelta a Inglaterra a sus enemigos. Puede que aquella batalla no garantizase la independencia de Escocia, pero estaban un poco más cerca de alcanzarla.

—Lo hemos logrado, Bruce —Alan desmontó sonriendo y lo abrazó con efusividad—. Hemos aplastado sin piedad a esas cucarachas inglesas una vez más.

—Lo hemos hecho, amigo —Bruce sonreía también, feliz y aliviado.

Aunque sabía que no era necesario, Tavish ayudó a su esposa a bajar de Caraid y la sujetó con fuerza para besarla incluso de que sus pies tocasen el suelo. Greer rodeó su cuello y saboreó en sus labios la victoria.

—Has estado increíble, preciosa —volvió a besarla—, como siempre lo haces.

—Tú también, esposo mío.

—Mi trío invencible ha estado magnífico —Bruce se acercó a ellos—. Nada sería igual sin vosotros, desde luego.

Y muy diferentes habrían podido ser las cosas, si seis años atrás, dos de sus leales guerreros hubiesen perecido, como casi había sucedido.

Tavish había permanecido cinco días luchando contra la muerte, por culpa de una herida de flecha cerca de su corazón, antes de vencerla. Y Greer había necesitado los cuidados de la curandera también, cuando en un acto de desesperación, había atacado el castillo de Threave y lo había reducido a cenizas. La hipotermia casi se la había llevado, tal era su deseo de acompañar a Tavish en su muerte, de la que estaba segura.

Pero desde su milagrosa recuperación, habían formado equipo con Alan, que había velado por ambos en aquellos terribles días de incertidumbre, y la conexión entre ellos se fue fortaleciendo día a día, mes a mes, año a año. Misión tras misión.

—Habrías encontrado a otro trío —rió Tavish, que abrazó a Greer, posiblemente recordando lo cerca que había estado de perderla.

—Lo dudo, Tavish. No hay tres como vosotros.

—Por favor, Bruce, no le des más alas —protestó, claramente en broma, Greer—. Ya es suficientemente insoportable ahora.

—Pero tú me amas tal y como soy —la miró con prepotencia.

—Qué remedio —rió ella—. En estos seis años, no he sido capaz de cambiarte ni un poco.

Tavish la sujetó con fuerza y la besó apasionadamente sin que la presencia del rey lo avergonzase lo más mínimo. Adoraba que su esposa le provocase de aquel modo y siempre respondía igual.

Días después, en Dunstaffnage

—Tengo algo que decirte, amor.

Greer estaba recostada contra Tavish y acariciaba su pecho con los dedos. Habían hecho el amor durante horas. Aquellos seis años de matrimonio, no

habían apaciguado la pasión que el uno despertaba en el otro.

—Eres insaciable, esposa —fingió protestar por ello, aunque la idea no lo disgustaba en absoluto.

—Tú eres el insaciable, Tavish —lo golpeó en el pecho, mientras se apoyaba en un codo para mirarlo a los ojos—. No es eso.

—Vaya, que decepción. Habría hecho un esfuerzo por complacer a mi amada esposa —le guiñó un ojo.

—Estoy segura de que lo harías —sonrió—. Pero creo que yo podré complacerte ahora a ti, sin tener que moverme para ello.

—Si no te mueves, ¿qué gracia tiene? —rió.

Entonces, Greer tomó su mano y la colocó en su propio vientre, mientras su sonrisa se ensanchaba.

—¿Es en serio? —no quería creerlo, porque había deseado aquello durante mucho tiempo y no había podido ser nunca.

—Es en serio —asintió.

—¿Por qué no lo me has dicho antes? Has estado en una maldita batalla, Greer —ahora se enfadó con ella por exponerse.

—Precisamente por eso, esposo mío. No iba a perderme la batalla más importante de todas —le dijo con calma—. Después de todo por lo que hemos pasado para llegar hasta aquí, me merecía ir.

—Te juro que te castigaría duramente por imprudente, pero ya no importa —la abrazó—. Estáis a salvo los dos y eso es lo que cuenta ahora.

—Lo había supuesto —rió en bajo.

—Sabes que no permitiré que arriesgues de nuevo tu vida a partir de ahora, ¿verdad? —le advirtió.

—No, mientras el niño no nazca —le replicó ella a su vez.

—Ni después tampoco, Greer.

—Eso ya lo veremos, McGregor.

Tavish rió. Jamás podría cansarse de su desafiante esposa. Cada día era un reto para él. Tenía nueve meses para convencerla de abandonar las armas y aunque sabía que iba a perder la guerra, disfrutaría de cada una de las batallas. Por algo se había casado con el espía de Bruce.